

«JESÚS NAZARENO»

El Evangelio según Juan

(Juan 18.13—20.18)

UNA EXPLICACIÓN Y APLICACIÓN DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

LA VERDAD PARA HOY UNA ESCUELA DE PREDICACIÓN IMPRESA

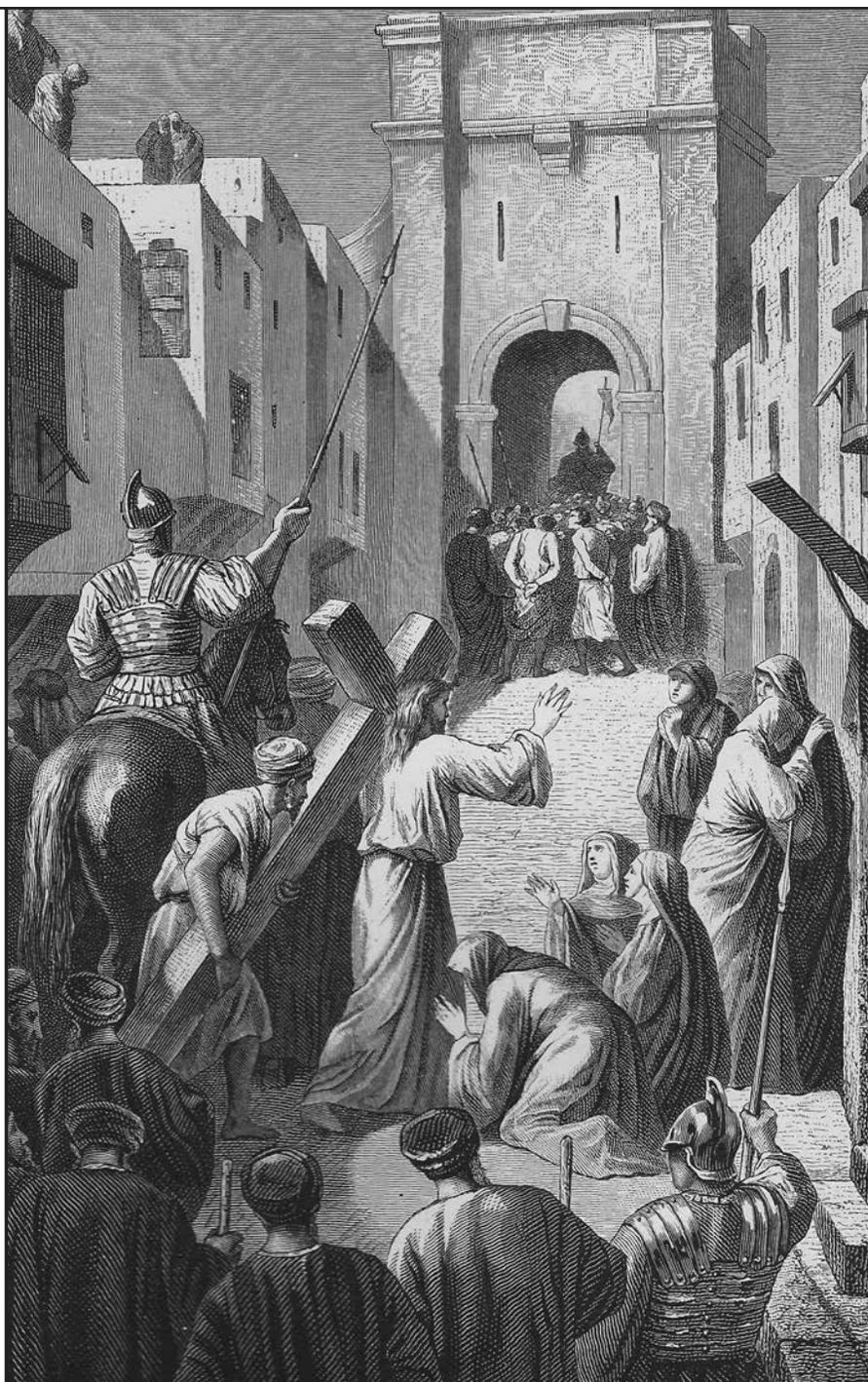
Tomo 24, N.º 11

JUAN 18.13—20.18

**Autor:
David Lipe**

Jesús en el patio del sumo sacerdote (18.13–27)	3
El juicio de Jesús ante Pilato (18.28–40)	9
El juicio de Jesús ante Pilato continúa (19.1–16a)	20
Muerte y sepultura de Jesús (19.16b–42)	32
La resurrección de Jesús (20.1–18)	42

EDDIE CLOER, editor
2209 Benton Street
Searcy, AR 72143 - EE.UU.



Nicodemo y el nuevo nacimiento

(3.1-21)

En 3.1-21, Jesús estaba hablando con Nicodemo, un principal entre los judíos, sobre uno de los temas más importantes del Nuevo Testamento: el nuevo nacimiento. El resto del capítulo 3 contiene un registro de un debate entre Juan el Bautista y sus discípulos acerca de Jesús, en el que Juan dio testimonio de que Jesús era el Cristo enviado por Dios y que se tiene que creer en Él para ser salvo (3.22-36).¹ En la conversación de Juan con sus seguidores, aprendemos algo sobre el significado de ser salvo. ¿Qué es ser salvo? Es como ser adoptado (Ro 8.15; Ga 4.4-7). Es como ser rescatado (Mt 20.28; 1ª Ti 2.5, 6). Es como ser absuelto de culpa o declarado inocente en una sala del tribunal; es decir, la salvación es un asunto de justificación (Ro 3.24; 5.1). Es como ser vuelto a la vida después de estar muerto (Ro 6.3, 4; Ef 2.1-5; Col 3.5-10).

Jesús describió ser salvo como un nuevo nacimiento. Los apóstoles y evangelistas inspirados usaron la misma imagen. Pedro dijo que, como cristianos que somos, hemos purificado nuestras almas obedeciendo la verdad (1ª P 1.22). Añadió: «... siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre» (1ª P 1.23). Otros han hablado de ser salvos en términos de ser una «nueva creación» (Ga 6.15; vea 2ª Co 5.17; Ef 2.10; Stg 1.18). El Nuevo Testamento también da testimonio de que somos salvos por el «lavamiento de la regeneración», lo que supone una nueva vida (Tit 3.5).

¿Qué sugiere la idea de un «nuevo nacimiento»? Enfatiza que se requiere un cambio radical para que tenga lugar la salvación. ¿Cómo es ese nuevo nacimiento? ¿Cómo y cuándo ocurre? Son las preguntas que Jesús respondió mientras analizaba este tema con Nicodemo.

¹ La parte final de esa sección, 3.31-36, podrían ser las reflexiones posteriores de quien escribió Juan (vea comentarios sobre 3.31, 32).

«¿Cómo puedo tener vida eterna?». La primera pregunta (no formulada) de Nicodemo fue algo así como «¿Cómo puedo tener vida eterna?» o «¿Cómo puedo entrar en el reino de Dios?». Nicodemo era un fariseo (3.1). A los fariseos generalmente se les describe en el Nuevo Testamento como enemigos de Jesús, sin embargo, Nicodemo aparentemente era un buen hombre. También era «un principal entre los judíos», aparentemente miembro del Sanedrín, el consejo gobernante del pueblo judío (3.1).

Era un hombre que sabía algo de verdad sobre Jesús (3.2). Se daba cuenta de que a Jesús se le había de respetar, porque le llamó «Rabí», un término reservado para maestros respetados. Reconocía que Jesús había «venido de Dios como maestro» porque «nadie» podía hacer las señales que Jesús hizo a menos que Dios estuviera «con él» (3.2). La verdad que él sabía y reconocía acerca de Jesús no era toda la verdad, sin embargo, era exacta. Nicodemo era un hombre de cierta percepción espiritual.

Jesús identificó a Nicodemo como un «maestro de Israel» (3.10). El tono de la respuesta de Jesús indica que lo respetaba. A Nicodemo se le describe en Juan 7.45-52 como un hombre justo. Defendió a Jesús diciendo que no era correcto juzgarlo y condenarlo sin una audiencia.

Según 19.38-40, Nicodemo le ayudó a José de Arimatea a sepultar a Jesús después de Su crucifixión. La gran cantidad de especias que Nicodemo trajo para ungir el cuerpo de Jesús habría sido bastante costosa.²

Después de que Nicodemo se dirigió a Jesús
(Continúa en la página 50)

² Puede que Juan haya tenido la intención de mostrar una progresión en el desarrollo espiritual de Nicodemo. Quizás quería que sus lectores vieran el crecimiento de Nicodemo cuando primero fue a Jesús en secreto por la noche (3.1-21), luego habló en voz alta para defender a Jesús (7.45-52), y finalmente ayudó a sepultar Su cuerpo después de haber sido ejecutado como resultado de las acciones de los colegas de Nicodemo (19.38-42).

Traducido del inglés por Rodrigo Ulate González

Escuela Mundial de Misiones La Verdad para Hoy, es una obra no lucrativa sostenida por las iglesias de Cristo. Enviamos literatura cristiana a 150 naciones del mundo; lamentablemente, la enorme carga financiera de este esfuerzo nos imposibilita conceder peticiones de ayuda económica.

LA VERDAD PARA HOY es una publicación diseñada para alentar a predicadores, maestros y cristianos fieles a la gran tarea de estudiar y enseñar el evangelio. A menos que se indique una versión diferente, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la traducción de Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. Se usan con permiso de la American Bible Society, New York, NY, www.americanbible.org. LA VERDAD PARA HOY © 2021 por TRUTH FOR TODAY, 2209 Benton Street, Searcy, AR 72143 EE.UU. www.biblecourses.com

Jesús en el patio del sumo sacerdote

(18.13–27)

JESÚS ES LLEVADO ANTE ANÁS

(18.13, 14)

¹³... y le llevaron primeramente a Anás; porque era suegro de Caifás, que era sumo sacerdote aquel año. ¹⁴Era Caifás el que había dado el consejo a los judíos, de que convenía que un solo hombre muriese por el pueblo.

Versículos 13, 14. Anás fue sumo sacerdote del 6 al 15 d.C. Fue nombrado por Quirino, el prefecto romano y gobernador de Siria, y depuesto por el antecesor de Pilato, Valerio Grato.¹ Incluso después de que fue depuesto, continuó ejerciendo una influencia considerable porque muchos judíos se molestaron por su destitución arbitraria por parte de los romanos que ocupaban sus tierras. El nombramiento bajo la Ley dada a Moisés era para toda la vida (Nm 20.28; 35.25). Varios miembros de la familia de Anás, incluidos cinco de sus hijos y su yerno **Caifás**, ocuparon el cargo en los años posteriores a su destitución.² Si bien Caifás era oficialmente el **sumo sacerdote aquel año** (que quiere decir «ese año histórico») desde la perspectiva romana, Anás, el patriarca de la familia del sumo sacerdote, probablemente todavía era considerado el «verdadero» sumo sacerdote que tenía el poder (vea Lc 3.2; Hch 4.6). Esto explica que le llamaran «el sumo sacerdote» en 18.15, 16, 19, 22 y quizás sea la razón por la que Jesús fue llevado **primeramente** a Anás y luego a Caifás (18.24).

Caifás fue nombrado sumo sacerdote por Valerio Grato y sirvió del 18 al 36 d.C., más tiempo que cualquier otro sumo sacerdote en los días del Nuevo Testamento. Aparentemente, Caifás

fue más político que líder espiritual. Fue Caifás el que sugirió **que convenía que un solo hombre muriese por el pueblo** (vea 11.49–53). De pie ante este líder en el que había poca justicia, Jesús sería condenado. Luego estaría en contacto con Pilato, quien sería presionado para crucificarle.

Si bien todos los relatos del Evangelio informan de un juicio ante las autoridades judías, solo Juan contiene información sobre lo que aparentemente fue una interrogación preliminar e informal de Jesús por parte de Anás (18.12–14, 19–24). No es sino hasta 18.24 que el texto dice que Caifás interrogó a Jesús en su casa (vea Lc 22.54), con «todos los principales sacerdotes y los ancianos y los escribas» (Mr 14.53). Lo probable es que durante las investigaciones preliminares ante Anás y Caifás (Mt 26.57–68; Mr 14.53–65; Lc 22.54, 63–65), se hicieron planes para un juicio más formal ante el Sanedrín, el tribunal supremo de los judíos. El juicio tuvo lugar justo después del amanecer (Lc 22.66–71) y dio como resultado cargos formales con una sentencia de muerte y el envío de Jesús a Pilato (Mt 27.1, 2; Mr 15.1; Lc 23.1; Jn 18.28).

El Evangelio de Juan solo da una mirada superficial al juicio nocturno de Jesús ante Caifás (18.24). Con información adicional de los Evangelios Sinópticos, parece que el orden de los eventos fue el siguiente:

1. Jesús fue informalmente interrogado durante la noche en la casa de Anás para asegurar su aprobación en la condena de Jesús.
2. Anás envió a Jesús a Caifás, cuya casa probablemente compartía el mismo patio. Esta parte del juicio ocurrió antes del amanecer y puede que no haya incluido a todos los miembros del Sanedrín. Durante

¹ Josefo *Antigüedades* 18.2.1–2 [26, 33–35].

² *Ibíd.*, 20.9.1 [197–98].

esta ocasión, Jesús fue tratado con desprecio e insultado.

3. Jesús apareció ante el Sanedrín al amanecer y se tomaron medidas formales. En este encuentro, se reunió la «evidencia» contra Jesús.
4. Finalmente, Jesús fue enviado a Pilato para el juicio romano.

LA PRIMERA NEGACIÓN DE JESÚS POR PARTE DE PEDRO (18.15–18)

¹⁵Y seguían a Jesús Simón Pedro y otro discípulo. Y este discípulo era conocido del sumo sacerdote, y entró con Jesús al patio del sumo sacerdote; ¹⁶mas Pedro estaba fuera, a la puerta. Salió, pues, el discípulo que era conocido del sumo sacerdote, y habló a la portera, e hizo entrar a Pedro. ¹⁷Entonces la criada portera dijo a Pedro: ¿No eres tú también de los discípulos de este hombre? Dijo él: No lo soy. ¹⁸Y estaban en pie los siervos y los alguaciles que habían encendido un fuego; porque hacía frío, y se calentaban; y también con ellos estaba Pedro en pie, calentándose.

Los cuatro relatos del Evangelio narran las negaciones de Jesús por parte de Pedro; sin embargo, mientras los Evangelios Sinópticos informan las tres negaciones consecutivas, Juan interpone un interrogatorio de Jesús por parte del sumo sacerdote entre la primera negación (18.17) y la segunda y la tercera (18.25–27). Esto ha llevado a algunos a concluir que la primera negación fue en el patio de Anás y la segunda y tercera negaciones ocurrieron en el patio de Caifás. Leon Morris dijo que no es necesario llegar a esta conclusión por dos razones: 1) Anás y Caifás podrían haber compartido el mismo palacio, o 2) podrían haber estado en el mismo lugar en esa fatídica noche.³ El hecho de que Anás «envió» a Jesús a Caifás en 18.24 no requiere un movimiento de un área a otra. Además, el hecho de que los Evangelios Sinópticos narren las negaciones una tras otra no quiere decir que no haya pasado nada en medio.

Versículos 15, 16. El presente pasaje introduce la primera negación, utilizando el nombre de **Simón Pedro**. El libro usa característicamente este nombre completo cada vez que Pedro ha es-

tado ausente de la escena por un tiempo, antes de volver al nombre más corto «Pedro» (18.16, 17, 18). Cuando se reanuda la escena del patio, una vez más aparece el nombre completo «Simón Pedro» en 18.25 (NASB), seguido de «Pedro» en 18.26, 27. Todos los relatos del Evangelio coinciden en que Pedro **[seguía] a Jesús**, aunque ninguno declara la razón. Si bien inicialmente todos los discípulos huyeron (Mt 26.56), Pedro y **otro discípulo** regresaron para seguir a Jesús. Pedro aún no había sido sacudido por el temor. Cuando otros habían huido, él siguió a Jesús hasta la puerta del patio. Al menos tres interrogantes de identificación deben abordarse en esta coyuntura: las del **sumo sacerdote, el patio y el discípulo**.

Si bien Caifás era el sumo sacerdote oficial designado por los romanos, Anás todavía era considerado sumo sacerdote. A medida que se desarrolla la narración, es natural pensar que ciertas referencias al sumo sacerdote se refieren a Anás (18.15, 16, 19, 22).

Si «el sumo sacerdote» quiere decir Caifás y el interrogatorio fue ante el Sanedrín, entonces el **patio** (αὐλή, *aulē*) podría haber estado dentro del área del templo. Sin embargo, la mención de «la criada portera» (18.17) impide esta comprensión, ya que solo los hombres podían servir en tales capacidades en los recintos del templo.⁴ Por lo tanto, el «patio» tuvo que haber sido un «patio interno» (NIV), el espacio cerrado conectado a las casas donde se alojaban Anás y Caifás.

Finalmente, el «otro discípulo» probablemente no era otro que el discípulo amado, el apóstol Juan (vea comentarios sobre 13.23). Algunos estudiosos ponen lo anterior en duda porque a este «otro discípulo» nunca se le identifica explícitamente como el discípulo amado, y también porque se cuestiona por qué un pescador galileo sería **conocido del sumo sacerdote** (como se menciona en ambos versículos 15 y 16). La palabra «conocido» (γνωστός, *gnōstos*) sugiere más que una mera familiaridad. Se usa en Lucas 2.44 en referencia a los amigos que estaban íntimamente relacionados con parientes. Dado que este discípulo era «conocido del sumo sacerdote» y tenía acceso ilimitado al patio del sumo sacerdote, se ha sugerido que «el otro discípulo» tuvo que haber sido un discípulo de Jerusalén que tenía acceso a aquellos en las filas

³ Leon Morris, *The Gospel according to John (El Evangelio según Juan)*, rev. ed. The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1995), 665.

⁴ D. A. Carson, *The Gospel According to John (El Evangelio según Juan)*, The Pillar New Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1991), 582.

superiores de la sociedad.

A pesar de las anteriores objeciones, se podrían dar varias razones para apoyar que «el otro discípulo» era el mismo Juan. 1) La frase es ἄλλος μαθητής (*allos mathētēs*), que es la frase utilizada para identificar «al otro discípulo, aquel al que amaba Jesús» en 20.2 (vea 20.3, 4, 8). 2) «El otro discípulo» estaba estrechamente relacionado con Pedro, un hecho que recuerda no solo la conexión del discípulo amado con Pedro (vea 13.23–25; 20.2–10; 21.20–24), sino también la estrecha asociación de Pedro y Juan evidente en los Evangelios Sinópticos y Hechos. 3) Típicamente, Juan menciona los nombres de notables seguidores de Jesús, como Nicodemo y José de Arimatea; sin embargo, el libro no da el nombre de «el otro discípulo», de acuerdo con el patrón de omitir el nombre del discípulo amado. 4) Las barreras sociales entre los trabajadores manuales y las personas más educadas eran insignificantes entre los judíos palestinos, y el acceso al patio del sumo sacerdote no era improbable. 5) El padre de Juan, Zebedeo, habría contratado jornaleros (Mr 1.20); con este estatus socioeconómico, es razonable pensar que podría haber sido conocido por el sumo sacerdote. 6) Morris presentó evidencia de que Juan mismo podría haber tenido un vínculo sacerdotal por parte de su madre.⁵ Por estas razones, es sensato concluir que al «otro discípulo» se le debe identificar con el discípulo amado. Quienquiera que fuera, podía entrar al patio del sumo sacerdote sin ser interrogado y también pudo hablar con la criada portera para obtener la admisión de Pedro.

Versículos 17, 18. Los cuatro relatos del Evangelio coinciden en que fue una **criada** quien confrontó a **Pedro** la primera vez, pero solo Juan identifica que era la **portera**. La criada que admitió a Pedro en el patio conocía a Juan personalmente y sabía que él era un discípulo de Jesús. El hecho de que Pedro había acompañado a Juan a la casa y que Juan le había presentado a la joven le incitó a ésta preguntar si Pedro también era un discípulo. Su pregunta fue formulada de tal manera que anticipaba una respuesta negativa: **¿No eres tú también de los discípulos de este hombre?** La expectativa de una respuesta negativa, la referencia despectiva a «los discípulos de este hombre» y el deseo de Pedro de no ser identificado le facilitaron la respuesta al negar que él era un discípulo de Jesús. Pedro respondió: **No lo soy.** R. Alan Culpepper

⁵ Morris, 666, n. 37.

per hizo la observación de que Pedro no negó a Jesús como Señor; él negó ser Su discípulo.⁶ Solo podemos imaginarnos lo incómodo que se sintió Pedro, estando cerca de aquellos en posiciones altas y rodeado de siervos y alguaciles. A pesar de toda la confianza que había declarado en el aposento alto (13.37) y la valentía que había mostrado al sacar su espada en el huerto (18.10), perdió el coraje. Si bien había proclamado rotundamente su disposición a morir por su Señor en lugar de negarlo, este evento demostró que su Señor y Amo le conocía mejor que él mismo (vea 13.38). Como se ve en otra parte, el conocimiento avanzado de Jesús demostraba Su control de los eventos.

Los soldados romanos habían regresado a la fortaleza de Antonia, por lo que solo **los siervos** del sumo sacerdote y **los alguaciles** (es decir, la policía del templo) permanecieron en el patio. Jerusalén está a unos 730 metros sobre el nivel del mar y puede hacer bastante frío en la primavera, especialmente en la noche. Este fue probablemente el caso de esta noche, porque los siervos y alguaciles encendieron un fuego. De acuerdo a otras versiones, solo Juan registró que era **un fuego** «de carbón» (ἀνθρακιά, *anthrakia*), un término que aparece aquí y en 21.9, y en ningún otro lugar del Nuevo Testamento. En ambos casos, el uso del término indica la tendencia de Juan de señalar detalles y respalda que el presente libro constituye el relato de un testigo ocular. La mención de un fuego confirma que el interrogatorio de Jesús tuvo lugar por la noche, cuando la gente se habría inclinado a encender un fuego para mantenerse caliente. Tales procedimientos en la noche normalmente serían considerados ilegales.⁷ Sin embargo, debido a la fiesta, las autoridades judías tenían prisa por llevar a Jesús ante Pilato cuando sus deberes comenzaban a la mañana siguiente.

Pedro estaba tratando de permanecer lo más discreto posible. El **frío** de la noche lo motivó a dirigirse hacia el fuego, donde estaba **en pie** con los enemigos de Jesús (posiblemente incluyendo a Judas; vea 18.5; Mt 27.3) y **calentándose** a sí mismo. Tuvo que haber estado profundamente preocupado de pie allí, por temor a ser identificado pero deseando saber qué le estaba sucediendo a Aquel con quien había estado tan estrechamente relacionado durante los últimos tres años. Si bien

⁶ R. Alan Culpepper, *Anatomy of the Fourth Gospel: A Study in Literary Design (Anatomía del cuarto evangelio: Un estudio en diseño literario)* (Philadelphia: Fortress, 1983), 120.

⁷ Mishná *Sanedrín* 4.1.

el acto de Pedro de negar a Jesús fue cobarde, se le ha de admirar como uno de los dos únicos discípulos fieles que siguieron a Jesús al patio del sumo sacerdote.

INTERROGATORIO DE JESÚS ANTE ANÁS (18.19–24)

¹⁹Y el sumo sacerdote preguntó a Jesús acerca de sus discípulos y de su doctrina. ²⁰Jesús le respondió: Yo públicamente he hablado al mundo; siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y nada he hablado en oculto. ²¹¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a los que han oído, qué les haya yo hablado; he aquí, ellos saben lo que yo he dicho. ²²Cuando Jesús hubo dicho esto, uno de los alguaciles, que estaba allí, le dio una bofetada, diciendo: ¿Así respondes al sumo sacerdote? ²³Jesús le respondió: Si he hablado mal, testifica en qué está el mal; y si bien, ¿por qué me golpeas? ²⁴Anás entonces le envió atado a Caifás, el sumo sacerdote.

Versículo 19. Este párrafo resume el relato del juicio de Jesús ante Anás, el **sumo sacerdote** (vea comentarios sobre 18.13, 14), como lo indica la palabra **Y** (οὐν, *oun*). Mientras Pedro estaba de pie con los enemigos de Jesús y calentándose, Anás **preguntó** (interrogó) a **Jesús** en una de las habitaciones al lado del patio. En un juicio judío formal, el acusado no era llamado a incriminarse; el caso tenía que apoyarse en el testimonio de los testigos. Era responsabilidad de los acusadores presentar pruebas contra el acusado, en vista de que el acusado no era responsable de demostrar su inocencia. El acusado era considerado inocente hasta que se probara su culpabilidad.

El hecho de que Jesús fuera interrogado sugiere que esta audiencia ante Anás fue informal. El sumo sacerdote se centró en dos asuntos: los **discípulos** de Jesús y su **doctrina**. Si a Anás le preocupaba que Jesús fuera culpable de palabras y hechos que socavaban el sistema judío, seguramente necesitaba saber quién y cuántos estaban involucrados y qué estaba enseñándose. William Hendriksen pensó que el orden de las dos preocupaciones era importante y declaró con respecto a Anás: «Estaba mucho más interesado en el “éxito” de Jesús —¿qué tan grande era el grupo que le seguía?— que en la veracidad o falsedad de lo que había estado enseñando. Este siempre ha sido el comportamiento del

mundo».⁸ Esta idea podría ser incorrecta; la principal preocupación de las autoridades religiosas era teológica, a pesar del hecho de que a Pilato le fue llevado un caso político (vea 19.7, 12). A Jesús se le veía por lo general como un falso profeta que engañaba al pueblo en secreto (vea 7.12, 47), un delito castigado con la muerte (Dt 13.1–11). Evidentemente, Anás esperaba que Jesús revelara algún acto o enseñanza que lo incriminara. Como todos los que intentaron atrapar a Jesús durante Su ministerio, Anás no tuvo éxito.

Versículos 20, 21. En respuesta a Anás, **Jesús** no dijo nada acerca de Sus discípulos, decidido a protegerlos hasta el final (vea 19.9). Tres veces, como se refleja en el texto griego, usó enfáticamente las declaraciones «Yo» (ἐγώ, *egō*) en 18.20, 21: **Yo públicamente he hablado; siempre he enseñado; nada he hablado en oculto.** Jesús apartó toda la atención de Sus discípulos y la puso sobre Sí mismo. Dijo que siempre había hablado «públicamente» (παρησια, *parrēsia*; vea comentarios sobre 7.3–5) **al mundo** (κόσμος, *kosmos*; vea comentarios sobre 1.10). Él «siempre [había] enseñado» **en la sinagoga**, por ejemplo, en Capernaum, donde pronunció Su discurso sobre «el pan de vida» (6.59). Además, había estado enseñando **en el templo** diariamente durante toda la semana antes de Su arresto (Lc 21.37, 38). Ambos lugares eran **donde se [reunían] todos los judíos**; Jesús había enseñado en público y **nada [había] hablado en oculto.** No quiere decir que nunca habló en privado con Sus discípulos y otros. Lo hizo en muchas ocasiones, siendo el discurso del aposento alto el más reciente; sin embargo, lo que dijo a Sus discípulos y a otros en contextos privados no fue diferente de lo que dijo en público. No tenía dos clases de enseñanzas, una para el público en general y otra más subversiva para Sus discípulos. Su enseñanza estaba disponible y abierta a todos; nada era secreto al respecto. La respuesta de Jesús recuerda la de Sócrates a sus jueces cuando dijo: «... si alguien afirma que alguna vez aprendió algo de mí o escuchó algo en privado que ninguno de los demás ha escuchado, tenga la seguridad de que no está diciendo la verdad».⁹

Con el arresto de Jesús, el primer movimiento legal debía haber sido presentar testigos a Su

⁸ William Hendriksen, *Exposition of the Gospel According to John (Exposición del Evangelio según Juan)*, 2 vols. en uno, New Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1953), 2:397.

⁹ Platón *Apología* 33b.

favor, seguidos de aquellos en *Su contra*.¹⁰ Sin embargo, Anás comenzó cuestionando a Jesús, lo que técnicamente no le era permitido. Por lo tanto, Jesús preguntó: **¿Por qué me preguntas a mí?** Esta respuesta no debe interpretarse como evasiva o poco cooperativa. Anás estaba tratando de encontrar evidencia que incriminara a Jesús, y el esfuerzo era contrario a los procedimientos legales judíos, incluso si estos procedimientos eran informales. Jesús protestó contra el pedido de evidencia de Anás, y apeló a testigos que pudieran dar testimonio acerca de Sus enseñanzas. En resumen, Jesús solicitó un juicio apropiado en el que se establecerían pruebas interrogando a los testigos. Dijo: **Pregunta a los que han oído, qué les haya yo hablado; he aquí, ellos saben lo que yo he dicho.** Los Evangelios Sinópticos registran que más adelante, en el juicio ante el Sanedrín, presentaron muchos testigos falsos. Sin embargo, su testimonio fue inconsistente (Mt 26.60; Mr 14.56).

Versículos 22, 23. Uno de los alguaciles (policías del templo) que había participado en el arresto de Jesús (18.3, 12) se ofendió por la protesta de Jesús. Por lo tanto, **le dio una bofetada** y le dijo: **¿Así respondes al sumo sacerdote?** La frase griega que se traduce como «le dio una bofetada» podría traducirse literalmente como «le dio un golpe». La palabra para «bofetada» es *ῥάπισμα* (*rhapisma*), que puede referirse a «un golpe infligido por algún instrumento como un palo, una varilla o un látigo» o «un golpe en la cara con la mano».¹¹ Probablemente, el oficial abofeteó a Jesús en la cara con la mano abierta. Aparentemente, su intención era reprender en lugar de infligir lesiones corporales. Esto podría lograrse con una bofetada en lugar de un garrote. Su acto fue una demostración adicional de ilegalidad en los procedimientos judiciales judíos.

Jesús le respondió: Si he hablado mal, testifica en qué está el mal; y si bien, ¿por qué me golpeas? Jesús no se retractó ante el que le abofeteó. Por el contrario, lo retó a presentar pruebas de que Sus palabras a Anás fueron irrespetuosas. Si Jesús dijo la verdad, especialmente en vista de una interrogación ilegal, ¿por qué se le abofeteó? Nuevamente, Jesús pidió un juicio justo, mientras que Sus en-

emigos dejaron claro que no podían construir un caso contra Él por medios justos. El razonamiento lógico fue dejado de lado en esta fatídica noche. El estadista inglés George Savile dijo: «Nada nos parece más feo que la razón, cuando no está de nuestro lado». En lugar de utilizar el razonamiento correcto, recurrieron a la violencia. Homer A. Kent, Jr., lo resumió bien, diciendo: «La violencia en lugar de la evidencia legal sólida marcaría la mayoría de los procedimientos de esta noche».¹²

Este incidente es similar a la experiencia de Pablo registrada en Hechos 23.1–5, cuando fue golpeado por desafiar al sumo sacerdote. Si bien el incidente relacionado con Jesús fue en un ambiente informal, Pablo estuvo en una sesión formal ante el Sanedrín. Ambos incidentes incluyen la forma correcta de dirigirse al sumo sacerdote. Pablo se disculpó por llamarle a Ananías «pared blanqueada», y confesó que su lenguaje era una violación de las Escrituras, que prohibía hablar contra un príncipe del pueblo (Ex 22.28). En vista de que Jesús no había usado un lenguaje inapropiado para hablarle al sumo sacerdote, no había razón para disculparse con él. En cambio, protestó contra la injusticia del comportamiento grosero del alguacil. La protesta de Jesús no quebrantó Su propia declaración de «[volver]... la otra [mejilla]» (Mt 5.39) cuando alguien es abofeteado en una mejilla. Es consecuente con la enseñanza de Jesús de dar testimonio de la verdad cuando se cometen actos de injusticia contra otros.

Versículo 24. Aparentemente, Anás llegó a la conclusión de que no encontraría evidencia para incriminar a Jesús; entonces **le envió atado a Caifás, el sumo sacerdote.** El relato de Juan no dice qué sucedió en los juicios judíos oficiales ante Caifás y el Sanedrín; sin embargo, esos juicios están cubiertos en los Evangelios Sinópticos (Mt 26.57–68; 27.1, 2; Mr 14.53–65; 15.1; Lc 22.54, 63–71), con los que los lectores de Juan estarían familiarizados. La narrativa de Juan se limita al interrogatorio preliminar ante Anás, que nunca se analiza en los demás relatos del Evangelio. Jesús no pudo comparecer ante Pilato hasta que el sumo sacerdote oficial, Caifás, el presidente del Sanedrín, confirmara los cargos oficiales. La audiencia de Jesús ante Anás constituyó un interrogatorio preliminar, después de lo cual se llevó a cabo un interrogatorio formal

¹⁰ Mishná *Sanedrín* 4.1.

¹¹ Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature* (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva), 3ª ed., rev. y ed. Frederick William Danker (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 904.

¹² Homer A. Kent, Jr., *Light in the Darkness: Studies in the Gospel of John* (Luz en las tinieblas: Estudios en el Evangelio de Juan) (Winona Lake, Ind.: BMH Books, 1974), 201.

(aunque todavía no completamente legal) ante el Sanedrín.

La forma como lo consigna la KJV, «Ahora, Anás le había enviado atado a Caifás, el sumo sacerdote», es un intento por escapar de la dificultad de suponer que había dos sumos sacerdotes (vea comentarios sobre 18.13–16). Esto no refleja la importancia del aoristo ἀπέστειλεν (*apesteilen*, «enviado»), ni refleja el contexto. Cuando se entienden las ramificaciones del sumo sacerdocio, se considera que tal traducción es injustificada. Jesús había sido atado previamente y llevado a Anás (18.12, 13), y 18.24 dice que fue enviado «atado a Caifás». Algunos piensan que Jesús estuvo atado todo el tiempo que Anás lo interrogó. En consecuencia, la forma como lo consigna la NIV1984 es «todavía atado», pero no está claro si Jesús había estado atado durante el interrogatorio preliminar o si fue atado nuevamente después de que Anás le interrogó.

SEGUNDA Y TERCERA NEGACIÓN DE JESÚS POR PARTE DE PEDRO (18.25–27)

²⁵Estaba, pues, Pedro en pie, calentándose. Y le dijeron: ¿No eres tú de sus discípulos? El negó, y dijo: No lo soy. ²⁶Uno de los siervos del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro había cortado la oreja, le dijo: ¿No te vi yo en el huerto con él? ²⁷Negó Pedro otra vez; y en seguida cantó el gallo.

Versículo 25. El texto regresa a la escena del patio, donde **Estaba, pues, Pedro en pie, calentándose** (vea 18.18). Como de costumbre, «Simón Pedro» es el nombre usado (en la NASB) para Pedro porque ha estado fuera de la narración por un tiempo (vea comentarios sobre 18.15, 16). En Juan, la primera negación es separada de la segunda y la tercera negación. La valiente defensa de Jesús ante Anás (18.19–24) contrasta con la cobarde respuesta de Pedro a sus acusadores. Raymond E. Brown explicó:

Al hacer que las negaciones de Pedro sean simultáneas con la defensa de Jesús ante Anás, Juan ha construido un contraste dramático en el que Jesús confronta a sus interrogadores y no niega nada, mientras que Pedro se acobarda ante sus interrogadores y lo niega todo.¹³

¹³ Raymond E. Brown, *The Gospel According to John* (xiii–xxi) (*El Evangelio según Juan* [xiii–xxi]), The Anchor Bible, vol. 29A (Garden City, N.Y.: Doubleday & Co., 1970), 842.

Cuando Pedro se estaba calentando, otro desafío le llegó de aquellos implícitos en la frase **le dijeron**. Aparentemente, estas personas eran los siervos y los alguaciles. Juan no especifica a nadie en particular, sin embargo, Mateo 26.71 y Marcos 14.69 mencionan a una criada. Mientras que Marcos parece referirse a la misma joven que provocó la primera negación, Mateo llama la atención a «otra» «criada». Lucas tiene «otro» (ἕτερος, *heteros*) en masculino, refiriéndose a un hombre, lo que se destaca por el uso que hace Pedro de «Hombre» en su respuesta en Lucas 22.58. Aunque estas diferencias han dado lugar a un gran debate sobre la fiabilidad de los textos, los relatos pueden armonizarse fácilmente tal como están. El uso que hace Juan de «le dijeron» indica que varios se reunieron alrededor del fuego interrogando a Pedro; y de los involucrados, cualquier autor del Evangelio podría haber señalado a un individuo en particular.

Los reunidos alrededor del fuego le preguntaron a Pedro: **¿No eres tú de sus discípulos? El negó, y dijo: No lo soy.** La pregunta que le fue hecha a Pedro y su respuesta fueron casi idénticas a las registradas en 18.17. Nuevamente, la pregunta fue expresada por alguien que esperaba una respuesta negativa. Esta característica es exclusiva de la descripción de Juan. En ambos casos, la pregunta sugería que Pedro diría «no». Esto hace que el relato de Juan parezca menos crítico del fracaso de Pedro que las narraciones sinópticas.

Versículos 26, 27. Según Lucas 22.59, transcurrió aproximadamente una hora entre la segunda y la tercera negación. Mientras que los Evangelios Sinópticos son indefinidos sobre los acusadores de Pedro, el relato de Juan identifica al último retador como **Uno de los siervos del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro había cortado la oreja.** Lo anterior podría ser evidencia de que el discípulo amado era de hecho el referido como «otro discípulo» en 18.15 y «el discípulo que era conocido del sumo sacerdote» en 18.16. Tal detalle revela el conocimiento que tenía Juan de la casa del sumo sacerdote. El que hizo la pregunta era un pariente de Malco, que naturalmente estaría interesado en el que había herido a su pariente con una espada. El siervo dijo: **¿No te vi yo en el huerto con él?**

Los que habían interrogado a Pedro antes le habían facilitado negar a Jesús por la forma de sus preguntas. Esta situación era diferente. Pedro
(Continúa en la página 52)

El juicio de Jesús ante Pilato

(18.28-40)

Juan contiene solo una breve descripción de cuando Jesús es llevado ante el sumo sacerdote Anás y carece de información detallada sobre Su comparecencia ante Caifás y el Sanedrín (vea 18.24, 28). Sin embargo, el registro que hace Juan de Jesús ante Pilato (18.28—19.16) es más extenso que el de todos los Evangelios Sinópticos combinados. El presente texto parece tener el propósito de demostrar que Pilato mismo creía que Jesús era inocente. Tres veces, se cita a Pilato diciendo: «Yo no hallo en él ningún delito» (18.38b; 19.4, 6). Además, está claro que Pilato trató de liberar a Jesús (19.12), un deseo que se reflejó en su ofrecimiento de liberar a Jesús en lugar de Barrabás. Solo después de que los judíos clamaran que quien liberara a Jesús no era amigo de César, fue que Pilato consintió en permitir que Jesús fuera crucificado. La narración del juicio de Jesús ante Pilato tiene como tema dominante el reinado y el reino de Jesús (vea 18.36; 19.11, 12, 14, 15, 19–21).

Solo Juan suministra la mayor parte de lo que se sabe sobre el juicio romano. Esto plantea la pregunta sobre el origen del material en el libro. B. F. Westcott sugirió que Juan podría haber entrado en la corte romana, sin temor a contaminarse como temía el resto de sus hermanos judíos (vea 18.28).¹ D. A. Carson dijo que las posibles fuentes podrían incluir información de Jesús después de la resurrección, de los asistentes de la corte que luego se hicieron cristianos, o incluso de los registros públicos de la corte.² Por supuesto, el lector jamás

debe olvidar el papel del Espíritu Santo, que guio a Juan en la redacción de su relato del Evangelio (14.26; 15.26, 27; 16.13; vea 2ª P 1.20, 21).

La narrativa del juicio romano, que comienza en 18.28 y continúa hasta 19.16, consta de siete escenas.

Escena uno (18.28–32): Pilato afuera interrogando a los judíos.

Escena dos (18.33–38a): Pilato adentro interrogando a Jesús.

Escena tres (18.38b–40): Pilato afuera declarando «no culpable» a Jesús.

Escena cuatro (19.1–3): Pilato adentro sometiéndolo a Jesús a la flagelación y la burla.

Escena cinco (19.4–7): Pilato afuera mostrando a Jesús.

Escena seis (19.8–11): Pilato adentro adjudicándose poder de vida y muerte sobre Jesús.

Escena siete (19.12–16): Pilato afuera en un intento final por liberar a Jesús.

Las escenas alternan entre el interior del pretorio, donde Pilato interrogó a Jesús, y el exterior, donde Pilato interactuó con las autoridades judías. El personaje principal es Jesús, cuyo reinado y reino ocupan el centro del escenario.

LOS JUDÍOS CUESTIONADOS POR PILATO (18.28–32)

²⁸Llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era de mañana, y ellos no entraron en el pretorio para no contaminarse, y así poder comer la pascua. ²⁹Entonces salió Pilato a ellos, y les dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre? ³⁰Respondieron y le dijeron: Si éste no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado. ³¹Entonces les dijo Pilato: Tomadle vosotros, y juzgadle según

¹ B. F. Westcott, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)* (Cambridge: University Press, 1881; reimp., Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), 258.

² D. A. Carson, *The Gospel According to John (El Evangelio según Juan)*, *The Pillar New Testament Commentary* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1991), 587.

vuestra ley. Y los judíos le dijeron: A nosotros no nos está permitido dar muerte a nadie;³² para que se cumpliese la palabra que Jesús había dicho, dando a entender de qué muerte iba a morir.

Versículo 28. Anás había enviado a Jesús a Caifás, el sumo sacerdote, antes del amanecer, cuando algunos de los miembros del Sanedrín podrían no haber estado presentes (18.24). Juan no dice nada sobre lo que ocurrió allí, sin embargo, los eventos pueden recopilarse de los Evangelios Sinópticos (Mt 26.57–68; Mr 14.53–65; Lc 22.54, 63–65). Además de afirmar que Jesús fue enviado a Caifás, Juan omite cualquier interrogatorio a Jesús, así como la lectura formal de cargos contra Jesús ante el Sanedrín al amanecer. Tampoco el libro menciona la presencia de Jesús ante Herodes Antipas de Galilea, que se registra en Lucas 23.6–15. El relato de Juan se centra en el juicio romano. Caifás había presidido el tribunal supremo de los judíos, el Sanedrín, y había determinado que Jesús sería condenado a muerte; sin embargo, sin la sanción de las autoridades romanas, la pena capital no podía ejercerse (18.31).

El versículo 28 prepara el escenario para la primera escena. El sujeto del verbo **Llevaron** presumiblemente son las autoridades judías, los miembros del Sanedrín. Estos hombres **Llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio**. La palabra *πραΐτώριον* (*praitōrion*) es el equivalente griego del latín *praetorium*, un término que denota el cuartel general de un gobernador militar romano. En este momento, el gobernador de Judea era Pilato, que había sido nombrado en el 26 d.C. Pilato normalmente residía en Cesarea, en el palacio que Herodes el Grande construyó para sí, que estaba disponible como un pretorio (vea Hch 23.35). Sin embargo, era costumbre en los festivales judíos que el gobernador se estableciera en Jerusalén para sofocar cualquier posible disturbio que pudiera surgir. Esta residencia temporal sería su pretorio. No es seguro dónde se encontraba el pretorio de Jerusalén, es decir, la residencia de Pilato.³

El punto de vista tradicional es que Pilato se quedaba en la fortaleza de Antonia. Esta fortaleza estaba ubicada adyacente a la esquina noroeste del monte del templo y conectada al patio exterior del templo por gradas (vea Hch 21.35, 40). Se han

³ Vea Jack P. Lewis, *Biblical Archaeology, 2: A Supplement (Arqueología Bíblica, 2: Un suplemento)*, Truth for Today Commentary (Comentario de La Verdad para Hoy) (Searcy, Ark.: Resource Publications, 2016), 333.

utilizado al menos tres argumentos para respaldar esta idea. 1) El gobernador necesitaba estar cerca del templo durante una fiesta para atender los disturbios. 2) Existía un patio pavimentado en el sitio, que se correlaciona con «el Enlosado» de 19.13.⁴ 3) Herodes Antipas estuvo presente en la ciudad (vea Lc 23.7). Presumiblemente, él (no Pilato) ocupaba el palacio construido por su padre, Herodes el Grande. La fortaleza Antonia es también el comienzo de la *Vía Dolorosa* (en latín, «Camino doloroso»), un nombre que se le ha dado a la ruta que Jesús siguió por en medio de Jerusalén camino al Gólgota, que termina en la Iglesia del Santo Sepulcro.

Otra opinión es que «el pretorio» se refiere al palacio construido por Herodes el Grande, que estaba ubicado al lado del muro occidental de la ciudad. Los defensores de esta opinión han presentado varios argumentos.⁵ 1) La proximidad de Pilato al templo no era un problema importante, ya que los alguaciles y las tropas romanas se habrían estacionado en la fortaleza de Antonia. 2) El pavimento de piedra asociado con la fortaleza fue fechado en el siglo segundo d.C. por P. Benoit.⁶ En contraste, se han encontrado los cimientos de un gran podio en las excavaciones del palacio herodiano. 3) Pilato se habría quedado en los mejores alojamientos que Jerusalén tenía para ofrecer. En vista de que Pilato residía en el palacio de Herodes el Grande en Cesarea, naturalmente habría hecho lo mismo en Jerusalén. Él (no Herodes Antipas) tenía jurisdicción sobre Judea. 4) Filo, que fue contemporáneo de Jesús, indicó que Pilato se quedaba en el palacio de Herodes cuando visitaba Jerusalén; lo llamó «la casa de los gobernadores».⁷ Si este punto de vista es correcto, la ruta tradicional de la *Vía Dolorosa* es inexacta.

Jesús fue llevado de Caifás al pretorio de **mañana** (*πρωί*, *prōi*), queriendo decir la cuarta

⁴ La siguiente es una fuente muy útil: Jack Finegan, *The Archaeology of the New Testament (La arqueología del Nuevo Testamento)* (Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1969), 156–61.

⁵ Para un excelente análisis de la evidencia, vea John McRay, *Archaeology and the New Testament (Arqueología y el Nuevo Testamento)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1991), 114–19.

⁶ P. Benoit, «The Archaeological Reconstruction of the Antonia Fortress» («La reconstrucción arqueológica de la fortaleza de Antonia»), en *Jerusalem Revealed (Jerusalén revelada)*, ed. Yigael Yadin (Jerusalem: The Israel Exploration Society, 1975), 87–89.

⁷ Filón *Embajada a Cayo* 38 [299]; 39 [306]; vea Josefo *Guerras* 2.14.8 [301].

vigilia de la noche, de 3.00 a.m. a 6.00 a.m. Si las palabras se usan en un sentido técnico, entonces Jesús fue llevado a Pilato antes de las 6.00 a.m. Esto no sería sorprendente, ya que era costumbre que los alguaciles romanos comenzaran a trabajar temprano en la mañana y terminaran en la primera parte del día.⁸ Además, Pilato tuvo que haber sabido que los soldados habían sido enviados por la noche para arrestar a Jesús y podrían haber sido advertidos de estar listos para una reunión temprana con los judíos. No hubieran querido molestar al gobernador haciéndole esperar. Sin embargo, la palabra probablemente no debería entenderse en su sentido técnico, sino más bien con el significado de «la primera parte del período de luz del día [...] temprano por la mañana».⁹ La ley judía prohibía juzgar casos relacionados con la pena de muerte por la noche, por lo tanto, «de mañana» probablemente quiere decir poco tiempo después del amanecer (quizás entre las 6.00 a.m. y las 7.00 a.m.). Lo anterior tiene que ser cuando el Sanedrín se reunió «Muy de mañana» (Mr 15.1; vea Mt 27.1), o «Cuando era de día» (Lc 22.66), en una sesión formal y pronunció su veredicto contra Jesús. Lo anterior daría al menos la apariencia de legalidad a los procedimientos, ya que Jesús había sido juzgado injustamente ante Caifás por la noche, además del interrogatorio preliminar ante Anás.

Solo el relato de Juan menciona que, al llegar, las autoridades judías mismas **no entraron en el pretorio para no contaminarse, y así poder comer la pascua**. La Mishná dice: «Las moradas de los gentiles son inmundas».¹⁰ La razón precisa para esta inmundicia es incierta. Entrar en la casa de un gentil habría incurrido en un deshonor debido al uso gentil de la levadura (vea Ex 12.15, 19). Además, los judíos temían que «los abortos y los bebés prematuros que morían podrían ser sepultados dentro del área de las casas de los gentiles, sometiendo las casas a la inmundicia de los muertos».¹¹ De acuerdo con Números 9.6–12, cualquier persona que entraba en contacto con

un cadáver no podía observar la pascua a la hora señalada, ya que la persona estaría inmunda durante siete días (Nm 19.11). La mayoría de los que se contaminaban celebraban la fiesta un mes después. Aparentemente, entrar en la casa de un gentil daba como resultado la contaminación, pero permanecer fuera de la casa no lo hacía.

Se debate si «comer la pascua» se refiere a la comida de la pascua en sí o a la fiesta de los panes sin levadura, que continuaba durante siete días. El debate ha surgido porque los Evangelios Sinópticos registran la Última Cena como la comida de pascua, mientras que Juan, según algunos, parece tener la Última Cena antes de la pascua. El problema creado aquí ha sido tratado en el análisis de 13.1. La solución podría ser darnos cuenta de que el término «pascua» puede referirse a la comida de la pascua en sí, a la fiesta de los panes sin levadura (vea Lc 22.1), o a toda la fiesta, incluyendo tanto la comida de pascua como la fiesta de los panes sin levadura.

De acuerdo con su afición por resaltar la ironía, Juan hizo notar que los judíos eran escrupulosos acerca de no entrar en la casa de un gentil para evitar ser contaminados ceremonialmente, incluso mientras se estaban contaminando moralmente por sus procedimientos contra Jesús. Además, es irónico que usaran un gentil para lograr sus objetivos homicidas, pero no entrarían en la casa de un gentil. El comentario de Juan en cuanto a que los judíos no entrarían al pretorio para evitar contaminarse también explica el vacilar de Pilato en las siete escenas diferentes entre Jesús y los judíos. Estas escenas, de manera dramática, muestran que Jesús es el Rey y ofrece a todos un lugar en Su reino, mientras que los judíos representan al mundo. El vacilar de Pilato desafía al lector a escoger entre Jesús y el mundo.

Versículos 29, 30. Pilato es presentado abruptamente por primera vez en Juan. Fue nombrado gobernador de Judea por el emperador Tiberio en el año 26 d.C. y ocupó el cargo hasta la muerte del emperador en el año 36 d.C.¹² El historiador Tácito se refirió a Pilato como un «procurador» romano¹³,

⁸ A. N. Sherwin-White, *Roman Society and Roman Law in the New Testament (Sociedad romana y la ley romana en el Nuevo Testamento)* (Oxford: Clarendon Press, 1963), 45.

⁹ Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva)*, 3ª ed., rev. y ed. Frederick William Danker (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 892.

¹⁰ Mishná *Oholoth* 18.7.

¹¹ George R. Beasley-Murray, *John (Juan)*, Word Biblical Commentary, vol. 36 (Waco, Tex.: Word Books, 1987), 327.

¹² El final de las funciones de Pilato se remonta al 36 o 37 d.C. Vitelio, el gobernador de Siria, envió a Pilato a Roma para responder a los cargos de matar injustamente a muchos samaritanos. Antes de la llegada de Pilato a la capital, el emperador murió. (Josefo *Antigüedades* 18.4.2 [88–89].)

¹³ *Anales* de Tácito 15.44. Josefo usó el equivalente griego del término latino. (Josefo *Wars* 2.9.2 [169].)

que quiere decir un funcionario financiero de una provincia. Sin embargo, según una inscripción en latín descubierta en 1961 en el teatro herodiano de Cesarea, Pilato tenía el título de «prefecto [*praefectus*] de Judea», un título militar de un comandante de tropas auxiliares utilizado en tiempos preclaudianos.¹⁴ Los relatos del Evangelio emplean el título genérico de «gobernador» (ἡγεμῶν, *hēgemōn*; Mt 27.2, 11, 14, 15, 21, 27; 28.14; Lc 20.20). De lo que se recoge del Nuevo Testamento, así como de Filón y Josefo¹⁵, a Pilato se le ha llegado a conocer como un hombre sin principios. Era egoísta, moralmente débil, brutal y vacilante. Debido a su naturaleza terca y violenta, estaba dispuesto a sacrificar a un hombre inocente (vea Lc 13.1).

En vista de que las autoridades judías se negaron a ingresar al pretorio (18.28), Pilato **salió [...]** a ellos para escuchar los cargos que tenían contra Jesús. Abrió el proceso judicial preguntando: **¿Qué acusación traéis contra este hombre?** No quiere decir que no tenía conocimiento de lo que deseaban los judíos. El hecho de que los soldados romanos fueron despachados a arrestar a Jesús (18.3, 12) sugiere que las autoridades religiosas se habían comunicado con Pilato. Su indagación simplemente indica que él, de acuerdo con su deber, les estaba pidiendo que declararan el cargo formal contra Jesús.

La respuesta de los judíos fue vaga y tal vez rayaba en la insolencia: **Si éste no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado.** Sabían que no tenían un caso contra Jesús que fuera aceptado en una corte romana; el cargo que tenían contra Jesús era blasfemia (19.7), un cargo que no quebrantaba ninguna ley romana. La declaración de los judíos revelaba su arrogancia; esperaban que Pilato respaldara su propia decisión y ordenara la sentencia de muerte. En su lugar, Pilato inició un nuevo juicio. Esta decisión fue sin duda desagradable para ellos, dada su aversión a la interferencia romana en los asuntos judíos. Le llamaron a Jesús «malhechor» (κακὸν ποιῶν, *kakon poiōn*, literalmente, «hacer el mal»), es decir, uno que estaba constantemente haciendo mal. En resumen, su acusación era que era un criminal —una amenaza para la sociedad, una amenaza para el bien público— y no tenían más que decir. La frase «Sí este...» manifestaba

el desprecio que tenían por Jesús. Pilato había cooperado en el deseo de ellos de que arrestaran a Jesús, y ahora los judíos insistían en que él tenía que creerles que el que los soldados romanos habían arrestado era peligroso y debía recibir la pena máxima de muerte.

Versículos 31, 32. Pilato sabía cómo tratar con la insolencia de los judíos, y respondió: **Tomadle vosotros** [ὁμεῖς, *humeis*, enfática], **y juzgadle según vuestra ley.** A Pilato no le interesaba ser un juez de asuntos judíos.¹⁶ Si bien los romanos eran los conquistadores, respetaban las leyes y costumbres de los judíos sometidos y les daban una libertad considerable para resolver sus propias disputas. Indudablemente, Pilato sabía lo que querían las autoridades judías, a saber: la muerte de Jesús. Si querían dejar la impresión de que Jesús era un infractor de sus propias leyes, entonces debían juzgarlo de acuerdo con esas leyes. Sin embargo, si querían un juicio de muerte en Su contra, tendrían que presentar un caso válido contra Jesús; porque, como reconocían, no podían proceder legalmente sin la autoridad del gobernador.

Y los judíos le dijeron: A nosotros no nos está permitido dar muerte a nadie. A pesar de los casos en los que las autoridades judías llevaron a cabo la pena de muerte, como la lapidación de Esteban (Hch 7), no tenían el poder legal para ejecutar la pena capital. La pena capital constituía el más cuidadosamente protegido de todos los poderes gubernamentales de los romanos; ese poder residía solo en manos del gobernador.¹⁷ Josefo denunció un caso a principios de los años 60 en el que el sumo sacerdote condenó a muerte a Santiago, el hermano de Jesús, y a otros por lapidación. Algunos ciudadanos protestaron por esta sentencia porque el sacerdote había violado la ley, y el incidente provocó que Agripa lo depusiera.¹⁸ Los líderes religiosos no habrían venido a la presencia de Pilato si no fuera por su deseo de ver que Jesús fuera ejecutado. Repudiaban a los romanos y su ocupación de Palestina, y resentían a sus conquistadores por entrometerse en los asuntos judíos.

Si a los judíos se les hubiera dado permiso para matar a Jesús por quebrantar la Ley, lo habrían hecho apedreándolo. Según Juan, las palabras de Jesús «Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos

¹⁴ Al igual que algunos pasajes del Nuevo Testamento (Lc 3.1; Hch 4.27; 1ª Ti 6.13), la inscripción de Pilato identifica al gobernador como «Poncio Pilato».

¹⁵ Filón *Embajada a Cayo* 38 [302]; Josefo *Antigüedades* 18.3.1–2 [55–62]; 18.4.1 [85–87]; *Guerras* 2.9.2–4 [169–177].

¹⁶ En Hechos 18.14, 15, a Galio tampoco le preocupaba la «propia ley» de los judíos. Cuando Pablo fue llevado ante él, dijo: «yo no quiero ser juez de estas cosas».

¹⁷ Sherwin-White, 35–37.

¹⁸ Josefo *Antigüedades* 20.9.1 [197–203].

atraeré a mí mismo» (12.32) querían decir que Él no moriría por el método judío de lapidación, sino por el método romano de crucifixión. El texto no declara explícitamente que las autoridades judías querían que Jesús fuera crucificado en lugar de apedreado (vea 19.6, 15), aunque algunos lo han mantenido. George R. Beasley-Murray hizo notar que el método romano de crucifixión conllevaba la maldición de la ley de que cualquier persona que fuera colgada de un árbol estaba bajo la maldición de Dios (Dt 21.23). La crucifixión «aseguraría que Jesús no fuera visto como un mártir por la causa de Dios, sino como un impostor que murió bajo la maldición de Dios».¹⁹ Juan podría simplemente haber estado diciendo que el curso de los acontecimientos, incluyendo el hecho de que los romanos tuvieron que autorizar la pena capital, dio como resultado el cumplimiento de las palabras de Jesús, **dando a entender de qué muerte iba a morir**, esto es, ser «levantado de la tierra» (12.32, 33). Las palabras de Jesús se cumplieron, tal como se cumplen todos los anuncios de Dios (vea 17.12; 18.9).

JESÚS INTERROGADO POR PILATO (18.33–38a)

³³Entonces Pilato volvió a entrar en el pretorio, y llamó a Jesús y le dijo: **¿Eres tú el Rey de los judíos?** ³⁴Jesús le respondió: **¿Dices tú esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí?** ³⁵Pilato le respondió: **¿Soy yo acaso judío? Tu nación, y los principales sacerdotes, te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?** ³⁶Respondió Jesús: **Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí.** ³⁷Le dijo entonces Pilato: **¿Luego, eres tú rey?** Respondió Jesús: **Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz.** ³⁸Le dijo Pilato: **¿Qué es la verdad?**

Versículo 33. La escena dos del juicio romano comienza con Pilato regresando al pretorio, donde llamó a Jesús para interrogarlo. La pregunta de Pilato **¿Eres tú el Rey de los judíos?** se registra en todos los relatos del Evangelio (Mt 27.11; Mr 15.2; Lc 23.3). La redacción indica que los judíos habían dicho más de lo que se registra en Juan.

¹⁹ Beasley-Murray, 328.

Solo en Lucas 23.2 leemos que Jesús fue acusado por primera vez ante Pilato de afirmar ser un rey. El relato de Juan presupone este cargo por parte de los líderes religiosos (vea 19.21). Los registros sinópticos dicen que Jesús declaró inmediatamente cuando se le preguntó si era o no un rey, «Tú lo dices». Esta respuesta se pospone en Juan hasta 18.37, mientras que 18.34–36 brinda información importante sobre el reinado de Jesús. La acusación de los judíos de que Jesús afirmaba ser un rey se basaba en Su respuesta afirmativa a la pregunta de Caifás sobre si era o no el Mesías, el Hijo de Dios (Mt 26.63, 64; Mr 14.61, 62; Lc 22.67–70). Juan no tiene nada que decir sobre este episodio, sin embargo, insinúa claramente lo que está registrado en los demás relatos del Evangelio, es decir, que Jesús sí dio esa respuesta (vea 19.7). Afirmar ser el Mesías era afirmar ser el Rey prometido de Israel. Natanael había declarado que Jesús era este Rey (1.49) y tras Su entrada triunfal en Jerusalén unos días antes había sido proclamado «el Rey de Israel» (12.12–15).

Por el momento, el enfoque de las autoridades judías estaba en el tema teológico del reinado de Jesús. (Más adelante, enfatizarían la afirmación de Jesús en cuanto ser el Hijo de Dios.) Su preocupación era cómo presentar esta afirmación de una manera que llevara a Pilato a concluir que Jesús era una amenaza para el gobierno romano y, por lo tanto, merecía la pena de muerte. En vista de que toda la indagatoria de Pilato se centró en este tema, en el texto se analiza el tema crucial (vea 18.33–37, 39; 19.3, 12, 15, 19–22).

El interés de Pilato era si el cargo contra Jesús era verdadero o falso: ¿Era Jesús culpable o inocente de la rebelión contra Roma? Pilato podría haber estado haciendo su pregunta con incredulidad: «¿Eres tú [σὺ, *su*; enfático en todos los relatos del Evangelio] el Rey de los judíos?». Sin lugar a dudas, Pilato estaba pensando en un rey revolucionario, un gobernante que se había erigido como «Rey de los judíos». Una mirada superficial a Jesús por parte del gobernador fue suficiente para que él discerniera que Jesús no era tal rey. La idea parecía absurda.

Versículos 34, 35. Jesús no podía dar una respuesta precisa a la pregunta de Pilato, sea afirmativa o negativa, hasta que ambos entendieran el significado de la pregunta. Él dijo: **¿Dices tú esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí?** La respuesta de Jesús a Pilato fue, en efecto, «¿Se basa tu búsqueda en el conocimiento personal de

que he hecho tales afirmaciones, o estás reflejando lo que otros te han dicho?». Jesús necesitaba establecer si Pilato estaba empleando el significado de «Rey de los judíos» desde la perspectiva de los romanos o de los judíos. Si su pregunta se basaba en el conocimiento personal, tal vez estaba pensando políticamente. Si es así, entonces Jesús podría ayudarle a Pilato a comprender que Su reino no era una amenaza para César. Si la pregunta se basaba en lo que había escuchado de los judíos, que pensaban de manera religiosa, entonces el gobernador había sido engañado por ellos y no entendía lo que realmente significaba el reinado aplicado a Jesús. En cualquier caso, Jesús necesitaría aclarar Su reinado.

Pilato respondió con una exclamación despectiva e insolente, esperando como respuesta negativa: **¿Soy yo acaso judío?** Afirmaba que no tenía ningún interés en los asuntos judíos y negaba cualquier conocimiento sobre Jesús aparte de lo que otros le habían dicho. Él dijo: **Tu nación, y los principales sacerdotes** [señalados como la voz principal del Sanedrín] **te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?** Su respuesta indicaba que estaba exasperado con los judíos por entregarle a Jesús y por hacer sus vagas acusaciones. Pilato no estaba listo a aceptar los cargos presentados por las autoridades judías; pero sabía que algo debía estar detrás de sus cargos, o no repudiarían tanto a Jesús. De acuerdo con su responsabilidad como gobernador romano, deseaba aclarar lo que Jesús había hecho antes de llegar a un veredicto de culpabilidad o inocencia en Su caso. Carson observó la ironía detrás de la pregunta de Pilato «¿Soy yo acaso judío?» cuando hizo notar: «Pilato desprecia y desconfía de los judíos, sin embargo, en el curso de la narración finalmente se ve obligado a adoptar la posición de ellos».²⁰

Versículo 36. Jesús no respondió la pregunta de Pilato sobre lo que había hecho (18.35). En cambio, volvió a la acusación de haberse erigido como «Rey de los judíos», lo que había provocado la pregunta de Pilato (18.33). Jesús confirmó que era «un rey» (18.37) pero explicó que el **reino** (βασιλεία, *basileia*) sobre el cual gobernaba **no era de este mundo**. El reino de Jesús no era como el Imperio Romano ni cualquier reino terrenal. No constituía una amenaza para la soberanía de Roma. «No era de este mundo» en su origen, su autoridad o su naturaleza. Si el reino de Jesús fuera de este

mundo, dijo, Sus **servidores pelearían** para evitar que **fuera entregado a los judíos**. Al permitirse ser tomado tan fácilmente y al prohibirle a Pedro que empuñara su espada (18.10, 11), Jesús había dejado en claro que Su reino era diferente a cualquier poder terrenal.

Este reino era el que Jesús había declarado a lo largo de Su ministerio como cercano y del que había escrito Daniel (Dn 2.44; 7.14, 27). Era un reino espiritual que estaba conformado por santos como ciudadanos. Jesús había admitido que Él era el Mesías (Mt 26.63, 64; Mr 14.61, 62; Lc 22.70); lo que equivalía a afirmar ser el Rey prometido de Israel. Por lo tanto, la acusación de los judíos de que Jesús se llamó a Sí mismo rey parecía plausible. Sin embargo, la visión de Jesús del Mesías y su visión eran completamente diferentes. Jesús no visualizaba un reino terrenal como lo esperaban los judíos.

Solo aquí y en 3.3, 5 se usa la terminología del «reino» en Juan; este es un gran contraste con el uso común de dicha terminología en los Evangelios Sinópticos. En 3.3, 5, Jesús estaba hablando con Nicodemo sobre la necesidad de un nuevo nacimiento para entrar en el reino. El reino había de estar formado por aquellos que habían nacido del agua y el Espíritu. Jesús dijo que Su reino no debía tener el poder secular de Roma. En resumen, dijo: **mi reino no es de aquí**. Si bien Su reino no es de este mundo «es esencial que la declaración de Jesús no deba interpretarse en el sentido de que Su reino no está *activo* en este mundo, o *no tiene nada que ver* con este mundo».²¹ Claramente tenía la intención de que Su venida al mundo y Su señorío como Rey sobre Su reino causarían que el mundo se viera afectado por el reino. Su reino está formado por aquellos que han conquistado el mundo separándose espiritualmente de él.

Versículos 37, 38a. Pese a que la comprensión de Pilato era limitada, sabía que Jesús afirmaba ser un rey de algún tipo. Con un tono de ironía y desprecio, exclamó: **¿Luego, eres tú rey?** Esta pregunta no fue subrayada con el pronombre enfático «tú» (σύ, *su*); su aparición en griego al final de la oración indica incredulidad. La respuesta de Jesús reconocía la precisión de las palabras de Pilato: **Tú dices que yo soy rey**. Faltaba la concepción de Pilato de la realeza aplicada a Jesús. Jesús acababa de explicarle a Pilato de manera *negativa* que Su reino *no era* de este mundo. A continuación, en un modo *positivo*,

²⁰ Carson, 593.

²¹ Beasley-Murray, 331.

declaró lo que Su reino *era*. Jesús declaró que Su reino era un reino de verdad. Él dijo: **Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad.** La misión de Jesús como Rey era dirigir a las personas hacia la verdad, no un sentido abstracto de la verdad, sino la verdad relacionada con Jesús como la encarnación de la verdad (14.6). Tomó la información objetiva acerca de Dios y de Sí mismo, permitiéndoles a las personas convertirse en sujetos de Su reino. El testimonio que Jesús dio acerca de la verdad creaba ciudadanos que eran «de la verdad». Jesús concluyó Su declaración a Pilato diciendo: **Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz.** Este es el caso porque los que escuchan a Jesús son personas que aman la verdad y están dispuestos a obedecer la verdad. Tales personas reconocen a Jesús como Rey sobre Su reino.

Pilato concluyó su interrogatorio a Jesús con una breve desestimación: **¿Qué es la verdad?** Algunos han sugerido que las palabras de Pilato fueron en broma. El filósofo inglés Francis Bacon (1561–1626) escribió: «“¿Qué es la verdad?” dijo Pilato bromeando; y no se quedaría esperando una respuesta».²² Otros han pensado que estaba siendo cínico, esencialmente diciendo: «La verdad, ¿qué es al fin y al cabo?». Dada la gravedad de la ocasión, es poco probable que Pilato bromeara; es más razonable llegar a la conclusión de que estaba siendo cínico. Probablemente no creía que alguien pudiera responder a su pregunta. Aunque el gobernador no estaba seguro acerca de la naturaleza de la verdad, estaba seguro de que Jesús no era la amenaza para los romanos que las autoridades judías le hacían parecer.

El reino de Jesús era de carácter espiritual, un reino de verdad no de este mundo. Su reino es relevante para cada persona a lo largo del tiempo. Jesús no era un rey revolucionario con intenciones de derrocar un gobierno secular como Roma. En lo que respecta a Pilato, Jesús debía ser puesto en libertad porque no presentaba ninguna amenaza para el gobierno. Al final de la segunda escena, la declaración de Jesús sobre la verdad enfrentó a Pilato con el desafío de creer Sus palabras. Es triste darse cuenta de que «la respuesta a su pregunta [...] estaba al alcance de su mano, porque Jesús era el Camino, la Verdad y la Vida (14.6). Pilato se

²² Francis Bacon, «Of Truth» («De la verdad»), en *The Essays or Counsels, Civil and Moral (Los ensayos o consejos, civiles y morales)*, ed. Brian Vickers, Oxford World's Classics (New York: Oxford University Press, 1999), 3.

estaba enfrentando a la oportunidad de su vida».²³

JESÚS ES DECLARADO INOCENTE POR PILATO (18.38b–40)

^{38b}Y cuando hubo dicho esto, salió otra vez a los judíos, y les dijo: **Yo no hallo en él ningún delito.** ³⁹Pero vosotros tenéis la costumbre de que os suelte uno en la pascua. **¿Queréis, pues, que os suelte al Rey de los judíos?** ⁴⁰Entonces todos dieron voces de nuevo, diciendo: **No a éste, sino a Barrabás. Y Barrabás era ladrón.**

Versículo 38b. La tercera escena del juicio romano inicia con Pilato saliendo del pretorio para declarar su veredicto a **los judíos** que estaban reunidos en el patio. Dado el aluvión de gritos en 18.40, la frase «los judíos» probablemente incluiría a los principales sacerdotes y alguaciles (19.6, 15), así como a una serie de seguidores que se habían reunido (vea 19.12, 14). Pilato entendió que la afirmación de Jesús de ser un rey no debía ser interpretada en un sentido político, como si fuera un peligro para Roma. Por lo tanto, declaró: **Yo no hallo en él ningún delito.** El pronombre «Yo» (ἐγώ, *egō*) es enfático y debe entenderse como «Yo, en contraste con ustedes». El Evangelio de Juan cita a Pilato diciendo esto tres veces a los judíos (aquí y en 19.4, 6), como se refleja en Lucas 23.4, 14, 22.²⁴

Con la declaración de Pilato, el caso contra Jesús debía haberse cerrado. Se le debía haber puesto en libertad de inmediato, y los líderes judíos debían haber sido despachados. Si Pilato hubiera sido una persona íntegra, su veredicto de «inocencia» habría puesto fin a todo el asunto; sin embargo, tal rasgo no era parte de su personalidad. Lucas 23.6–15 dice que Pilato, al enterarse de que Jesús era galileo, lo envió a Herodes, el tetrarca de Galilea, que resultaba estar en Jerusalén. Después de que Jesús fue interrogado, encontrado inocente y hecho burla por los soldados, Herodes lo envió de regreso a Pilato.

Versículo 39. Si bien Pilato carecía de integridad y estaba ansioso por evadir su responsabilidad, parece evidente que no deseaba ver morir a

²³ Merrill C. Tenney, *John: The Gospel of Belief (Juan: el evangelio del creer)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1976), 262.

²⁴ Además de la declaración de Pilato sobre la inocencia de Jesús, un centurión al pie de la cruz dijo después de la muerte de Jesús: «Verdaderamente este hombre era justo» (Lc 23.47).

Jesús y tomó medidas para liberarlo. La decencia común habría requerido que los judíos respetaran su veredicto de «inocencia»; sin embargo, como es evidente desde el capítulo 5 hasta la muerte de Jesús, a los líderes judíos no les interesaban tales estándares. Pilato probablemente pensó que enviar a Jesús a Herodes daría como resultado Su liberación. Estuvo en lo correcto al anticipar que Herodes no encontraría ninguna culpa en Jesús (vea Lc 23.15). En Juan 18.39, Pilato hizo un esfuerzo final para liberar a Jesús llamando la atención a la **costumbre** de liberar a un prisionero en la **pascua**. Los cuatro relatos del Evangelio relatan esta acción de Pilato, con muy poca diferencia. Las narraciones en Juan y Mateo tienen a Pilato ofreciendo liberar a un prisionero (18.39; Mt 27.17), sin embargo, Marcos y Lucas indican que la multitud le pidió que lo hiciera (Mr 15.8; Lc 23.18). La costumbre de liberar a un prisionero en Judea no está atestiguada fuera de los Evangelios, sin embargo, no hay nada improbable en la práctica.²⁵ La identificación que Pilato hace de Jesús como el **Rey de los judíos** probablemente fue pronunciada con un tono de desprecio debido a la acusación lanzada contra Jesús por los líderes judíos.

Pilato dudaba abiertamente en condenar a Jesús a muerte. Sabía que los judíos le habían entregado a Jesús por envidia (Mt 27.18; Mr 15.10). Además, su mujer le había enviado un mensaje, basado en un sueño, advirtiéndole que no condenara a Jesús porque era un hombre justo (Mt 27.19). Sin embargo, Mateo 27.24 dice que Pilato percibía que estaba por comenzar un disturbio, y Marcos 15.15 revela que quería satisfacer a la multitud. Liberar a Jesús, de acuerdo con la tradición de la pascua, serviría tanto a sus intereses personales como políticos. Él deseaba liberarlo (vea 19.12); pero al encontrarle culpable y luego otorgarle amnistía, Pilato probablemente esperaba apaciguar a los principales sacerdotes y a la multitud amenazante.

Versículo 40. Si esta descripción de la motivación de Pilato es correcta, los líderes judíos no le permitieron tener éxito en su plan. Juan registró que **dieron voces** [κραυγάζω, *kraugazō*] **de nuevo**, rechazando a Jesús y pidiendo que Barrabás fuera liberado. El verbo *kraugazō* se usa en Juan para la acción de la multitud que daba voces (vea 19.6,

²⁵ En otros lugares del Imperio Romano existieron costumbres similares. Para ejemplos, vea Robert L. Merritt, «Jesus Barabas and the Paschal Pardon» («Jesús Barrabás y el perdón pascual»), *Journal of Biblical Literature* 104 (marzo de 1985): 59–66.

12, 15). La frase «de nuevo» (πάλιν, *palin*) es sorprendente, ya que a esta multitud no se le había dicho previamente que clamaran. Aparentemente, los presentes habían comenzado a dar voces antes. Decían enfáticamente: **No a éste, sino a Barrabás.**

Todo lo que Juan dice sobre Barrabás es que era **ladrón** (ληστής, *lēstēs*). Esta misma palabra se usó en 10.1, 8 de los que se oponían al Buen Pastor, y se usa en referencia a los hombres que fueron crucificados junto con Jesús (vea Mt 27.38; Mr 15.27). El término describe a un hombre violento, un terrorista, uno que era una amenaza para el gobierno romano. Según Mateo 27.16, Barrabás era un «preso famoso». Marcos 15.7 dice que había sido encarcelado con algunos que habían cometido homicidio durante una insurrección. Lucas 23.19 agrega que Barrabás mismo estaba en prisión por insurrección y homicidio. De todo esto, el asunto es simple. Barrabás fue parte de un esfuerzo de resistencia contra Roma; más tarde en el siglo primero (66–73 d.C.), los que participaron en tales esfuerzos fueron llamados «zelotes». La ironía de la situación es que los judíos querían liberar a un enemigo político de Roma, un hombre condenado por el mismo crimen del que Jesús, aunque inocente, estaba siendo acusado. Los judíos eligieron a un ladrón en lugar de un rey. El intento de Pilato por liberar a Jesús mediante una costumbre fracasó, pero aún tenía que ocuparse de Jesús. ¿Qué medidas podía tomar?

En el capítulo 19, Juan describió esos pasos. Pilato tomó a Jesús y le azotó, pero aun así los judíos no cedieron. Exigieron Su crucifixión, sin darse cuenta, convirtiéndose en parte del cumplimiento de la profecía.

APLICACIÓN

Un reino «no de este mundo» (18.36)

En Juan 18.36, Jesús dijo: «Mi reino no es de este mundo». El escenario de esta declaración sobre el reino de Jesús es Su interrogatorio por parte de Pilato. El capítulo 18 registra el arresto de Jesús, Su juicio ante la corte judía, la negación de Pedro y la primera parte del juicio de Jesús ante Pilato.

Después de que los judíos declararon a Jesús culpable de blasfemia y merecedor de muerte (Mt 26.63–66), lo llevaron a Pilato, acusándole de ser un rey que se oponía al César (Lc 23.2). Cuando Pilato le preguntó si era o no un rey, Jesús afirmó que lo era; pero añadió: «Mi reino no es de este mundo» (18.36). Al afirmar que era un rey, pero no un rey

de un reino terrenal, estaba asegurándoles a los romanos que no era una amenaza para su imperio.

Como resultado del interrogatorio a Jesús, Pilato estaba convencido de que Jesús era inocente de cualquier crimen capital. Trató de varias maneras de evitar crucificar a Jesús, pero al final sucumbió a la presión de los judíos y entregó a Jesús para que le crucificaran. Pilato extrajo una medida de venganza contra los judíos que le habían obligado a esta situación al registrar que estaba crucificando al «Rey de los judíos» (19.19) y al obligar a los judíos a afirmar que César era su único rey (19.15).

En una sola declaración, Jesús negó toda una teología. Los judíos habían sostenido durante mucho tiempo la opinión de que el Mesías vendría y derrocaría a los gobernantes gentiles, establecería un reino eterno y reinaría desde el trono de David en Jerusalén. El pueblo de Israel había estado anticipando tal reino por cientos de años; Jesús lo refutó con siete palabras: «Mi reino no es de este mundo».

Jesús no era el rey de un reino terrenal. Antes de Su declaración a Pilato, cuando la gente habría tomado a Jesús «para apoderarse de él y hacerle rey» en 6.15, se retiró de ellos para estar solo. Según 12.12–15, cuando Jesús hizo Su entrada triunfal en Jerusalén, venía montado en un burro, un símbolo de paz, en cumplimiento de la profecía de Zacarías. Si hubiera sido un rey terrenal que planeara la conquista, habría montado en un caballo de guerra.

El resto del Nuevo Testamento presenta el reino de Jesús como uno que ya existía (vea, por ejemplo, Col 1.13, 14). El reino que existió en los tiempos del Nuevo Testamento era un reino espiritual, la iglesia. No representaba una amenaza para el reino de César porque «no era de este mundo».

Algunas personas hoy no entienden que el reino de Cristo «no es de este mundo». Tienen la vana esperanza que una vez alentaron a los judíos, es decir, que Jesús algún día regrese y establezca un reino terrenal. Dado que el reino de Jesús «no es de este mundo», no volverá a la tierra para establecer un reino milenarista sobre el cual reinará desde el trono de David en Jerusalén.

El hecho de que el reino de Jesús «no es de este mundo» nos enseña que el reino de Cristo es completamente diferente de cualquier reino terrenal. Veamos varias formas en que Su reino «no es de este mundo».

Su Rey «no es de este mundo». El Rey del reino es, por supuesto, Jesucristo, el «REY DE REYES

Y SEÑOR DE SEÑORES» (Ap 19.16). Jesús vino del cielo (1.1–4; vea Fil 2.6–8) con el propósito de establecer el reino. En 18.37, Él dijo: «Yo para esto [para ser un Rey] he nacido, y para esto he venido al mundo». Otros reinos han tenido grandes reyes: David gobernó sobre Israel; Alejandro Magno gobernó el Imperio griego; Augusto César gobernó Roma y sus dominios. Sin embargo, ningún reino terrenal ha tenido un rey tan grande como nuestro Rey, Jesús.

Su origen «no es de este mundo». Así como Jesús vino del cielo, el reino tuvo un comienzo celestial. Comenzó en la mente de Dios y fue parte de Su plan eterno (Ef 3.9, 10). En el Evangelio de Mateo, se le llama el «reino de los cielos». Si bien el reino existió en la tierra, fue, en esencia, un reino celestial con un origen celestial.

El Antiguo Testamento dejó claro que el reino venidero de Dios se originaría con Dios. En la visión del rey en Daniel 2, el reino de Dios estaba representado por «una piedra [...] cortada, no con mano» (Dn 2.34). En otras palabras, se originó con Dios, no mediante el esfuerzo del hombre. La visión se explica en Daniel 2.44, que dice: «Y en los días de esos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido». ¡El reino establecido en los tiempos del Nuevo Testamento por Cristo el Rey fue establecido por Dios mismo! ¡Tuvo un origen celestial! Si alguna vez estamos tentados a denigrar la iglesia, el reino de los cielos en la tierra hoy, debemos recordar que fue establecida por Dios, no por el hombre.

Su mensaje «no es de este mundo». Jesús vino predicando «el evangelio [las buenas nuevas] del reino» (Mt 9.35). Este mensaje tenía que ver con libertad, con la liberación de la esclavitud. Jesús predicó la verdad que libera a los hombres (8.32). La mayoría de los reinos que nacen no lo hacen liberando a las personas, sino conquistando y esclavizándolas. El mensaje del reino de Dios es diferente de las noticias sobre cualquier otro reino: Puede liberarlo a usted del pecado, para que nunca más tenga que vivir bajo el dominio de Satanás (Ro 6.17, 18).

Su método de defensa y conquista «no es de este mundo». Veamos nuevamente el intercambio entre Pilato y Jesús:

Entonces Pilato volvió a entrar en el pretorio, y llamó a Jesús y le dijo: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Jesús le respondió: ¿Dices tú esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí? Pilato le respondió: ¿Soy yo acaso judío? Tu nación,

y los principales sacerdotes, te han entregado a mí. ¿Qué has hecho? Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí. Le dijo entonces Pilato: ¿Luego, eres tú rey? Respondió Jesús: Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz. Le dijo Pilato: ¿Qué es la verdad?

Y cuando hubo dicho esto, salió otra vez a los judíos, y les dijo: Yo no hallo en él ningún delito (18.33-38).

Jesús dijo que si Su reino fuera del mundo, entonces Sus servidores pelearían. Puesto que Su reino «no es de este mundo», ¡Sus servidores no pelean! Los cristianos no defienden ni promueven el reino de Dios con espadas o lanzas o cualquier tipo de armas terrenales. Más bien, la lucha se gana con palabras e ideas. Jesús, en cierto sentido, quería que Sus seguidores conquistaran el mundo entero; sin embargo, Él les dijo que lo hicieran proclamando el evangelio (Mt 28.18-20). Cuando Pablo imaginó la vida cristiana como una batalla contra el pecado y las fuerzas del mal, dijo: «Porque no tenemos lucha contra sangre y carne». Él les dijo a los cristianos que se pusieran «toda la armadura de Dios» y los instó a tomar «la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios» (Ef 6.10-17). ¡La única arma que los cristianos están autorizados a usar para expandir o defender el reino de Dios es la Palabra de Dios!

Desafortunadamente, algunos cristianos profesos han tratado en el pasado de promover la causa de Cristo por la fuerza. Han usado ejércitos para conquistar naciones y luego han obligado a las personas a convertirse al (una forma de) cristianismo. Tales acciones jamás tuvieron la autorización de Cristo ni Sus bendiciones. El reino de Cristo «no es de este mundo», y no debemos pensar que podemos o debemos promoverlo o protegerlo con armas terrenales.

El área de *su dominio* «no es de este mundo». Cristo nuestro Rey no gobierna sobre entidades geográficas o políticas; más bien, Él gobierna sobre los corazones de los hombres. Jesús lo enseñó en Lucas 17.20, 21, donde leemos:

Preguntado por los fariseos, cuándo había de venir el reino de Dios, les respondió y dijo: El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: Helo aquí, o helo allí; porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros.

Quizás Jesús quiso decir que el reino de Dios

estaba en medio de ellos porque Jesús mismo estaba entre ellos. En vista de que Él era el Rey del reino, dondequiera que estuviera, allí podría estar el reino. Otra posibilidad es que Jesús estaba diciendo: «El reino de Dios está en ustedes» (KJV), enfatizando la naturaleza espiritual del reino. No podría observarse su llegada y expansión como si podría observarse la expansión, por ejemplo, del Imperio Romano, porque la aceptación del reino no cambiaría el aspecto físico de un individuo ni las fronteras de las naciones.

No podemos señalar un lugar en el mundo y decir: «Este es el territorio sobre el cual gobierna el Rey Jesús». Ese territorio se encuentra en los corazones de los hombres.

Sus leyes no son terrenales ni hechas por el hombre. Pablo escribió: «Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo» (Ro 14.17). Algunas de las leyes del hombre coinciden con las leyes del reino de Dios. Por ejemplo, cuando la ley del país condena el homicidio, está de acuerdo con la ley de Dios. En general, sin embargo, las leyes del reino de Cristo enfatizan prioridades diferentes a las leyes de los reinos terrenales. Las leyes del reino de Cristo enfatizan «la justicia, la paz y el gozo», asuntos del corazón y del espíritu. Las leyes de los reinos seculares pueden, en el mejor de los casos, controlar el comportamiento de las personas; Cristo, por medio de Sus leyes, busca gobernar las mentes, pensamientos y motivos de Sus súbditos.

La forma como se adquiere el estatus en él «no es de este mundo». En Mateo 20.25-28, leemos:

Entonces Jesús, llamándolos, dijo: Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.

La gente naturalmente busca prestigio; todos quieren ser reconocidos como talentosos, exitosos o especiales de alguna manera. No hay nada de malo con ese deseo; es parte de la naturaleza del hombre. La pregunta es, ¿cómo se debe adquirir la grandeza? Quizás la mayor diferencia entre los reinos terrenales y el reino de Cristo es la forma como se alcanza la distinción. En los reinos del mundo, el objetivo es ser servido; En el reino de

Cristo, el propósito es servir.

La entrada al reino «no es de este mundo». Como regla general, a un reino terrenal se ingresa por nacimiento, convirtiéndose automáticamente en ciudadano del reino en el que se nació.²⁶ Sin embargo, esa no es la forma de hacerse ciudadanos del reino de Cristo.

Incluso si los padres de alguien fueran cristianos antes de nacer, eso no lo haría cristiano en el momento de su nacimiento. Más bien, para entrar en el reino de Cristo, para convertirse en ciudadano del reino de Dios, ¡cada individuo debe nacer de nuevo! Jesús le dijo a Nicodemo: «De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios»; luego añadió: «el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios» (3.3, 5).

Una persona nace «de agua y del Espíritu» cuando se bautiza, después de creer en Cristo y arrepentirse de sus pecados (Mr 16.16; Hch 2.38). Esta creencia y arrepentimiento no ocurren cuando alguien es bautizado siendo un bebé. Quien es bautizado bíblicamente, nace de nuevo y se convierte en ciudadano del reino de Dios.

Su final «no es de este mundo». Todo reino en el mundo terminará algún día, si no es antes del regreso del Señor, entonces cuando Él venga de nuevo. En contraste, el reino de Cristo continuará por toda la eternidad. Pablo afirmó que cuando Cristo regrese y tenga lugar la resurrección, Cristo entregará el reino a Dios el Padre. Dios destruirá «todo dominio, toda autoridad y potencia» (1ª Co 15.24).

Esta misma idea fue revelada en tiempos del Antiguo Testamento. Cuando Daniel explicó la visión de Nabucodonosor, dijo la «piedra [...] cortada, no con mano» que aplastó la gran estatua representaba el reino de Dios que destruiría todos los grandes reinos del mundo y luego «permanecerá

²⁶ Una persona nacida en un país puede adquirir la ciudadanía en otro. Entonces se le puede describir como un «ciudadano naturalizado». Sin embargo, como regla, las personas adquieren la ciudadanía en un reino por nacimiento.

para siempre» (Dn 2.34, 44). No debemos poner nuestra fe en ningún sistema político, gobierno humano o reino terrenal; todos estos serán eventualmente destruidos. ¡Solo el reino de Cristo durará para siempre!

Su valor «no es de este mundo». Jesús enseñó que Su reino valía más que cualquier otra cosa en el mundo. Lo comparó con «un tesoro escondido en un campo», que valía más que todo lo que poseía un hombre, y con una «perla preciosa», que valía más que todo lo que poseía un comerciante (Mt 13.44–46). En estas dos parábolas, las personas vendieron todo lo que tenían para adquirir el reino.

En este mundo, valoramos muchas cosas; ¡sin embargo, independientemente de lo que tengamos, el reino vale más! Puede que usted sea dueño de un terreno, una casa cómoda, ganado o un negocio rentable. Cualquiera que sea el valor de sus posesiones, el reino de Cristo es más valioso. No importa lo que le cueste convertirse en discípulo de Cristo, debe estar dispuesto a pagar el precio. Las bendiciones de estar en Su reino valen más que cualquier cosa en el mundo.

Conclusión. Los ciudadanos del reino de Cristo «no son de este mundo», ya que no participan en las acciones y actitudes pecaminosas que caracterizan al mundo (1ª Jn 2.15–17). Como discípulos de Cristo que somos, la forma como respondamos a nuestro llamado a ser «no de este mundo» depende de nosotros. Podemos elegir «[conformarnos] a este siglo», o podemos elegir «[transformarnos]» (Ro 12.2). Si lo que queremos es mantenernos «sin mancha del mundo» (Stg 1.27), no debemos «[amar] al mundo» (1ª Jn 2.15). Como Jesús y como Su reino, ¿vivirá usted su vida para no ser «de este mundo»?

Si usted nunca se ha convertido en parte del reino de Cristo, puede encontrar justicia, paz y gozo haciéndose ciudadano de ese gran reino que perdurará para siempre. Confíese su fe en Jesús como el Hijo de Dios (Ro 10.9), arrepíntase de sus pecados (2ª Co 7.10) y nazca de nuevo siendo bautizado en Cristo para el perdón de sus pecados (Hch 22.16).

Coy Roper

El juicio de Jesús ante Pilato continúa (19.1-16a)

Capítulo 19 marca la conclusión de la narrativa de la pasión.¹ El relato podría ser visto por algunos como una tragedia, pero es una victoria. Los judíos finalmente alcanzaron la meta que se habían propuesto cumplir en 5.18, a saber: matar a Jesús. Sin embargo, tiene que recordarse que Jesús no murió simplemente como resultado de la intención homicida de los judíos. Dios es soberano; tiene dominio y autoridad absolutas sobre todas las situaciones. Era Su plan desde la fundación del mundo que Jesús fuera el Cordero inmolado por los pecadores (vea Ap 13.8), incluidas las autoridades religiosas judías que orquestaron la muerte de Jesús. Dios tiene el control y puede usar el mal que hacen los hombres para cumplir Sus propósitos, incluso cuando los involucrados no son conscientes de esta verdad.

JESÚS ES AZOTADO Y HECHO BURLA (19.1-3)

¹Así que, entonces tomó Pilato a Jesús, y le azotó. ²Y los soldados entretejieron una corona de espinas, y la pusieron sobre su cabeza, y le vistieron con un manto de púrpura; ³y le decían: ¡Salve, Rey de los judíos! y le daban de bofetadas.

Versículo 1. En 18.28-40, tres escenas retrataron dramáticamente los encuentros de Pilato con Jesús y Sus acusadores. Primero, Pilato interrogó a los judíos (18.28-32) y luego interrogó a Jesús (18.33-38a). Luego declaró a Jesús «inocente» de cualquier delito ante los judíos (vea 18.38b-40). El intento del gobernador por liberar a Jesús mediante la costumbre de poner libre a un prisionero en la

pascua fracasó. La escena cuatro en el juicio romano de Jesús inicia con un nuevo intento por liberar a Jesús. **Pilato** regresó nuevamente al pretorio, donde estaba **Jesús**, y ordenó que se **le [azotara]**, con la esperanza de que el acto evocara lástima y satisficiera los deseos de los líderes religiosos. Tanto Pilato como Herodes habían interrogado a Jesús, y ninguno de los dos le había encontrado culpable de los cargos contra Él dirigidos por los principales sacerdotes. «Le soltaré, pues», dijo Pilato, «después de castigarle [παιδεύω, *paideuō*]» (Lc 23.16). Parece que Pilato sugirió esta acción como una alternativa a la crucifixión.

Las narraciones de Juan y Lucas parecen diferir de las de Mateo y Marcos. Mateo y Marcos parecen colocar los azotes después de la sentencia de crucifixión, como parte del castigo de Jesús (vea Mt 27.26; Mr 15.15), mientras que Juan no indica que la sentencia aún se haya dictado. Tanto Lucas como Juan infieren que los azotes fue un intento más por liberar a Jesús, sin embargo, Lucas no menciona que los azotes hayan ocurrido alguna vez. Juan coloca el episodio (y Lucas, la amenaza) en medio del juicio. Parece que, según Juan, «Jesús no fue azotado para ser crucificado, sino para escapar de la crucifixión».² La supuesta discrepancia entre los tres relatos ha llevado a algunos a preguntarse si Jesús fue azotado una o dos veces y a cuestionar la naturaleza de los azotes.

En la práctica romana, había tres formas de disciplina corporal: la *fustigación* (golpes), dada por delitos menores y acompañada de una advertencia severa; la *flagelación* (flagelación), una brutal paliza por delitos más graves; y la *verberatio* (azotes), la

¹ Las Escrituras generalmente consideradas como parte de la Pasión de Jesús (desde Su agonía en el huerto hasta Su sepultura) son Mateo 26.30-27.66; Mr 14.26-15.47; Lc 22.39-23.56; y Jn 18.1-19.42.

² R. C. H. Lenski, *The Interpretation of St. John's Gospel (La interpretación del Evangelio de Juan)* (Minneapolis: Augsburg Publishing House, 1961), 1243.

forma más horrible de flagelación. Este tipo de golpizas nunca se usó solo, sino que siempre estuvo acompañado de sentencias adicionales, como la crucifixión. Los azotes tienen que ser considerados una de las más crueles formas de tortura imaginables. La víctima era desnudada y atada a un poste u otro objeto y golpeada hasta que los torturadores se cansaran o eran detenidos por un oficial superior. Para hombres libres y soldados, se usaban barras y palos, respectivamente; pero para los esclavos, el instrumento utilizado era un látigo que consistía de correas de cuero con pedazos de hueso o metal. Con frecuencia, las víctimas morían por tan salvajes azotes. La pregunta es: ¿Cuál fue el azote al que Pilato sentenció a Jesús recibir en 19.1?

El «azote» (φραγελλῶ, *phragelloō*) mencionado en Mateo 27.26 y Marcos 15.15 probablemente se refería a la *verberatio*, que se administraba a la víctima no solo para humillarla, sino también para debilitarla y también acelerar su muerte por crucifixión. Este castigo no se ajusta a la idea en Juan y Lucas de que Pilato encontró a Jesús inocente, sino que quería administrarle alguna forma de castigo para apaciguar a los líderes religiosos antes de liberarle. Si el «azote» (μαστιγῶ, *mastigoō*) registrado en Juan 19.1 corresponde a la *verberatio* administrada a los culpables de un delito capital, es extraño que Pilato dijera que no había motivo para actuar en 19.6. A. N. Sherwin-White probablemente tuvo razón cuando sostuvo que la amenaza de flagelación en Lucas 23.16 y registrada en Juan 19.1 era la *fustigación* romana, la golpiza menos severa destinada a castigar a Jesús como alborotador y aplacar simultáneamente a los judíos.³ Si este fuera el caso, entonces Jesús recibió una segunda flagelación, la *verberatio*, después de que se pronunció la sentencia de crucifixión. Esta flagelación aceleraría la muerte, lo cual era importante en vista de la cercanía del día de reposo (vea 19.31–33). Se cree que el sufrimiento de Jesús debido a estos azotes es la razón por la que no pudo llevar Su propia cruz al lugar de la crucifixión, aunque el texto no lo indica.

Versículos 2, 3. Después de los azotes, los **soldados** romanos se burlaron brutalmente de Jesús. Básicamente dijeron: «Dice ser un rey; ¡tratémoslo como un rey!». Los alguaciles y otros se burlaron

de Jesús durante el juicio religioso (Mt 26.67, 68; Mr 14.65; Lc 22.63–65), y Herodes y sus soldados también se burlaron de Él (Lc 23.11). Junto con la narrativa de Juan, Mateo 27.27–31 y Marcos 15.16–20 informan que los soldados de Pilato se burlaron de Jesús. Muchos eruditos han notado que la **corona de espinas** no era tanto un instrumento de tortura como sí una cruda imitación de las coronas radiantes que usaban los gobernantes que decían ser seres divinos. Es probable que la corona estaba hecha de ramitas de una palmera datilera, con espinas de hasta doce pulgadas de largo. Estas espinas habrían sido hundidas en el cuero cabelludo de Jesús, causando sangrado y considerable dolor. El **manto de púrpura** era una prenda exterior suelta, como una capa militar, usada tanto por emperadores como por oficiales militares; fue arrojado sobre Jesús para simular una túnica real (vea Mt 27.28).

La burla de los soldados se describe de manera vívida en 19.3 con el uso de tres verbos imperfectos que se consignan en la NASB como «comenzaron a venir», «decir» y «dar». Los soldados seguían acercándose a Él («una y otra vez»; NIV) y seguían diciendo: ¡**Salve, Rey de los judíos!** y sometiéndole a **bofetadas** [ῥαπίσματα, *rhapismata*] en el rostro (vea comentarios sobre 18.22, 23). En son de burla, se postraban ante Jesús y le hablaban con un saludo apropiado para un emperador; pero en lugar de darle besos de reverencia, continuamente le golpeaban. Según Mateo 27.29, 30 y Marcos 15.19, le escupieron y le golpearon con la caña que habían puesto en Su mano para imitar un cetro. El relato que hace Juan de la burla es mucho más breve que el de Mateo y Marcos; sin embargo, Juan aclara que la acusación contra Jesús era que Él afirmaba ser un rey, no el esperado rey mesiánico de los judíos o un rey político amenazante, sino el «Señor de señores y Rey de reyes» (vea Ap 17.14; 19.16). Irónicamente, los soldados aquí, como lo habían hecho los judíos en tantas ocasiones, sin saberlo declararon una gran verdad.

JESÚS EXHIBIDO POR PILATO (19.4–7)

⁴Entonces Pilato salió otra vez, y les dijo: Mirad, os lo traigo fuera, para que entendáis que ningún delito hallo en él. ⁵Y salió Jesús, llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Y Pilato les dijo: ¡He aquí el hombre! ⁶Cuando le vieron los principales sacerdotes y los alguaciles, dieron

³ A. N. Sherwin-White, *Roman Society and Roman Law in the New Testament (Sociedad romana y la ley romana en el Nuevo Testamento)* (Oxford: Clarendon Press, 1963), 27–28.

voces, diciendo: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale! Pilato les dijo: Tomadle vosotros, y crucificadle; porque yo no hallo delito en él. ⁷Los judíos le respondieron: Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios.

Versículos 4, 5. La burla a Jesús tuvo lugar dentro del pretorio. Aunque el texto no lo dice, Pilato presumiblemente presencié la burla de los soldados. Formuló una nueva idea sobre cómo liberar a Jesús y al mismo tiempo mantener la aprobación de los judíos.

La escena cinco en el juicio romano muestra a Pilato saliendo a los judíos y diciendo: **Mirad, os lo traigo fuera, para que entendáis que ningún delito hallo en él.** No es inmediatamente evidente cómo el hecho de sacar a Jesús a ellos transmitiría que Pilato no hallaba culpa en Él. Quizás en este segundo pronunciamiento de la inocencia de Jesús (vea 18.38), Pilato esperaba que la gente viera la impotencia de Jesús. Sabía que la gente elegiría a un hombre para ser liberado. Una opción era Barrabás, quien era culpable de robo, homicidio y sedición. La otra posibilidad era Jesús, quien fue azotado, golpeado y estaba ensangrentado. Seguramente, tuvo que haber pensado Pilato, los judíos podrían entender que el primero, que seguía siendo una amenaza para la sociedad, debía ser dejado en prisión y el segundo, un alborotador inofensivo a lo sumo, debía ser liberado.

Conducido por Pilato, Jesús salió del interior del pretorio llevando la corona de espinas y el manto de púrpura y sosteniendo un cetro improvisado en Su mano derecha (Mt 27.29). Quizás con un movimiento de su brazo en dirección a Jesús, Pilato les dijo: **¡He aquí el hombre!** (*Ecce homo* es la frase latina en la traducción de la Vulgata de 19.5.) Guy N. Woods hizo notar: «La exclamación ha vivido en la historia como el homenaje inconsciente e involuntario de Pilato al personaje más grande de la historia». ⁴ Pilato le mostró al pueblo una escena ampliamente representada en el arte cristiano. Se burló de Jesús y ridiculizó a los líderes judíos y a sus seguidores. Él dijo, en efecto, «Aquí está el hombre que ustedes encuentran tan amenazante para el bien público. ¿No ven que se parece más a un payaso que a un rey?». La descripción de

Juan revela la ironía de la escena: De hecho, aquí estaba el Hombre, el Verbo se hecho carne (1.14). Aquí estaba el Hombre que se había vaciado a Sí mismo, tomando la forma de un siervo haciéndose similar a la humanidad (Fil 2.7). Aquí estaba el Hombre que estaba demostrando Su gloria divina en Su dolor, Su sufrimiento y Su humillación. La multitud no podía ver que este era el Hombre enviado de Dios para ser el sacrificio último para toda la humanidad.

Versículos 6, 7. El recurrir de Pilato a la lástima de la multitud no fue más efectivo que sus anteriores esfuerzos. En lugar de dejarse llevar por la forma de pensar del gobernador, **Cuando le vieron los principales sacerdotes y los alguaciles, dieron voces, diciendo: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!** Es la primera vez que la palabra «crucifícale» (σταυρόω, *stauroō*) aparece en el registro de Juan. El clamor era para pedir la muerte: la muerte de un esclavo, una muerte por el peor de los crímenes, una muerte mediante el castigo más cruel practicado por los romanos. Este clamor era del tipo que una multitud fácilmente comenzaría a repetir. El fracaso de Pilato le llevó a gritar: **Tomadle vosotros, y crucificadle; porque yo no hallo delito en él.** «Tomadle vosotros» repitió su sugerencia en 18.31, excepto que ahora, con ira y temor, agregó «y crucificadle». Lo dijo sabiendo, al igual que los judíos, que no tenían autorización para llevar a cabo una sentencia de muerte por crucifixión. También agregó por tercera y última vez que no había encontrado una causa justa para la sentencia de muerte (vea 18.38; 19.4).

Los pronombres «vosotros» (ὁμοῖς, *humeis*, que se consigna como «ustedes mismos» en la NASB) y «yo» (ἐγώ, *egō*) son enfáticos, creando un contraste. Pilato parecía estar diciendo: «Yo no quiero tener nada que ver con esto. Háganlo *ustedes* mismos». El medio de ejecución de los judíos era la lapidación; no podían encargarse de crucificar. La declaración de Pilato fue una declaración irracional y sarcástica que podría parafrasearse de la siguiente manera: «Me lo traen para que le juzgue, pero no aceptan mi decisión de inocencia; así que, si no me escuchan, crucifiquenlo ustedes mismos».

Como se vio en el capítulo 18, el Reinado de Jesús era el foco de los líderes judíos. Su intento de presentar la afirmación de Jesús de ser un rey como una acusación política en cuanto a que representaba una amenaza para Roma había resultado infructuoso. **Los judíos** renunciaron a este intento de condenar a Jesús a muerte por traición contra

⁴ Guy N. Woods, *A Commentary on the Gospel According to John (Un comentario sobre el Evangelio según Juan)*, New Testament Commentaries (Nashville: Gospel Advocate Co., 1981), 393.

Roma y volvieron a su verdadera preocupación, la razón por la que el Sanedrín lo condenaba. Respondieron al estallido de Pilato diciendo: **No-
sotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios.** Con esto, el juicio tomó un rumbo completamente diferente; porque los judíos cambiaron su acusación contra Jesús por un crimen que caía dentro de los parámetros de sus propias leyes. Al igual que Pilato, que había usado pronombres enfáticos, los judíos respondieron con los suyos: «Nosotros [nosotros mismos; ἡμεῖς, *hēmeis*] tenemos una ley». Se referían a una ley particular en la Torá, la ley contra la blasfemia en Levítico 24.16, que decía:

Y el que blasfemare el nombre de Jehová, ha de ser muerto; toda la congregación lo apedreará; así el extranjero como el natural, si blasfemare el Nombre, que muera.

El cargo de blasfemia constituía la base de la condena a Jesús en los juicios ante Caifás (Mt 26.63–66; Mr 14.61–64; Lc 22.66–71).

La primera mención en Juan del plan de los judíos contra Jesús dice que deseaban matarle porque «decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios» (5.18; vea 10.33, 36). En este momento, los judíos no lograron obtener una sentencia de muerte basada en el reclamo de Jesús de ser un rey, por lo que luego trataron de matarle en función de Su afirmación de ser el Hijo de Dios. La sentencia de muerte por crucifixión solo estaba dentro del poder del gobernador (vea 18.31), sin embargo, Pilato ya había declarado que la afirmación de Jesús de ser un rey no era una amenaza para ninguna ley romana. Pilato no estaba interesado en las preocupaciones religiosas de ellos; sin embargo, ahora se enfrentaba a una ley religiosa local, cuya violación era la muerte. Como gobernador, era responsable de mantener la ley y el orden en la provincia; por lo tanto, su deber era atender la acusación en cuanto a que Jesús «decía ser el Hijo de Dios». Esta acusación finalmente aclaró por qué los principales sacerdotes y los fariseos eran tan desvergonzados y firmes en su exigencia de la muerte de Jesús.

LA «AUTORIDAD» DE PILATO SOBRE JESÚS (19.8–11)

⁸Cuando Pilato oyó decir esto, tuvo más miedo.
⁹Y entró otra vez en el pretorio, y dijo a Jesús:
¿De dónde eres tú? Mas Jesús no le dio respuesta.

¹⁰Entonces le dijo Pilato: ¿A mí no me hablas?
¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte,
y que tengo autoridad para soltarte? ¹¹Respondió
Jesús: Ninguna autoridad tendrías contra mí, si
no te fuese dada de arriba; por tanto, el que a ti
me ha entregado, mayor pecado tiene.

Versículos 8, 9. Cuando Pilato oyó la nueva acusación de los judíos, **tuvo más miedo.** La NEB consigna que «tenía más miedo que nunca». La declaración sugiere que Pilato ya tenía miedo, sin embargo, no hay una referencia previa explícita a su temor. Dada la vacilación de Pilato en sus decisiones, es probable que haya experimentado temor durante su encuentro anterior con Jesús. No se da la razón del miedo de Pilato en el texto, admitiendo al menos dos posibilidades.

Primero, puede que su miedo se haya basado en la superstición. El interrogatorio de Pilato le había convencido de que Jesús no era solo un prisionero ordinario. Había discernido que era un líder espiritual y tal vez un rey de algún tipo, aunque no en un sentido político. Le habían dicho que el reino de Jesús «no [era] de este mundo» y que Jesús había venido «para dar testimonio de la verdad» (18.36, 37). Mateo 27.19 dice que la mujer de Pilato le había advertido a Pilato que no tuviera nada que ver con Jesús porque ella «[había] padecido mucho en sueños por causa de él». Todos estos factores intensificaron la naturaleza supersticiosa de Pilato. Para los oídos romanos escuchar que a Jesús se le designara como «el Hijo de Dios» (19.7) habría evocado nociones de un hombre divino, uno capaz de ejercer poderes mágicos. Los paganos comúnmente pensaban, como en el incidente en el que Pablo sanó a un hombre cojo en Listra, que «Dioses bajo la semejanza de hombres [habían] descendido» a la tierra (Hch 14.11). Pilato probablemente pensó que, si Jesús era realmente el Hijo de la Deidad, podría buscar, de manera milagrosa, venganza por la humillación y los azotes que acababa de recibir.

Una segunda posibilidad es que el miedo de Pilato se originó por la preocupación política. Desde que interrogó a Jesús y habiendo llegado a la conclusión de que era inocente, Pilato se había esforzado continuamente por liberarlo. Obviamente, esto había disgustado a las autoridades religiosas, que estaban decididas a llevar a cabo sus intenciones homicidas. Pilato podría haber temido que los líderes judíos presentaran un informe a Roma indicando que un gobernador romano, obligado a respetar las costumbres religiosas locales, había

sido negligente en sus deberes. Sea que Pilato le tenía miedo a Jesús por razones supersticiosas o le tenía miedo a los judíos por razones políticas, en ese momento se había llenado de temor.

Por lo tanto, el gobernador **entró otra vez en el pretorio**. La escena seis del juicio romano de Jesús comienza con el intento de Pilato por mitigar su creciente miedo con la pregunta **¿De dónde eres tú?** Según 19.4, Pilato había sacado a Jesús del pretorio, sin embargo, el texto no dice que Pilato lo había llevado de regreso al interior. Aparentemente, después de que Pilato presentó a Jesús a la gente y mientras clamaban por Su crucifixión, Jesús fue llevado de vuelta al pretorio. Esta escena es similar a la segunda. En ambas, Pilato regresó al pretorio con el propósito de interrogar a Jesús. Además, estas son las dos únicas escenas del juicio romano en las que habló Jesús. En la primera parte de la presente escena, a **Jesús se le describe no [dando] respuesta** a la pregunta de Pilato «¿De dónde eres tú?». El silencio de Jesús mientras es interrogado es mencionado en todos los relatos del Evangelio.⁵ El silencio de Jesús durante Sus interrogatorios cumple el lenguaje de Isaías con respecto al Siervo Sufrido (Is 53.7; vea 1ª P 2.22, 23).

La pregunta de Pilato no fue formulada con el fin de conocer el lugar de nacimiento o residencia de Jesús, ya que algo sabía de ello (vea Lc 23.6, 7). Al escuchar la afirmación de Jesús en cuanto a ser el Hijo de Dios, Pilato estaba esencialmente preguntando si Jesús era un ser divino o un ser humano. No está claro por qué Jesús no le respondió. Quizás, dado que Pilato había desestimado sarcásticamente a Jesús en Su afirmación en cuanto a dar testimonio de la verdad, Jesús sabía que no tendría interés en ninguna otra revelación de la verdad. Lo más probable es que Jesús sabía que Pilato sería incapaz de comprender lo que tendría que decir. Jesús y Pilato estaban en dos niveles diferentes de forma de pensar; Jesús estaba pensando espiritualmente, mientras que Pilato estaba pensando materialmente. Jesús y Su reino no eran de este mundo, mientras que la mentalidad de Pilato era exclusiva de este mundo. Si Nicodemo y las autoridades religiosas no podían comprender el origen de Jesús, ¿cómo podía esperarse que este romano secular, lleno de superstición, entendiera

⁵ Jesús guardó silencio ante los principales sacerdotes y todo el Concilio (Mt 26.59–63; Mr 14.55–61; vea Mt. 27.12), ante Herodes (Lc 23.9), y ante Pilato (Mt 27.14; Mr 15.5; Jn 19.9).

algo sobre el verdadero origen de Jesús?

Versículo 10. El silencio de Jesús molestó a **Pilato**. Se conmovió con consternación de que Jesús no le hablaría y le recordó que tenía **autoridad** [ἐξουσία, *exousia*] **para [soltarte] o autoridad para [crucificarle]**. El poder de Pilato, así como el de cualquier gobernador de Roma, solo estaba limitado por una ley de extorsión. «Un procónsul podría ser tan severo y arbitrario como quisiera, siempre que no tomara dinero ni propiedades...».⁶ Josefo registró que Coponio, el primer gobernador romano de Judea (6–9 d.C.), tenía «el poder de [la vida y] la muerte puesta en sus manos por César».⁷ Con una palabra, Pilato podría liberar a Jesús o crucificarle. Pilato interpretó el silencio de Jesús como si mostrara falta de respeto hacia un hombre en su posición o no entendía el alcance de su poder.

Versículo 11. **Jesús** finalmente habló, informándole a Pilato que la **autoridad** que tenía era un don **de arriba**. La autoridad a la que aludió Jesús era infinitamente mayor que la delegada por el emperador romano; era «de arriba» (ἄνωθεν, *anōthen*), es decir, de Dios en el cielo (vea 3.3, 27). La interpretación tradicional ha sido que Jesús estaba declarando en términos generales la relación que el estado secular tenía con Dios, como lo hizo Pablo en Romanos 13.1. Jesús había declarado que nadie podía quitarle a Él la vida porque, según dijo, «de mí mismo la pongo» (10.18). Dios mandó que los poderes terrenales debían existir, pero Dios mismo es soberano; Él es quien permanece en control en todas las situaciones. Su autoridad y poder son absolutos. Pilato había delegado autoridad de parte de Dios, incluso la autoridad sobre la vida y la muerte, pero solo porque Dios lo permitía.

Por supuesto, que Dios permitiera estos eventos no quiere decir que haya aprobado el mal cometido por Pilato o por los líderes judíos que le entregaron a Jesús a él. «Los gobernantes malvados no son la voluntad intencional de Dios, pero usará poderes terrenales para lograr Sus propósitos finales, y ningún hombre o poder le prohibirá cumplir Su voluntad suprema».⁸ Las acciones de Judas, los judíos y Pilato no fueron predeterminadas por Dios; todos podrían haber hecho otra cosa porque eran moralmente libres. En vista de que sus decisiones fueron tomadas por su propia voluntad,

⁶ Sherwin-White, 3.

⁷ Josefo *Guerras* 2.8.1 [117].

⁸ David L. Lipe, «Can God Be Lord of Evil Nations?» *Freed-Hardeman University Lectures (Conferencias de la Universidad Freed-Hardeman)* (2017): 70.

fueron culpables de maldad. La soberanía de Dios no disminuía la responsabilidad de ellos; además, Dios no dependía de lo que ellos elegían para cumplir Sus planes. Pudo haber cumplido Sus propósitos por otros medios. En el juicio de Jesús, estaba cumpliendo Su voluntad por medio de las decisiones tomadas por Pilato y otros.

Jesús sacó una conclusión basándose en Su afirmación de que recibió toda «autoridad» «de arriba» cuando dijo: ... **por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene.** ¿Quién había cometido «mayor pecado»? «Entregado» es de παραδίδομι (*paradidōmi*), y varias formas de este verbo se han usado repetidamente en referencia a la traición de Jesús por parte de Judas (vea 6.64, 71; 12.4; 13.2, 11, 21; 18.2, 5). Sin embargo, Judas no era el indicado aquí porque no «entregó» a Jesús a Pilato; Además, no se ha hecho mención de él desde la escena de la traición en el huerto (18.5). Además del informe de Mateo sobre el remordimiento de Judas en 27.3–10, no se dice nada más de él en ninguno de los Evangelios después de la traición (vea Hch 1.16–20, 25). Su malvada obra estaba hecha.

En vista de que se usa el mismo verbo dos veces en relación con la entrega de Jesús por parte de los líderes judíos a Pilato (18.30, 35), parece que ellos fueron los que tenían el «mayor pecado». Sin embargo, el artículo que se consigna como «el que [...] ha entregado» (ὁ παραδούς, *ho paradous*) es singular; entonces la referencia es probablemente a una persona. Tanto Pilato como Caifás eran responsables del ejercicio de su autoridad, pero había una diferencia entre ellos. Pilato, como autoridad civil, estaba actuando en armonía con su autoridad dada por Dios para investigar una acusación criminal contra Jesús. Caifás, aunque ejercía plenamente su autoridad como sumo sacerdote, había abusado de la autoridad que iba con el oficio del sumo sacerdote, una institución divina. Por lo tanto, con respecto a Caifás, Jesús esencialmente estaba diciendo: «Debido a que Dios te da autoridad, tú, que me has entregado a Pilato para dictar sentencia, tienes el mayor pecado». Si bien Caifás era más culpable que Pilato, ya que él fue quien entregó a Jesús a Pilato, Jesús parecía decir aquí que el pecado de Caifás era mayor de lo que hubiera sido si no hubiera recibido su autoridad de parte de Dios. Caifás, el sumo sacerdote, se aprovechó de su oficio divinamente designado para llevar a cabo su plan egoísta y malvado para crucificar a Jesús.

INTENTOS FINALES DE PILATO PARA LIBERAR A JESÚS (19.12–16a)

¹²Desde entonces procuraba Pilato soltarle; pero los judíos daban voces, diciendo: Si a éste sueltas, no eres amigo de César; todo el que se hace rey, a César se opone. ¹³Entonces Pilato, oyendo esto, llevó fuera a Jesús, y se sentó en el tribunal en el lugar llamado el Enlosado, y en hebreo Gabata. ¹⁴Era la preparación de la pascua, y como la hora sexta. Entonces dijo a los judíos: ¡He aquí vuestro Rey! ¹⁵Pero ellos gritaron: ¡Fuera, fuera, crucifícale! Pilato les dijo: ¿A vuestro Rey he de crucificar? Respondieron los principales sacerdotes: No tenemos más rey que César. ^{16a}Así que entonces lo entregó a ellos para que fuese crucificado.

Versículo 12. La séptima y última escena del juicio romano abre con los repetidos intentos de Pilato por liberar a Jesús. El verbo que se traduce como **procuraba** (ἐζήτει, *ezētei*) es imperfecto, queriendo decir «estaba buscando» y enfatiza que Pilato emprendió una serie de esfuerzos para [soltar] a Jesús. El texto no dice en qué consistieron estos esfuerzos. Independientemente de los intentos que hizo, no hay razón para pensar que Pilato fue finalmente exonerado de su culpa. Simplemente no estaba convencido de que Jesús fuera culpable de algo que garantizara la muerte, por lo que trató de liberarle. El gobernador había decidido que Jesús no era culpable de sedición, y no le interesaba la acusación religiosa de blasfemia.

¿Por qué estaba Pilato reacio a dictar sentencia para crucificar a Jesús? Su vacilación podría deberse a Sus inclinaciones supersticiosas, su respeto por el coraje de Jesús u otra cosa. Si hubiera tenido más valor y carácter, estas virtudes podrían haber liberado a Jesús. En cambio, Pilato cedió a la intención homicida de los líderes judíos y, sin darse cuenta, contribuyó al cumplimiento del plan general de Dios para hacer morir a Jesús.

Cuando Pilato estaba a punto de anunciar una absolución en el caso contra Jesús, **los judíos** protestaron y gritaron: **Si a éste sueltas, no eres amigo de César.** Este último argumento que los líderes judíos le presentaron a Pilato al tiempo que buscaban la muerte de Jesús constituía una invocación a sus temores. La expresión «amigo de César» (φίλος τοῦ Καίσαρος, *philos tou Kaisaros*)—que es equivalente al latín *amicus Caesaris*—se convirtió en un título político oficial, aunque algunos sostienen

que esto no tuvo lugar hasta los días de Vespasiano (69–79 d.C.).⁹ Si Pilato llevaba ese título, entonces los líderes judíos sugirieron que se lo quitarían, resultando en un severo castigo. Si usaban «amigo de César» en un sentido no técnico, la declaración de ellos aún tenía implicaciones políticas obvias.

Es una cuestión de registro histórico el hecho de que Tiberio, el emperador reinante en estos días (14–37 d.C.), era malvado, cruel, despiadado y receloso de cualquiera y todos los que pudieran ser una amenaza para su corona. Bajo su reinado, la traición se convirtió en un crimen; y simplemente ser acusado de ello era todo lo que se necesitaba para garantizarse la pena de muerte. La amenaza de los judíos de acusar a Pilato ante César habría sido aterradora para él.

¿Cómo hubiera reaccionado el emperador si se le informara que un hombre acusado de sedición había sido absuelto por su gobernador de Judea? A Pilato sin duda se le habría visto como alguien que estaba ayudando e instigando a un conocido criminal, una amenaza para el gobierno romano. Habría estado apoyando a alguien **que se [hacía] rey**. Liberar a alguien así sería oponerse a **César**. ¡Era realmente algo que temer! ¡Qué irónico es que el gobernador romano, que ocupaba el puesto más alto en una provincia romana, fuera acusado de deslealtad al emperador por parte de líderes judíos que despreciaban a los romanos y anhelaban el día en que fueran expulsados de su tierra!

Versículo 13. Habiendo [oído] la amenaza de los judíos y sabiendo las implicaciones de la amenaza, **Pilato** resolvió el destino de Jesús. No respondió a los judíos, sin embargo, comenzó a prepararse para el final del juicio. Si bien creía que Jesús era inocente, las palabras de los líderes judíos trascendieron cualquier noción que tuviera de hacer justicia. Su preocupación era estrictamente por sí mismo. **Llevó fuera a Jesús, y se sentó en el tribunal.** El término «tribunal» (βῆμα, *bēma*) se refiere a una plataforma elevada en la que se sentaba un funcionario de gobierno para llevar a cabo funciones judiciales. Solo en este lugar en el Nuevo Testamento la palabra para «tribunal» carece del artículo en griego. Esto probablemente

indica un entorno temporal improvisado para los judíos debido a su temor a contaminarse al ingresar al pretorio (vea 18.28). En estas circunstancias, Pilato transmitió su decisión en público y no en privado.

El tribunal estaba **en el lugar llamado el Enlosado**. El «Enlosado» es la traducción de λιθόστρωτος (*lithostrōtos*), que quiere decir «pavimentado [con] bloques de piedra».¹⁰ **En hebreo**, al lugar se le conocía como **Gabata**, lo que probablemente indica que estaba elevado o en alto. La ubicación exacta está muy disputada. Un área de piedras pavimentadas, de poco más de novecientos metros cuadrados, ha sido identificada como el patio de la fortaleza de Antonia. Sin embargo, los arqueólogos ahora le dan a la obra en piedra una fecha en el siglo segundo d.C. Dado que los gobernadores romanos generalmente se quedaban en el palacio de Herodes, «el Enlosado» estaba más probablemente ubicado allí (vea comentarios sobre 18.28). En este lugar, Pilato, el gobernador de Judea, dictó su decisión judicial.

Versículo 14. Después de mencionar el lugar donde se iba a pronunciar la sentencia de Jesús, Juan llamó la atención al día y la hora en que Pilato anunció su decisión. Todo esto destaca la importancia de la ocasión. Se ha centrado mucho debate en el significado preciso de **la preparación** (παρασκευή, *paraskeuē*). Algunos sostienen que la referencia es al día inmediatamente anterior a la pascua, cuando se estaban haciendo los preparativos para la comida de pascua. Sin embargo, como se ha señalado, Juan (de acuerdo con los escritores sinópticos) describió a Jesús y a Sus discípulos como comiendo la cena de pascua en la transición desde el jueves por la noche hasta el comienzo del viernes, después de la puesta del sol (vea comentarios sobre 13.1). Además, todos los relatos del Evangelio usan *paraskeuē* para referirse al día de preparación para el día de reposo, es decir, viernes (vea 19.31, 42; Mt 27.62; Mr 15.42; Lc 23.54) Lo anterior es consistente con el testimonio de Josefo, quien habló de que los judíos no estaban «obligados a ir ante ningún juez el día de reposo, ni el día de la preparación, después de la hora novena».¹¹ Por lo tanto, este día debe entenderse como el día de

⁹ D. A. Carson, *The Gospel According to John (El Evangelio según Juan)*, The Pillar New Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1991), 607. Para estudio adicional vea G. H. R. Horsley, *New Documents Illustrating Early Christianity (Nuevos documentos que ilustran el cristianismo primitivo)*, vol. 3 (Macquarie, Australia: Macquarie University, 1983), 87–89 (no. 75).

¹⁰ Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva)*, 3ª ed., rev. y ed. Frederick William Danker (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 596.

¹¹ Josefo *Antigüedades* 16.6.2 [163].

preparación para el día de reposo (viernes). Si este es el caso, τοῦ πάσχα (*tou pascha, de la pascua*) no puede querer decir «para la comida de pascua», sino más bien «para la semana de pascua». El término «pascua» puede referirse a la comida en sí, el día de la cena de pascua o la semana de pascua (incluyendo el día de la pascua y la semana de la fiesta de los panes sin levadura que le seguía).¹²

Juan identificó la hora del día cuando Pilato tomó su decisión definitiva **como la hora sexta** (ὥρα ... ὡς ἕκτη, *hōra ... hōs hektē*), lo que sería alrededor del mediodía de acuerdo con el cálculo judío. Marcos 15.25 dice que Jesús fue crucificado a «la hora tercera», con las tinieblas viniendo sobre la tierra a «la hora sexta» y continuando hasta «la hora novena», momento en el que Jesús murió (Mt 27.45; Mr 15.33; Lc 23.44). La supuesta discrepancia entre el relato de Juan y el de Marcos se ha explicado de varias maneras.

1. Algunos dicen que el registro de Marcos usa el método judío de contar el tiempo, en el que la tercera hora sería las 9:00 a.m. En contraste, se dice que Juan se basa en el método romano de calcular el tiempo, que comenzaba a la medianoche. Esto haría de «la sexta hora» las 6.00 a.m.¹³ En este caso, el factor tiempo sería muy ajustado. Parece imposible que Jesús podría haber sido llevado a Pilato al amanecer, cerca de las 6.00 a.m. (vea comentarios sobre 18.28), y ser juzgado, azotado, hecho burla y sentenciado para ser crucificado alrededor de las 6.00 a.m. De acuerdo a Leon Morris, «parece que no hay evidencia de que el llamado método romano de calcular el tiempo se haya utilizado más que en asuntos legales como los arrendamientos».¹⁴

2. Raymond E. Brown, aunque no estaba de acuerdo con la idea, dijo: «Algunos han pensado que Marcos estaba contando en períodos de tres horas, por lo que “la tercera hora” podría querer decir el período que comienza con la hora tercera, es decir, 9–12 a.m.».¹⁵ Esta solución se basa en la premisa de que «la hora sexta» en Juan es mediodía.

¹² Carson, 604.

¹³ B. F. Westcott, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)* (Cambridge: University Press, 1881; reimp., Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), 272.

¹⁴ Leon Morris, *The Gospel according to John (El Evangelio según Juan)*, rev. ed. The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1995), 708.

¹⁵ Raymond E. Brown, *The Gospel According to John (xiii–xxi) (El Evangelio según Juan [xiii–xxi])*, The Anchor Bible, vol. 29A (Garden City, N.Y.: Doubleday & Co., 1970), 883.

Sin embargo, es dudoso, ya que las anotaciones cuidadosas de Marcos indican el comienzo de tres segmentos de hora, no *el final*: «muy de mañana» (6 a.m.; Mr 15.1), «la hora tercera» (9 a.m.; Mr 15.25), «la hora sexta» (mediodía; Mr 15.33), «la hora novena» (3 p.m.; Mr 15.34) y «la noche» (6 p.m.; Mr 15.42).

3. Una solución similar es que ni Marcos ni Juan intentaban ser exactos con respecto al tiempo. Debe recordarse que los relojes (con horas, minutos y segundos) no existían en el siglo primero como existen hoy; las horas del día se medían con relojes de sol, que no eran precisos. Mediante el uso de «la hora tercera», puede que Marcos haya estado diciendo que era media mañana, mientras que Juan, con las palabras «como la hora sexta», podría haberse referido al final de la mañana, cerca del mediodía. Sin embargo, la flexibilidad sugerida aquí podría ser demasiada grande. Juan utilizó tiempos específicos en otra parte de su relato del Evangelio, incluyendo «la hora décima» (1.39) y «las siete» (4.52).

4. Otra opción es que el número en Juan fue alterado accidentalmente por un escriba anterior, que copió erróneamente el número griego Γ («tres») como Ϛ («seis»)¹⁶ (Estos números fueron utilizados en algunos escritos del siglo primero.) Bruce M. Metzger atribuyó esta explicación al escritor cristiano del siglo tercero Amonio, que fue seguido por Eusebio y Jerónimo. Metzger también señaló que varios manuscritos leen «sobre la tercera hora» (ὥρα ... ὡς τρίτη, *hōra ... hōs tritē*), sin embargo, explicó la variante como «un claro intento de armonizar la cronología con la de» Marcos.¹⁷ Sin embargo, esta explicación sigue siendo una opción viable. Pedro, obispo de Alejandría (300 d.C.), escribió que la lectura correcta en Juan era «sobre la hora tercera»; aseveró que las copias correctas tenían esa lectura, así como el manuscrito original que se conservó en la iglesia de Éfeso.¹⁸

¹⁶ Estos caracteres podrían haber sido utilizados como números en los manuscritos originales del Nuevo Testamento (que ya no existen), mientras que las copias de siglos posteriores tienen los números deletreados.

¹⁷ Bruce M. Metzger, *A Textual Commentary on the Greek New Testament (Comentario textual sobre el Nuevo Testamento griego)*, 2ª ed. (Stuttgart: German Bible Society, 1994), 216.

¹⁸ Pedro de Alejandría *Fragments from the Writings of Peter 5.7 (Fragmentos de los escritos de Pedro 5.7)* (*Ante-Nicene Fathers: The Writings of the Fathers Down to A.D. 325 [Los padres prenicenos: Los escritos de los padres hasta el 325 d.C.]*, ed. Alexander Roberts y James Donaldson [S.l.: Christian Literature Publishing Co., 1886; reimp., Peabody, Mass.: Hendrickson Publishers, 1994], 6:282).

Si bien Pilato «llevó fuera a Jesús y se sentó en el tribunal» (19.13), no anunció una sentencia como esperaban los judíos. En realidad, Juan no contiene ningún registro de una sentencia oficial contra Jesús. En lugar de describir el crimen capital del que Jesús había sido acusado y entregar la sentencia de muerte por crucifixión, Pilato se burló de **los judíos** diciendo: **¡He aquí vuestro Rey!** Pilato sabía que no podía escapar de la trampa política en la que se encontraba a menos que sentenciara a muerte a Jesús. Se vengó levemente de los judíos, diciendo, en efecto, «¡Mira, aquí está vuestro Rey!». Pilato invitó a los judíos a reconocer a Jesús, que presumiblemente todavía estaba de pie junto a él, golpeado y magullado, con una corona de espinas en la cabeza, una túnica púrpura en la espalda y una caña en la mano, como Rey de ellos. Woods concluyó diciendo:

Anteriormente, había dicho: «¡He aquí el hombre!» (Jn 19.5), en un esfuerzo por provocar la compasión por parte de los judíos; aquí, dijo: «¡He aquí vuestro Rey!» en un intento por crear vergüenza en sus corazones por la participación de ellos en este cruel mal manejo de la justicia.¹⁹

Puede que sus palabras hayan sido un último llamado a los judíos para que liberaran a Jesús, sin embargo, el llamado fue en vano. La ironía es que, si bien Jesús no era rey en lo que respecta a Pilato, Juan sabía que Jesús era un Rey. Como Caifás había dicho en 11.49–52, Pilato habló más verdad de lo que se daba cuenta. El Rey por quien los judíos habían anhelado estaba de pie frente a ellos, pero no lograban verle.

Versículo 15. La multitud, enojada por las palabras de Pilato, gritó: **¡Fuera, fuera, crucifícale!** (vea Mt 27.22, 23; Mr 15.13, 14; Lc 23.21, 23). En respuesta, **Pilato** exclamó: **¿A vuestro Rey he de crucificar?** Las palabras «vuestro Rey» (τὸν βασιλέα ὑμῶν, *ton basilea humōn*) están en la posición enfática en el texto griego. Por lo tanto, Pilato estaba diciendo: «Vuestro Rey, ¿lo he de crucificar?». Este fue el último pedido de Pilato. La multitud había adoptado una mentalidad de turba para este momento, y nada los satisfaría excepto sangre. ¡No fue la multitud de judíos los que respondieron a Pilato, sino **los principales sacerdotes** mismos! **Respondieron: No tenemos más rey que César.** Su respuesta demostraba hasta qué punto estaban dispuestos a llegar estos hombres a fin de llevar a cabo su propósito de

destruir a Jesús.

El reconocimiento de los líderes judíos de que César era su único rey fue una negación de 1) la afirmación del Antiguo Testamento de que Dios era realmente su Rey (Jue 8.23; 1° S 8.7; 12.12), 2) la esperanza mesiánica de Israel, y 3) Jesús, con Sus afirmaciones mesiánicas. Su exigencia de crucificar al Señor Jesús indicaba las profundidades a las que habían descendido para llevar a cabo su plan homicida. Este día, el día en que Jesús fue rechazado entre los hombres y crucificado, pasó a la historia como el momento en que la humanidad exhibió el apogeo de la hipocresía. Juan escribió al comienzo de su relato del Evangelio: «A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron» (1.11). Nunca en el ministerio de Jesús fue esto más evidente que en este día.

Versículo 16. Todos los esfuerzos de Pilato por liberar a Jesús habían fallado. La multitud había gritado: «Crucifícale». Los principales sacerdotes habían reconocido a César como su único rey. Pilato temía que, si liberaba a Jesús, los judíos lo acusaran de exhibir deslealtad al César. No estaba interesado en el destino de un alborotador llamado «Jesús». **Así que entonces lo entregó a ellos para que fuese crucificado.**

Ni Juan ni los demás autores del Evangelio informaron que Pilato pronunció una sentencia formal, sin embargo, está implícito en el término que se traduce como «lo entregó a» (παραδίδομι, *paradidōmi*). No se hace una declaración clara para identificar a aquellos a quienes Pilato «entregó a [Jesús]». La frase «a ellos» parece indicar, si se toma literalmente, los líderes judíos mencionados en 19.15. Sin embargo, los judíos no estaban autorizados para crucificar a nadie; fueron los soldados romanos los que en realidad crucificaron a Jesús (19.23). Lucas 23.25 aclara el asunto, diciendo que Pilato «entregó a Jesús a la voluntad de ellos». Los judíos habían estado buscando Su muerte desde los eventos registrados en el capítulo 5; por fin, para satisfacerlos, Pilato entregó a Jesús a la voluntad de ellos. Por lo tanto, Jesús fue entregado como lo pidieron los judíos, y los soldados romanos lo crucificaron. Más adelante, Pedro dijo en Hechos 2.23: «a éste [...] prendisteis y matasteis [los judíos] por manos de inicuos [los romanos], crucificándole».

APLICACIÓN

«¡He aquí el hombre!» (19.5)

La crucifixión de Cristo es descrita en Juan 19.

¹⁹ Woods, 398.

Utilizando nuestra imaginación, transportémonos al tiempo y al lugar de Su muerte.

Los judíos creían que habían encontrado a Jesús culpable de blasfemia. Le habían llevado a Pilato porque no tenían el derecho legal de darle muerte (18.31). Pilato reconoció la inocencia de Jesús (18.38) y trató de encontrar una manera de liberarlo. Siguiendo la costumbre de la pascua, ofreció liberar a un prisionero; le dio a la multitud una opción entre Jesús y Barrabás. En respuesta, los judíos pidieron la liberación de Barrabás y clamaron por la crucifixión de Jesús (18.39, 40; 19.6). Entonces Pilato hizo azotar a Jesús, aparentemente esperando que cuando los judíos lo vieran golpeado, decidirían que era castigo suficiente y no seguirían exigiendo Su muerte (19.1–4).

Después de los azotes, Pilato puso a Jesús delante de ellos (19.5). Cuando miramos a Jesús de pie frente a esa turba con una túnica púrpura alrededor de los hombros, una corona de espinas penetrándole la cabeza y sangre por los azotes bajando por Su espalda, Su condición lamentable nos mueve a derramar lágrimas.

Sin embargo, ver así a Jesús no evocó ninguna simpatía de los corazones de quienes habían entregado a Jesús a Pilato. Enfurecidos, gritaron: «¡Crucifícale! ¡Crucifícale!» (19.6). Finalmente, Pilato hizo crucificar a Jesús.

Aceptemos el desafío de Pilato: «¡He aquí el hombre!». En Su crucifixión, especialmente como se registra en Juan 19, ¿qué tipo de hombre vemos en Jesús? Como se presenta en este capítulo, casi todo lo relacionado con la muerte de Jesús es sorprendente. Murió como un criminal común, pero en muchos sentidos Su muerte no fue del todo común.

Una muerte por los demás. Cuando vemos a Jesús durante Su juicio y crucifixión, ¿qué vemos? Primero, vemos a un hombre que fue golpeado y cuyos latigazos nos salvan.

Era costumbre azotar a un criminal antes de ser crucificado. El azote constituía una experiencia terrible y agonizante. Un soldado azotaba repetidamente a la víctima en su espalda desnuda con un látigo compuesto por numerosas correas, en cuyos extremos habían incrustado pequeños pedazos de piedra o vidrio, para que rasgaran la carne. Los judíos habían de administrar solo treinta y nueve latigazos (Dt 25.3; 2^a Co 11.24), pero no se le aplicaba esa cantidad a un criminal que estaba por ser crucificado por los romanos. La persona siendo azotada a menudo se desmayaba

por el dolor; entonces sería revivida, y los azotes comenzarían nuevamente. Algunas veces la muerte tenía lugar como resultado.

Vemos a Jesús como Aquel que fue azotado no por Sus malas acciones, sino en nuestro beneficio. Pedro dijo, aludiendo a Isaías 53.5, «por cuya herida fuisteis sanados» (1^a P 2.24). Los latigazos con los que fue azotado eran realmente para usted y para mí. Los merecemos; sin embargo, Jesús sufrió y murió en nuestro lugar. No tuvo pecado, sin embargo, murió por los demás, por usted, por mí y por el resto de la humanidad (Is 53.4–6; Mt 26.28; Ro 5.8, 9; 1^a P 3.18). Gracias a que Él murió por nuestros pecados, nosotros no tenemos que sufrir el castigo por esos pecados.

La muerte de un Rey. ¿Qué más vemos cuando miramos a Jesús a punto de ser crucificado? Vemos a un rey que fue crucificado como un criminal común.

Después de que Pilato encontró a Jesús inocente, los judíos hicieron más específica la acusación contra Él. Previamente habían hablado en general, llamándole «malhechor» (18.30). En este punto, dijeron: «se hizo así mismo Hijo de Dios» (19.7).

La acusación hizo que Pilato «[tuviera] más miedo» (19.8). Tal vez creía que Jesús era de hecho algún tipo de dios en forma humana. Quizás reconoció la seriedad de la acusación hecha por los judíos: la blasfemia era un delito grave en la mente del pueblo de Dios. Pilato vio que no podían ser disuadidos y sabía que probablemente le causarían problemas si se negaba a aceptar los deseos de ellos.

Pilato volvió a hablar con Jesús. Esta vez, las palabras de Jesús lo convencieron de Su inocencia, y quizás de Su poder. Como resultado, Pilato se esforzó aún más para dejar que Jesús fuera liberado (19.9–12).

Sus esfuerzos fueron en vano. Nada impediría que los judíos lograran su objetivo. Hicieron su acusación aún más incisiva: No solo Jesús alegaba ser el Hijo de Dios, sino que también se hacía Rey (19.12).

Esta acusación obligó a Pilato a tomar su decisión. No podía permitirse el lujo de liberar a un hombre que podría haberse opuesto a César reclamando el trono para sí. Por lo tanto, permitió que Jesús fuera crucificado (19.13–16). Al hacerlo, tomó una medida de venganza contra estos judíos problemáticos, identificando a Jesús como Rey de ellos. Habló de Jesús como un Rey, diciendo: «¡He aquí vuestro Rey!» y «¿A vuestro

Rey he de crucificar?». Los principales sacerdotes respondieron: «No tenemos más rey que César» (19.14, 15). Entonces Pilato hizo escribir «JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS» en el título que se colocó sobre la cabeza de Jesús en la cruz (19.19, 20). Cuando los líderes judíos le pidieron que cambiara el título, él se negó (19.21, 22).

A lo largo de este intercambio, ni Pilato ni los judíos realmente creyeron que Jesús era un Rey. Aseveraron una verdad sin darse cuenta de que era verdad. Jesús vino a la tierra para ser Rey (18.37); después de ascender, Dios le hizo «Señor y Cristo» (Hch 2.36).

¿Quizás lo más sorprendente que vemos en la cruz es el Rey del reino de Dios, el «REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES» (Ap 19.16), sufriendo la muerte más vergonzosa e hiriente que podamos imaginarnos! Su muerte demostró que Jesús no era el tipo de rey habitual y que Su reino no era el tipo de reino habitual. Más bien, estaba estableciendo un reino espiritual.

Una muerte según el plan de Dios. ¿Qué más vemos cuando vemos a Jesús en la cruz? Vemos a Aquel cuya muerte parece haber sido causada por fuerzas fuera de Su control, pero que en realidad murió de acuerdo con el plan de Dios.

A Juan le interesaba mostrar que la muerte de Jesús cumplió las Escrituras. Escribió que los soldados apostaron por la túnica de Jesús «para que se cumpliera la Escritura, que dice: Repartieron entre sí mis vestidos, Y sobre mi ropa echaron suertes» (19.24; vea Sal 22.18). En 19.28, Juan escribió: «Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, dijo, para que la Escritura se cumpliera: Tengo sed» (vea Sal 69.21). Luego, después de explicar por qué los huesos de Jesús no fueron quebrados, Juan escribió: «Porque estas cosas sucedieron para que se cumpliera la Escritura: No será quebrado hueso suyo. Y también otra Escritura dice: Mirarán al que traspasaron» (19.36, 37; vea Ex 12.46; Sal 34.20; Zac 12.10).

¿Por qué enfatizó Juan que la muerte de Jesús cumplió las Escrituras? Quería mostrar que la muerte de Jesús no fue un accidente, ni el resultado de la victoria de Satanás sobre Jesús. Estos eventos no ocurrieron porque los sacerdotes judíos o los soldados romanos fueran más fuertes que Jesús. Su arresto, juicio y crucifixión fueron previstos y planeados por Dios. Todo lo que Jesús sufrió fue parte del diseño de Dios para la redención del hombre.

Algunos dirían más adelante que Jesús no podía

ser el Mesías y el Rey porque fue crucificado, sin embargo, hacer esta afirmación era ignorar la evidencia de que la crucifixión era parte del plan de Dios y fue anunciada en el Antiguo Testamento. Los judíos que entregaron a Jesús para ser crucificado por manos de hombres inicuos lo hicieron «por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios» (Hch 2.23).

La muerte de un hombre desinteresado. Cuando miramos a Jesús en la cruz, vemos a un hombre que, en el proceso de sufrimiento y muerte, parecía más preocupado por los demás que por Sí mismo.

Jesús confió Su madre al cuidado de Juan (19.25–27). No podemos conocer todas Sus razones, pero sabemos que este acto demostró dos cosas.

Primero, Jesús estaba exhibiendo Su amor por otros. Pasó toda Su vida al servicio de otras personas. A la hora de Su muerte, estuvo preocupado por Su madre. Mientras estaba en la cruz, había orado por los que le estaban crucificando, diciendo: «Padre, perdónalos; porque no saben lo que hacen» (Lc 23.34). Además, le había dicho a uno de los ladrones que habían sido crucificados con él «hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23.43). Tres de Sus siete declaraciones registradas mientras estaba en la cruz fueron expresadas para beneficiar a otros.

En segundo lugar, Jesús también estaba dando un ejemplo de cómo Sus seguidores debían preocuparse por los demás, por las viudas en general, y por sus propias familias específicamente.

La muerte de un verdadero ser humano. ¿Qué vemos cuando vemos a Jesús en la cruz? Vemos a Uno que era Dios y, al mismo tiempo, era un verdadero ser humano.

En el Evangelio de Juan, a Jesús se le presenta por primera vez como «el Verbo» (1.1–4). El Evangelio enfatiza de principio a fin que Jesús es «el Hijo de Dios» (vea 20.30, 31). Él es Deidad; Él es Dios.

¿Puede la Deidad realmente volverse humana? Juan 1.14 afirma que «aquel Verbo fue hecho carne». Este hecho se afirma en la declaración de Jesús desde la cruz, «Tengo sed» (19.28). «Dios es espíritu» (4.24), y un espíritu no puede tener sed. Jesús, que tuvo sed, fue tanto hombre como Dios.

Una muerte que completó la obra de Jesús. ¿Qué vemos cuando miramos a Jesús en la cruz? La gente podría suponer que murió sin lograr nada, sin embargo, indicó en la cruz que había completado Su obra, pues dijo: «Consumado es». Luego, «habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu» (19.30).

¿Qué fue consumado? Su vida, por supuesto. Sin embargo, más que eso fue consumado. Jesús quiso decir que Su misión fue completada. Con Su muerte, pagó el precio del pecado. Él venció al diablo. Hizo posible la salvación. Jesús había vencido cada obstáculo, cada tentación. En Su muerte, finalmente logró lo que había venido a hacer a la tierra. ¡Había ganado! Había vencido al diablo, triunfado sobre el pecado, hecho la voluntad del Padre y obtenido la salvación para los hombres. «Consumado es» constituyó un grito de victoria.

Una muerte que produjo compromiso con Cristo. Después de Su muerte, vemos a Aquel cuya muerte aparentemente prematura podría haber causado que Sus discípulos se apartaran de Él. Sin embargo, Su muerte inspiró un nuevo compromiso en algunos.

Jesús estaba indudablemente muerto. Cuando los soldados le examinaron, vieron que no era necesario quebrarle las piernas porque ya estaba muerto. Como verdugos que eran, les correspondía saber si sus víctimas estaban o no muertas. En caso de que quedara vida en Su cuerpo, «uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua» (19.34).

José de Arimatea, que había sido un discípulo secreto, reclamó el cuerpo de Jesús para sepultarlo (19.38). Lo hizo abiertamente. Ya no podría seguir a Jesús en secreto. Nicodemo, uno de los líderes de los judíos, que había venido antes a Jesús de noche, tal vez para evitar identificarse con Él, proporcionó especias costosas para ungir el cuerpo de Jesús y ayudó a sepultarlo (19.39, 40). La muerte de Jesús provocó en estos dos hombres una disposición a comprometerse abiertamente con Su causa. Anteriormente habían estado reacios a defender a Jesús; sin embargo, después de Su muerte, encontraron una nueva resolución que los instó a demostrar su lealtad de manera pública.

¿Hay alguna razón para seguir a un Salvador crucificado? José de Arimatea y Nicodemo, que estuvieron allí cuando Jesús murió, pensaron que sí. Si ellos encontraron en Su crucifixión una razón para comprometerse abiertamente con Jesús, ¿no deberíamos nosotros hacer lo mismo?

Una muerte seguida de una resurrección. Jesús murió y fue sepultado, sin embargo, no pudo ser retenido por la tumba. Juan 19 termina con Jesús siendo sepultado. Su sepultura fue importante porque nos hace saber que Jesús realmente murió. Sin embargo, ese no es el final de la historia. Juan 20 contiene un registro de la resurrección de Jesús.

El relato de la resurrección comienza con el hecho de que el sepulcro estaba vacío (20.1–10). Jesús luego se les apareció a Sus discípulos (20.11–29).

La historia de Cristo jamás debe terminar con Su muerte, tan importante como fue Su muerte. Su clímax es la resurrección. Sí, seguimos a un Cristo crucificado, pero seguimos a un Cristo crucificado que resucitó de entre los muertos. ¡Es un Cristo vivo! Como resultado de Su resurrección, tenemos la esperanza de que seremos resucitados de los muertos y seremos privilegiados de vivir con Él eternamente.

Conclusión. Los eventos que rodearon la muerte de Jesús presentan muchos hechos sorprendentes:

Fue azotado, pero Sus azotes son el medio de nuestra salvación.

Fue crucificado, pero Su muerte fue el prelude de Su coronación como Rey.

Puede que pareciera impotente cuando fue azotado y muerto a manos de Sus enemigos, pero Su muerte no fue una derrota ni un accidente; fue parte del plan de Dios.

Cuando estaba muriendo, se preocupó por los demás y no por Sí mismo.

El era Dios; pero también fue un ser humano, capaz de tener sed como cualquier otra persona.

Su vida parecía estar terminando prematuramente, sin logros duraderos; pero desde la cruz dijo triunfalmente que, en el acto mismo de morir, estaba completando Su obra.

Después de Su muerte, cuando debió parecer que todo lo que había vivido estaba perdido, e incluso cuando algunos de Sus discípulos se alejaron de Él desesperados, Su muerte inspiró un nuevo compromiso en algunos que anteriormente no lo habían seguido abiertamente.

Fue sepultado; pero el sepulcro no pudo contenerlo, porque se levantó al tercer día.

Jesús no siempre se ajusta a las ideas preconcebidas de las personas. No era el Mesías que los judíos esperaban, y puede que no sea el tipo de Salvador que muchos buscan hoy. Ciertamente es diferente del Jesús del que muchos hablan.

¿Qué cree usted de Él? ¿Qué hará con esas creencias? ¡Es hora de hacer suyos los hechos sorprendentes sobre Jesús, el que murió por usted, y defenderlo públicamente!

Coy Roper

Muerte y sepultura de Jesús

(19.16b-42)

El relato de Juan sobre la crucifixión de Jesús tiene mucha similitud con los de los Evangelios Sinópticos, sin embargo, el lector seguramente quedará impresionado por la brevedad de Juan y la diferencia en los detalles. El relato de Juan no menciona una serie de incidentes: No hay burla, ni por parte de la multitud ni de los líderes religiosos; ningunas tinieblas sobre la tierra mientras Jesús estaba en la cruz; ningún clamor desde la cruz sobre el desamparo de Jesús; ningún terremoto; ni rasgadura del velo del templo; ninguna confesión del centurión; ni vacío de los sepulcros.

Al mismo tiempo, Juan incluye detalles no mencionados en los demás relatos del Evangelio. Solo Juan relata sobre la oposición contra el título sobre la cruz (19.19-22), la perforación del costado de Jesús después de Su muerte (19.34) y el cumplimiento completo de varias Escrituras (19.24, 28, 29, 36, 37). Juan también proporciona tres de las «declaraciones» de Jesús en la cruz: Su provisión para el cuidado de Su madre (19.26, 27); Su clamor «Tengo sed» (19.28); y Sus últimas palabras desde la cruz, «Consumado es» (19.30). Solo en Juan se registra que Jesús llevó Su propia cruz camino al Gólgota (19.17) y que Nicodemo estuvo involucrado en la sepultura del cuerpo de Jesús (19.39).

LA CRUCIFIXIÓN DE JESÚS (19.16b-27)

^{16b}Tomaron, pues, a Jesús, y le llevaron.

¹⁷Y él, cargando su cruz, salió al lugar llamado de la Calavera, y en hebreo, Gólgota; ¹⁸y allí le crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio. ¹⁹Escribió también Pilato un título, que puso sobre la cruz, el cual decía: JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS. ²⁰Y muchos de los judíos leyeron este título; porque el lugar

donde Jesús fue crucificado estaba cerca de la ciudad, y el título estaba escrito en hebreo, en griego y en latín. ²¹Dijeron a Pilato los principales sacerdotes de los judíos: No escribas: Rey de los judíos; sino, que él dijo: Soy Rey de los judíos. ²²Respondió Pilato: Lo que he escrito, he escrito.

²³Cuando los soldados hubieron crucificado a Jesús, tomaron sus vestidos, e hicieron cuatro partes, una para cada soldado. Tomaron también su túnica, la cual era sin costura, de un solo tejido de arriba abajo. ²⁴Entonces dijeron entre sí: No la partamos, sino echemos suertes sobre ella, a ver de quién será. Esto fue para que se cumpliese la Escritura, que dice:

Repartieron entre sí mis vestidos,

Y sobre mi ropa echaron suertes.

Y así lo hicieron los soldados. ²⁵Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofas, y María Magdalena.

²⁶Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo. ²⁷Después dijo al discípulo: He ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa.

Versículo 16b, 17. El sujeto del verbo **Tomaron**, aunque ambiguo, tiene que referirse a los soldados romanos (vea 19.23, 24). Si **Jesús** recibió una segunda flagelación, tuvo que haber sido en este momento (vea comentarios sobre 19.1). Cuando **salió**, lo hizo **cargando su cruz** (literalmente, «llevando la cruz por Sí mismo [ἐαυτῷ, *heautō*]»). Esto es consecuente con la práctica habitual de que la cruz debía ser llevada al lugar de la ejecución por el que moriría en ella. Sin embargo, el lector no debe pensar que la víctima transportaba tanto las vigas verticales como las horizontales. Lo que la víctima llevaba sobre sus hombros era la viga

horizontal de la que sería colgado. Al llegar al lugar de la crucifixión, la víctima era obligada a acostarse en el suelo con los brazos extendidos, y sus manos (las muñecas) eran atadas o clavadas a la viga. Esta viga, con la víctima sujeta a ella, era levantada y fijada a un poste que podría haber sido dejado permanentemente en el suelo. Los pies de la víctima eran atados o clavados a este poste. A veces se le adjuntaba un asiento improvisado; este asiento habría proporcionado un alivio temporal a la víctima, aunque también servía como un medio para prolongar su sufrimiento (vea comentarios sobre 19.31).

Según los relatos sinópticos, Simón de Cirene se vio obligado a cargar la cruz por Jesús (Mt 27.32; Mr 15.21; Lc 23.26). Tradicionalmente, se cree que Jesús se dirigió al Gólgota llevando la cruz Él solo. Sin embargo, sucumbió en el camino, ya que Su cuerpo había sido severamente debilitado por los azotes que recibió. Entonces Simón, «que venía del campo» (Lc 23.26; vea Mr 15.21), se vio obligado a cargar la cruz por Jesús. Juan no menciona el incidente que involucró a Simón, quizás porque el énfasis en el texto está en la completa obediencia de Jesús al Padre y Su total suficiencia en Su sacrificio por los pecados del mundo.

Jesús «salió», lo que probablemente quiere decir que salió de la ciudad. Para los judíos, la lapidación estaba prohibida dentro del campamento o la ciudad (vea Lv 24.14, 23; Nm 15.35, 36; Hch 7.58), y esto ciertamente aplicaría en principio a la crucifixión.

Al lugar de la ejecución de Jesús se le llamaba el **lugar [...] de la Calavera**. **Gólgota** es una palabra en **hebreo** (o arameo) que quiere decir «calavera». El conocido término «Calvario» proviene de la palabra latina *Calvaria*, que también quiere decir «calavera», que aparece en la traducción de la Vulgata de los cuatro Evangelios. Puede que la ubicación haya derivado su nombre de una formación rocosa natural que se asemeja a un cráneo. Debido a esto, algunos han considerado que una colina rocosa en el norte de Jerusalén llamada «Calvario de Gordon» es el sitio de la crucifixión. Esta formación rocosa, sugerida por primera vez por Otto Thenius en 1842, parece una calavera. Además, cerca hay un sepulcro de huerto. Sin embargo, los arqueólogos le han dado a esta tumba una fecha a un período mucho más temprano. La mayoría de los estudiosos sostienen que la ubicación de la crucifixión y el sepulcro es el sitio actual de la Iglesia del Santo Sepulcro. Esa

estructura está dentro del muro actual de la ciudad en el lado noroeste, aunque habría estado fuera del muro de la ciudad que estaba en pie durante los días de Jesús.¹

Versículo 18. En este lugar público, donde Jesús podría ser visto por todos, **le crucificaron**. La crucifixión siempre estuvo asociada con una muerte horrible y vergonzosa. Josefo le llamó a la crucifixión «la muerte más miserable»² y Cicerón habló de ella como «ese cruel y desagradable castigo».³ Era la pena de muerte para el peor de los criminales. La víctima era un espectáculo público dejado a morir de exposición y agotamiento, y ser devorado por buitres.⁴ La crucifixión era tan horrible que ningún ciudadano romano podía ser sometido a ella sin la aprobación del mismo emperador.

Una característica notable del registro de Juan, y de todos los Evangelios, es la brevedad de la narrativa de la crucifixión. Juan simplemente dice: «y allí le crucificaron». Al igual que con el relato de los azotes, el evento solo es mencionado, y luego el texto continúa. Muchos predicadores y maestros hoy dan detalles sobre el increíble sufrimiento que Jesús tuvo que haber soportado. Sin embargo, ninguno de los autores del Evangelio enfatizó este aspecto de la crucifixión.⁵ No estaban interesados en recurrir a las emociones con detalles de la violencia del acto. Su preocupación era la naturaleza vicaria del acto: la muerte sacrificial de Jesús Cristo por los perdidos. La escena en el Gólgota fue sin duda un espectáculo público; sin embargo, para Juan, fue mucho más que eso: fue una presentación pública de Jesús siendo levantado por los pecados del mundo (vea 12.32).

Todos los relatos de los Evangelios informan que **otros dos** hombres fueron crucificados junto a Jesús. Fueron colocados **uno a cada lado**, con **Jesús en medio** (vea Mt 27.38; Mr 15.27; Lc 23.33).

¹ Para más información, vea John McRay, *Archaeology and the New Testament (Arqueología y el Nuevo Testamento)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1991), 206–17.

² Josefo *Guerras* 7.6.4 [203].

³ Cicerón *Contra Verres* 2.5.64 [165].

⁴ Para una descripción detallada del castigo de la crucifixión, vea Leon Morris, *The Gospel according to John (El Evangelio según Juan)*, rev. ed., The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1995), 712–13, n. 46.

⁵ Las descripciones vívidas del sufrimiento de Jesús eran innecesarias porque los primeros lectores habían presenciado crucifixiones de primera mano. Dichas ejecuciones tuvieron lugar en áreas públicas para avergonzar a las víctimas y disuadir el crimen.

Mateo y Marcos se refieren a estos hombres como «ladrones» (λησταιί, *lēstai*); la forma singular de esta palabra se usa para describir a Barrabás (vea comentarios sobre 18.40). Esto sugiere que eran insurreccionistas junto con Barrabás. Juan solo hace notar que Jesús fue crucificado en medio de ellos, tal vez queriendo decir que Jesús fue identificado con pecadores en Su muerte. Puede que Juan haya estado recordando Salmos 22.16, donde el salmista dijo: «Me ha cercado cuadrilla de malignos», o Isaías 53.12, donde se decía que el Mesías había de ser «contado con los pecadores».

Versículos 19–22. Un letrero o cartel generalmente identificaba el delito por el cual una persona condenada había sido declarada culpable. Podría colgarse del cuello de la víctima o adherirse a la cruz sobre su cabeza. **Pilato** escribió **un título** que se fijaría **sobre la cruz** (19.19). La palabra latina para tal título era *titulus*, que se transcribe al griego como τίτλος (*titlos*). Todos los relatos Evangélicos mencionan la acusación escrita contra Jesús (Mt 27.37; Mr 15.26; Lc 23.38), sin embargo, solo Juan dice el nombre técnico del letrero que llevaba el nombre de Jesús con Su crimen e identifica a Pilato como quien lo redactó.⁶

La acusación adjunta a la cruz sobre la cabeza de Jesús decía: **JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS**. Solo Juan contiene esta fraseología; la redacción ligeramente diferente entre los cuatro Evangelios se debe probablemente a los tres idiomas que se usaron: **hebreo** (o arameo), el idioma común de los judíos; **latín**, el idioma oficial del imperio romano; y **griego**, el idioma común de la cultura en todo el mundo conocido (19.20).⁷

La crucifixión tuvo lugar justo en las afueras de **la ciudad**, cerca de un camino, para que todos los que pasaran la vieran (vea Mt 27.39). La ironía de Juan llega a su punto máximo cuando los dos que quizás fueron los más culpables de la muerte de Jesús se convirtieron en los dos que darían testimonio de Jesús: Caifás declaró la muerte de Jesús por Israel (11.49, 50), y Pilato proclamó a Jesús como el Rey de Israel (19.14).

La inscripción que escribió Pilato era, desde su perspectiva, una forma de vengarse de los

judíos. Los judíos lo habían manipulado para declarar a Jesús culpable de la acusación en Su contra. Sabía que Jesús no era una amenaza política para el gobierno romano, y sabía además que el reclamo que hicieron de honrar a César como su único rey verdadero constituía simplemente un gesto vacío. Sin embargo, estaba políticamente atrapado, y todo lo que podía hacer era someterse a los deseos de ellos. Aún así, intentó burlarse e insultarlos refiriéndose a un hombre golpeado y sangriento que estaba vestido ridículamente como «El Rey de los judíos». **Los principales sacerdotes, indignados, Dijeron a Pilato [...]: No escribas: Rey de los judíos; sino, que él dijo: Soy Rey de los judíos** (19.21). El verbo «dijeron» (ἔλεγον, *elegon*) es tiempo imperfecto, indicando que estaban presentando el reclamo de manera repetida. Los líderes judíos habían rechazado a Jesús como su Rey, aunque era la base principal de su acusación original contra Jesús. Querían que Pilato insertara una pequeña palabra griega en su título, a saber, εἰμί (*eimi*), «Soy». Esto demostraría que Jesús solo afirmó ser un rey, que no era el rey de los judíos, sino que era un mentiroso y ahora estaba muriendo por ello.

A lo largo de toda la narrativa del juicio, **Pilato** es representado como vacilante, cambiando de opinión entre Jesús y los judíos en su toma de decisiones. Ahora, por primera vez, se mantuvo firme, poco dispuesto a ceder a las demandas judías; **él respondió [...]: Lo que he escrito, he escrito** (19.22). Juan quería que sus lectores vieran la verdad de que Jesús era el Rey de reyes y el Señor de señores, nada podía cambiarlo.

Versículos 23–24b. Era costumbre que los vestidos de la víctima crucificada fueran repartidos entre los ejecutores como pago por sus servicios. Había cuatro **soldados**, porque los **vestidos** de Jesús fueron divididos en **cuatro partes**. La vestimenta típica de un judío en esos días consistía de cuatro partes externas (sandalias, un cinturón, una prenda externa o túnica y un tocado) y una parte interna llamada **túnica** (χιτών, *chiton*), que denota «una prenda usada próxima a la piel».⁸ La prenda interior no sería como la ropa interior de hoy, sino algo así como una camisa sobre la cual se usaría la prenda exterior. La prenda interior de

⁶ J. H. Bernard, *A Critical and Exegetical Commentary on the Gospel According to St. John (Comentario crítico y exegético del Evangelio según san Juan)*, The International Critical Commentary (Edinburgh: T. & T. Clark, 1928), 2:627.

⁷ Solo Juan incluye «Nazareno» en la acusación y señala el hecho de que la acusación fue escrita por Pilato en tres idiomas.

⁸ Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva)*, 3ª ed., rev. y ed. Frederick William Danker (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 1085.

Jesús, en lugar de estar hecha de piezas separadas de material cosidas juntas, **era sin costura, de un solo tejido de arriba abajo**, tal vez confeccionada por Su madre. Dado que esta prenda de una sola pieza era de algún valor, habría sido irrazonable cortarla en cuatro piezas. Por lo tanto, los soldados [echaron] **suertes sobre ella**. Sin saberlo, estaban cumpliendo **la Escritura**. Salmos 22.18 dice: «Repartieron entre sí mis vestidos, Y sobre mi ropa echaron suertes».

Versículos 24c, 25. El final del versículo 24 y la primera parte del versículo 25 tienen la intención de marcar un contraste entre **los soldados** y las mujeres que estaban **junto a la cruz**. Mientras los soldados dividían insensiblemente los vestidos de Jesús, las mujeres sin duda lloraban y oraban. No está claro si tres o cuatro mujeres estaban junto a la cruz. De acuerdo a Juan, los que se quedaron en las inmediaciones incluían la **madre** de Jesús y la **hermana de su madre, María mujer de Cleofas, y María Magdalena**. Si Juan tuviera la intención de mencionar a tres mujeres, entonces la hermana de la madre de Jesús sería «María mujer de Cleofas», queriendo decir que dos hermanas de la misma familia tenían el mismo nombre. Independientemente de la ausencia de la conjunción «y» (καί, *kai*) antes de «María mujer de Cleofas», es más probable, a la luz de pasajes paralelos, que cuatro mujeres formaron el grupo: 1) María, la madre de Jesús; 2) la hermana de María, no mencionada aquí pero identificada en otro lugar como «Salomé» (Mr 15.40), la mujer de Zebedeo y la madre de Jacobo y Juan (Mt 27.56); 3) María, la mujer de Cleofas y la madre de Jacobo y José (Mt 27.56); y 4) María Magdalena, «de la que habían salido siete demonios» (Lc 8.2).

En ninguna parte de Juan se identifica a la madre de Jesús por su nombre. Si el discípulo amado era Juan y esta disposición es correcta, entonces la omisión del nombre de la hermana de María es comprensible; porque Juan nunca se mencionó a sí mismo ni a su familia por nombre. Cleofas (que no debe confundirse con Cleofas de Lucas 24.18) se nombra solo aquí en el Nuevo Testamento. María Magdalena aparece aquí por primera vez en el relato de Juan, y reaparece en la narración después de la resurrección de Jesús. Los Evangelios Sinópticos dicen que algunas mujeres estaban «mirando de lejos» (Mt 27.55, 56; Mr 15.40, 41; vea Lc 23.49). B. F. Westcott sugirió que aquellos que estaban cerca de la cruz fueron «más valientes» que aquellos que estaban a cierta

distancia.⁹ Es más probable, y más acorde con las escenas junto al sepulcro de hoy, que algunos estuvieron muy cerca de la cruz poco después de la crucifixión de Jesús y con el tiempo se alejaron gradualmente de la escena.

Versículos 26, 27. Varias mujeres estaban de pie junto a la cruz, pero Juan es el único Evangelio que incluye que también había un seguidor masculino **que estaba presente**. Ese **discípulo** era **a quien él amaba** (vea 13.23). Incluso mientras soportaba un sufrimiento inimaginable, **Jesús** contempló a este discípulo y confió **su madre** a su cuidado. Aunque Jesús sabía que la muerte que estaba experimentando era por los pecados del mundo, no estaba tan preocupado como para descuidar las necesidades de Su querida madre (vea Ex 20.12). Le dijo a María: **Mujer, he ahí tu hijo** y al **discípulo amado, He aquí tu madre**. Jesús se dirigió a Su madre como «Mujer» (γύναι, *gunai*), un término que no pretende transmitir ninguna falta de respeto (vea comentarios sobre 2.4). Suponiendo que José ya había muerto, María, sin ningún medio de ingresos, sin duda dependía de su hijo mayor, Jesús. Por lo tanto, Jesús se aseguró de que ella fuera atendida después de Su muerte.

Al principio, parece extraño que Jesús confiara el cuidado de Su madre al discípulo amado y no a Sus hermanos; sin embargo, ellos aún no creían en Él (vea 7.5). El hecho de que eventualmente se convirtieron en creyentes es confirmado por el hecho de que estaban con los apóstoles y María en el aposento alto después de la crucifixión y resurrección en Hechos 1.14; esta es la última mención de María en el Nuevo Testamento. Si el análisis sobre la identidad de las mujeres junto a la cruz es correcto, Juan era sobrino de María y primo hermano de Jesús. Además, fue un discípulo dedicado de Jesús. Era el único discípulo «presente», indudablemente consolando tanto a su madre como a la madre de Jesús. Juan estaba más cerca de María en este momento que incluso sus demás hijos. **Y desde aquella hora**, la relación de madre e hijo existió entre María y el **discípulo amado**. No debe concluirse que «desde aquella hora» quiere decir que el discípulo **la recibió** inmediatamente **en su casa**. Esto es inconsecuente con la forma en que Juan usó la palabra «hora» a lo largo de su registro, y necesitaría una explicación de cómo

⁹ B. F. Westcott, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)* (Cambridge: University Press, 1881; reimp., Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), 275.

Juan todavía seguía presente junto a la cruz más adelante (19.35). La declaración simplemente quiere decir que, desde ese momento en adelante, la madre de Jesús estuvo bajo el cuidado del discípulo. Si Juan tenía o no un hogar en Jerusalén, fuera permanente o temporal, es incierto. Dondequiera que estuviera la casa de Juan, fue desde entonces la casa de María.

MUERTE DE JESÚS (19.28–30)

²⁸Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, dijo, para que la Escritura se cumpliera: Tengo sed. ²⁹Y estaba allí una vasija llena de vinagre; entonces ellos empaparon en vinagre una esponja, y poniéndola en un hisopo, se la acercaron a la boca. ³⁰Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu.

Versículo 28. Después de esto no quiere decir que el evento siguió inmediatamente después de que Jesús confió el cuidado de Su madre al discípulo amado (vea comentarios sobre 2.12). Un intervalo de tinieblas, registrado por los autores sinópticos, prevaleció durante aproximadamente tres horas (Mt 27.45; Mr 15.33; Lc 23.44). Jesús sabía cuando el final estaba cerca. A lo largo del Evangelio de Juan, varias personas han sido presentadas como involucradas en el plan soberano de Dios, aunque no lo sabían. Sin embargo, Jesús se daba cuenta de lo que estaba sucediendo: el trabajo que el Padre le había enviado a hacer estaba a punto de ser consumado. Estando en completo control, hizo la declaración Tengo sed, esto, para que la Escritura se cumpliera. Habiendo acabado la obra que había sido enviado a realizar y atendido los cuidados de Su madre, dirigió Su atención a la necesidad de Su condición humana.

Cuando Jesús hizo Su clamor, sabía que la Escritura se estaba cumpliendo. Juan podría haber estado refiriéndose a Salmos 69.21, «Y en mi sed me dieron a beber vinagre», o a Salmos 22.15:

Como un tiesto se secó mi vigor,
Y mi lengua se pegó a mi paladar,
Y me has puesto en el polvo de la muerte.

No se debe ver a Jesús pronunciando Su declaración simplemente para manipular las Escrituras. Era un verdadero ser humano que había sido golpeado sin piedad y ahora estaba colgando de una cruz bajo el sol de Judea. Tenía sed, incluso más que cuando le

había pedido a la mujer samaritana algo de beber (4.7). Su sed, así como Sus otras necesidades humanas analizadas en este Evangelio, evidenciaban la verdadera humanidad de Jesús. Estos rasgos físicos contradicen cualquier visión docética de que Jesús no vino a este mundo como un ser humano real, sino que solo parecía ser humano.

Versículos 29, 30. En respuesta a la declaración de Jesús, ellos —probablemente los soldados (vea Lc 23.36)— le ofrecieron vinagre (ὄξος, *oxos*), que probablemente había sido traído por los soldados para beber ellos mismos mientras veían morir a los hombres crucificados. La bebida «era más barata que el vino normal, y era una bebida común de la gente más pobre». ¹⁰ Esta sustancia no debe confundirse con el vinagre mezclado con «hiel» (Mt 27.34) o «mirra» (Mr 15.23), que funcionaba como un sedante para atenuar los sentidos y aliviar el sufrimiento. Después de probar esa bebida, Jesús la rechazó (Mt 27.34; Mr 15.23), indudablemente para soportar Su sufrimiento con una mente clara. El «vinagre», lejos de funcionar como un sedante, a menudo se usaba para prolongar la vida de la víctima y su sufrimiento.

Los soldados empaparon en vinagre una esponja, [...] poniéndola en un hisopo. El «hisopo» (ὕσσωπος, *hussōpos*) es «una pequeña planta espesa que puede crecer de las grietas en los muros, una planta que [1° R 4.33] se clasifica como el arbusto más humilde». ¹¹ El hisopo fue prescrito para rociar sangre en los postes de las casas la noche que Israel salió de Egipto (Ex 12.22). Algunos dudan de que la planta de hisopo pueda soportar una esponja empapada en vinagre y han sugerido que la lectura debería ser ὕσσός (*hussos*), que quiere decir «jabalina», pero la evidencia textual no lo respalda. ¹² Palestina tenía varias plantas descritas como hisopo, y algunas de ellas habrían sido adecuadas para soportar una esponja empapada. Además, la planta no tenía si acaso más de noventa centímetros de longitud; y dado que la víctima crucificada no estaba muy lejos del suelo, un soldado solo necesitaría levantar la esponja justo sobre su propia cabeza.

¹⁰ Homer A. Kent, Jr., *Light in the Darkness: Studies in the Gospel of John (Luz en las tinieblas: Estudios en el Evangelio de Juan)* (Winona Lake, Ind.: BMH Books, 1974), 210, n. 26.

¹¹ Raymond E. Brown, *The Gospel According to John (xiii–xxi) (El Evangelio según Juan [xiii–xxi])*, The Anchor Bible, vol. 29A (Garden City, N.Y.: Doubleday & Co., 1970), 909.

¹² Bruce M. Metzger, *A Textual Commentary on the Greek New Testament (Comentario textual sobre el Nuevo Testamento griego)*, 2ª ed. (Stuttgart: German Bible Society, 1994), 217–18.

Jesús [...] [tomó] el vinagre (vea Mt 27.48; Mr 15.36) y pudo humedecer Su garganta, que estaba reseca por el calor del día. Antes de Su muerte, Jesús tenía algo que decir y tal vez quiso hacer Su anuncio de modo que todos pudieran escucharlo. De acuerdo a los Evangelios Sinópticos, Jesús «[clamó] a gran voz» y «entregó el espíritu» (Mt 27.50) o «expiró» (Mr 15.37; Lc 23.46). Solo Juan contiene las palabras **Consumado es** (τετέλεσται, *tetelestai*, tiempo perfecto), insinuando el cumplimiento de una tarea (vea 19.28). Jesús había completado la misión que el Padre le había enviado al mundo a realizar.

Como sacerdote que era, Jesús se había ofrecido como sacrificio por los pecados del mundo. Su clamor no fue de derrota, sino de victoria; significaba el cumplimiento de todo lo que el Padre había enviado al Hijo al mundo a realizar. El nacimiento de Jesús, Su vida, Su obra, Su sufrimiento, Su vergüenza y Su muerte fueron capturados en el clamor triunfante «Consumado es». Siguiendo estas palabras, Jesús [**inclinó] la cabeza** (κλίνας τὴν κεφαλὴν, *klinas tēn kephalēn*), un detalle que solo se da en Juan, y que respalda el hecho de que el libro es el testimonio de un testigo ocular (vea 19.35). La expresión se encuentra en otra parte solo en Mateo 8.20 y Lucas 9.58, donde se dice que el Hijo del Hombre no tenía ningún lugar «dónde recostar su cabeza» (τὴν κεφαλὴν κλίνει, *tēn kephalēn klinē*). La idea es recostar la cabeza para dormir, y la implicación es que Jesús inclinó voluntariamente la cabeza para entrar en el sueño de la muerte. La afirmación de Juan en cuanto a que Él **entregó el espíritu** también da fe de la naturaleza voluntaria de la muerte de Jesús. El relato de Lucas lo cita diciendo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23.46). Nadie le quitó la vida a Jesús. Dio Su vida por iniciativa propia, y tenía la autoridad para ponerla (10.17, 18).

EL COSTADO DE JESÚS TRASPASADO (19.31–37)

³¹Entonces los judíos, por cuanto era la preparación de la pascua, a fin de que los cuerpos no quedasen en la cruz en el día de reposo (pues aquel día de reposo era de gran solemnidad), rogaron a Pilato que se les quebrasen las piernas, y fuesen quitados de allí. ³²Vinieron, pues, los soldados, y quebraron las piernas al primero, y asimismo al otro que había sido crucificado con él. ³³Mas cuando llegaron a Jesús, como le vieron

ya muerto, no le quebraron las piernas. ³⁴Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua. ³⁵Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis. ³⁶Porque estas cosas sucedieron para que se cumpliese la Escritura: No será quebrado hueso suyo. ³⁷Y también otra Escritura dice: Mirarán al que traspasaron.

Versículo 31. La preparación (παρασκευή, *paraskeuē*) se refiere al día anterior al día de reposo (vea comentarios sobre 19.14). Por lo tanto, Jesús fue crucificado el viernes, el día quince del mes de Nisan. El día siguiente, sábado, era **el día de reposo**, y era **de gran solemnidad**, es decir, «un día de reposo especial» (NIV), porque era durante la semana de pascua.

En la Ley, la lapidación era el medio de ejecución para la mayoría de los delitos capitales, sin embargo, los cuerpos eran colgados sobre un madero en público como elemento disuasorio contra futuros delitos.¹³ Según Deuteronomio 21.23, los cuerpos de los delincuentes ejecutados no debían ser «[dejados] [pasar] la noche sobre el madero». En lugar de ello, habían de ser sepultados el mismo día, para no contaminar la tierra que Dios le había dado a Israel como herencia. Por lo tanto, los judíos tenían cuidado de quitar el cuerpo de un madero cualquier día antes del cierre de ese día (a la puesta del sol). Esto era importante cuando se acercaba el día de reposo, especialmente porque este día de reposo en particular era «de gran solemnidad». Debido a que dejar a Jesús y a los dos ladrones en las cruces sería ofensivo, **los judíos** —sin duda las autoridades religiosas judías— **rogaron a Pilato que se les quebrasen las piernas, y fuesen quitados de allí**.

La costumbre romana era dejar a los que eran crucificados en sus cruces hasta que murieran, lo que podría tomar varios días, y luego abandonarlos para ser comidos por los buitres. Estos cuerpos eran colgados sobre maderos en público, no solo como un medio de ejecución, sino también como un elemento disuasorio para cualquiera que cometiera crímenes futuros. Para acelerar la muerte de alguien en una cruz, posiblemente como un acto de piedad en algunos casos, la práctica tradicional era romperle las piernas con un mazo. Una vez hecho esto, la víctima no podía empujarse hacia

¹³ Vea Mishná *Sanedrín* 6.4.

arriba con las piernas para expulsar el aire que entraba en los pulmones; con este apalancamiento eliminado, moría de insuficiencia respiratoria.¹⁴ La evidencia de esta práctica es evidente en los huesos rotos de una víctima de crucifixión descubierta al norte de Jerusalén en 1968.¹⁵ El pedido de los líderes judíos de hacer lo anterior solo podía ser concedido por el gobernador, que era Pilato en este caso. Pilato podría haber rechazado el pedido de ellos, sin embargo, ya había dudado en su condena a Jesús. Dado el número de personas en Jerusalén en ese momento, quería evitar cualquier conflicto potencial entre los judíos y los romanos.

Versículos 32, 33. En vista de que los judíos querían que las muertes de los tres hombres crucificados fueran apresuradas y Pilato aparentemente estaba de acuerdo con su solicitud, **los soldados** emprendieron el proceso. Jesús fue crucificado entre otros dos hombres (19.18), y parece que los soldados trabajaron desde ambos lados. Primero **quebraron las piernas** de los otros; pero cuando vinieron a **Jesús**, lo encontraron **ya muerto** y, por lo tanto, **no le quebraron las piernas**.

Versículo 34. Quizás por crueldad, o probablemente para asegurarse de que Jesús estaba muerto, **uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua**. El verbo que se traduce como «abrió» es de $\nu\acute{\upsilon}\sigma\sigma\omega$ (*nussō*), que quiere decir «pinchar» o «apuñalar».¹⁶ El hecho de que el soldado no solo apuñaló a Jesús para determinar que estaba muerto se demuestra por el hecho de que «salió sangre y agua». El significado de la sangre y el agua ha sido tema de mucha especulación. El flujo de sangre y agua de un cuerpo muerto es anormal, y se han dado varias explicaciones.

1. Pensando biológicamente, muchos comentaristas afirman que, cuando la lanza atravesó el corazón de Jesús, la sangre del corazón se fusionó con el líquido del saco pericárdico para producir la sangre y el agua.

2. Desde una perspectiva doctrinal, parece que Juan estaba enfatizando la realidad de la muerte de Jesús. A lo largo de su relato del Evangelio,

Juan demostró que Jesús en verdad era carne. Se hizo carne (1.14) y fue un hombre de verdad (vea 1ª Jn 1.1), con todos los rasgos carnales de cualquier ser humano, uno de los cuales es la inevitabilidad de la muerte. Escribiendo años después, Juan podría haber visto el flujo de sangre y agua como un fenómeno físico que sería suficiente para responder a las afirmaciones de los Docetistas de ese día que negaban que Jesús realmente murió (vea 1ª Jn 5.6–8). Juan tenía la intención de declarar que Jesús había experimentado la muerte de un ser humano. De Su cuerpo habían fluido tanto sangre como agua.

3. Posiblemente, Juan pretendía atribuirle un significado simbólico al flujo de sangre y agua. Esta sugerencia fue hecha por Juan Crisóstomo, quien sostuvo que la sangre y el agua representaban, respectivamente, la Cena del Señor y el bautismo.¹⁷ Esta conexión es difícil de justificar. La sangre de Jesucristo, derramada en Su muerte sacrificial, fue dada para la redención del mundo (1ª P 1.18, 19). El contacto con esta sangre es posible por medio de la sepultura acuosa del bautismo; porque quien es bautizado en Cristo es bautizado en Su muerte, en la que Su sangre fue derramada (Ro 6.3). Sin embargo, nadie puede establecer con certeza que Juan pretendía que sus lectores hicieran esta asociación.

Versículo 35. Las palabras de Juan en este versículo enfatizan la importancia del versículo anterior sobre la sangre y el agua. Un testigo ocular estaba garantizando lo que había sucedido en la muerte de Jesús. Su declaración es profunda: 1) **Él vio** los acontecimientos que habían tenido lugar; 2) su **testimonio** de estos eventos era **verdadero**; 3) sabía que estaba **[diciendo] verdad**; y 4) estaba dando su testimonio **para que vosotros también creáis**. Si bien se han sugerido diferentes posibilidades en cuanto a la identidad de este testigo ocular, hay pocas dudas de que era el discípulo amado mencionado en 19.26 presente delante de la cruz. Además, 19.35 es notablemente paralelo a 21.24, donde el discípulo amado es identificado como un testigo cuyo testimonio es verdadero.

El testigo ocular aseveró claramente su propósito aquí: «para que vosotros también creáis». El mismo fraseo aparece en 20.31. En ambos casos, la evidencia de los manuscritos se divide en cuanto a si el verbo «creer» es aoristo subjuntivo

¹⁴ Gerald L. Borchert, «They Brake Not His Legs» («No quebraron Sus piernas»), *Christianity Today* 6 (March 16, 1962): 12.

¹⁵ N. Haas, «Anthropological Observations on the Skeletal Remains from Giv'at ha-Mivtar» («Observaciones antropológicas sobre los restos esqueléticos de Giv'at ha-Mivtar»), *Israel Exploration Journal* 20 (1970): 49–59.

¹⁶ Bauer, 682.

¹⁷ Juan Crisóstomo *Homilías sobre el Evangelio de Juan* 85.3.

(πιστεύσητε, *pisteusēte*) o subjuntivo presente (πιστεύητε, *pisteuēte*). El aoristo indicaría que Juan estaba dando testimonio de lo que había visto para que los no cristianos llegaran a creer, mientras que el presente indicaría que su testimonio fue dado para que los cristianos siguieran creyendo.¹⁸ Aunque el presente subjuntivo se refleja en algunos de los mejores manuscritos, la mayoría tiene el subjuntivo aoristo.

Versículos 36, 37. Así como los soldados no sabían que estaban cumpliendo las **Escrituras** cuando se repartieron las vestiduras de Jesús, tampoco sabían que sus actos estaban ayudando a llevar a cabo el plan providencial de Dios. El relato de Juan cuenta dos maneras en que se cumplió la Escritura: expresado en negativo, los huesos de Jesús no fueron quebrados; expresado en positivo, Su costado fue perforado. Mientras las piernas de los dos hombres crucificados con Él fueron quebradas, Jesús no sufrió daños en Sus huesos. Sin embargo, Su costado fue traspasado profundamente con una lanza.

El primer pasaje citado es **No será quebrado hueso suyo**. Algunos entienden la declaración sobre los huesos como una referencia a Salmos 34.20 y al cuidado general de Dios del hombre justo: «Él guarda todos sus huesos, ninguno de ellos será quebrantado». En este caso, Juan estaba enfatizando la justicia o inocencia de Jesús, como dijo el centurión: «Verdaderamente este hombre era justo» (Lc 23.47). Esta interpretación quiere decir que Dios cuidó de Su Hijo, el Justo; le protegió y lo llevó a Su victorioso fin. Aunque es un posible significado del texto, no parece probable. La mayoría cree que la referencia es al cordero de la pascua: «ni quebraréis hueso suyo» (Ex 12.46; vea Nm 9.12). Jesús fue la ofrenda sacrificial perfecta, el Cordero de la pascua sacrificado por los pecados del pueblo. Por lo tanto, «No será quebrado hueso suyo» (vea 1ª Co 5.7; 1ª P 1.19).

Mientras que un pasaje se cumplió en algo que los soldados no hicieron, otro se cumplió en algo que sí hicieron: perforaron el costado de Jesús. La declaración **Mirarán al que traspasaron**, sin discusión, se refiere a Zacarías 12.10:

Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito...

¹⁸ Metzger, 218–20.

El pasaje se usa en Apocalipsis 1.7, donde se aplica a la segunda venida de Jesús (vea Mt 24.30). El contexto de Zacarías 12.10 es que «los moradores de Jerusalén», debido a un derramamiento «de gracia y de oración», llorarían en remordimiento y arrepentimiento cuando contemplaran a Aquel que habían traspasado. Juan mostró que esta profecía se cumplió literalmente cuando la lanza fue introducida en el costado de Jesús. Juan no identificó explícitamente quiénes «mirarán al que traspasaron». Parece natural pensar que estaba refiriéndose a los judíos, ya que ellos, especialmente los líderes religiosos, fueron los que entregaron a Jesús para ser crucificado y fueron responsables de la perforación del costado de Jesús. El comentario de Zacarías de que los espectadores «llorarán como se llora por hijo unigénito», sugiere arrepentimiento; sin embargo, los judíos permanecieron, como lo habían sido desde el capítulo 5, enemigos de Jesús. Al decir «mirarán», Juan podría haber pensado en la segunda venida, cuando «todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él» (Ap 1.7). La declaración se convierte en una de juicio; porque las personas mirarán a Jesús, a quien han rechazado, y llorarán por haberle rechazado.

Mientras sostenía que Juan se refería a los judíos, Raymond E. Brown vio a otro grupo al que se estaba refiriendo Juan. Estos están representados por el discípulo amado, que tenía fe en Jesús.¹⁹ Tales personas mirarían a Jesús como Aquel «levantado de la tierra» (12.32) y descubrirían el don de la vida por medio de Él. Si bien no puede determinarse que Juan aludiera a este aspecto de la salvación, es posible. Esta idea es reforzada por Zacarías 13.1, que dice: «En aquel tiempo habrá un manantial abierto para la casa de David y para los moradores de Jerusalén, para la purificación del pecado y de la inmundicia». Debido a lo que Jesús logró, este manantial fue abierto para todos con el fin de lavar el pecado y la inmundicia.

LA SEPULTURA DE JESÚS (19.38–42)

³⁸Después de todo esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, pero secretamente por miedo de los judíos, rogó a Pilato que le permitiese llevarse el cuerpo de Jesús; y Pilato se lo concedió. Entonces vino, y se llevó el cuerpo de Jesús. ³⁹También Nicodemo, el que antes

¹⁹ Brown, 954–55.

había visitado a Jesús de noche, vino trayendo un compuesto de mirra y de áloes, como cien libras. ⁴⁰Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos con especias aromáticas, según es costumbre sepultar entre los judíos. ⁴¹Y en el lugar donde había sido crucificado, había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual aún no había sido puesto ninguno. ⁴²Allí, pues, por causa de la preparación de la pascua de los judíos, y porque aquel sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús.

Versículo 38. Como en el versículo 28 y muchos otros pasajes en Juan, la frase **Después de todo esto** marca una nueva sección en la narración (vea comentarios sobre 2.12). A **José de Arimatea** se le menciona en los cuatro relatos del Evangelio, pero solo en relación con el pedido que le hizo a Pilato del cuerpo de Jesús. Los registros sinópticos proporcionan información que no se encuentra en Juan: José era miembro del Sanedrín y, por lo tanto, vivía en Jerusalén. Era rico y era «varón bueno y justo» que no había consentido en el plan del Sanedrín de matar a Jesús (Lc 23.50, 51).

Como alguien que «esperaba el reino de Dios» (Mr 15.43), José se había convertido en **discípulo de Jesús** (vea Mt 27.57). Solo en Juan se dice que lo era **secretamente por miedo de los judíos**. Este no es un elogio para José (vea 12.42, 43), pero se absolvió a sí mismo cuando «osadamente» (Mr 15.43) tomó medidas para mover el cuerpo de Jesús de la cruz al sepulcro. **Arimatea** era un pueblo de Judea que probablemente debería identificarse con Ramataim de Zofim en la región montañosa de Efraín. Este lugar había sido el hogar de Samuel (1° S 1.1).

La muerte de Jesús tuvo que haber tenido un profundo efecto en José. Aunque tuvo que haber estado intimidado por sus compañeros del Sanedrín, José le **rogó a Pilato que le permitiese llevarse el cuerpo de Jesús** y sepultarlo (vea Mt 27.58; Mr 15.43; Lc 23.52). Según la ley romana, los cuerpos de criminales ejecutados podían ser entregados a los familiares más cercanos, excepto cuando las víctimas habían sido ejecutadas por sedición. José no estaba relacionado con Jesús y no tenía derecho a hacer su pedido, sin embargo, los hermanos de Jesús no estaban tomando ninguna medida. Incluso si uno de ellos pidiera el cuerpo de Jesús, probablemente se le habría negado el permiso debido a la naturaleza de Su presunto delito contra César. La posición de José, y quizás su

riqueza, le daban acceso a Pilato y le permitieron a Jesús tener una sepultura más digna. El relato de Juan simplemente dice que **Pilato se lo concedió**. Pilato confirmó que Jesús estaba muerto antes de conceder este permiso (Mr 15.44, 45). No se da la razón por la que Pilato permitió que José tomara el cuerpo de Jesús. Juan no cuenta cómo José quitó el cuerpo de Jesús ni dónde lo llevó, solo que **vino, y se llevó el cuerpo de Jesús**.

Versículos 39, 40. Si bien los Evangelios Sinópticos mencionan a José en relación con la sepultura de Jesús, solamente el registro de Juan informa de la participación de **Nicodemo** en la sepultura de Jesús. Nicodemo, como José, probablemente era miembro del Sanedrín (vea comentarios sobre 3.1). Nicodemo fue nombrado por última vez en Juan cuando desafió el derecho de sus compañeros del Concilio a juzgar a Jesús antes de escucharlo (7.50, 51). Juan se refiere a él como el **que antes había visitado a Jesús de noche** (vea comentarios sobre 3.2).

Nicodemo ayudó en la sepultura **trayendo un compuesto de mirra y de áloes, como cien libras**. La «mirra» era una resina fragante utilizada por los egipcios en sus prácticas de embalsamamiento, y «áloes» se refiere a un producto en polvo de la madera aromática de aloe. Estas sustancias se mencionan juntas solo aquí en el Nuevo Testamento, pero también se encuentran en Salmos 45.8 y Proverbios 7.17. El uso de estas especias en relación con la sepultura de los muertos no tenía nada que ver con el embalsamamiento; era para mitigar el olor a descomposición (vea 11.39). El hecho de que este era el propósito de Nicodemo se hace obvio por la gran cantidad de especias que trajo, que era «como cien libras». En vista de que una libra romana pesaba alrededor de doce onzas, la cantidad de especias habría sido equivalente a unas setenta y cinco libras estadounidenses (vea NIV; NLT). La cantidad era enorme, lo que sugiere que Nicodemo tuvo que haber sido un hombre rico; sin embargo, el uso de esta cantidad de especias en una sepultura no habría sido imposible. Los judíos utilizaron cantidades extraordinarias en sepulturas reales. Cuando el rey Asa fue sepultado, el pueblo «lo [puso] en un ataúd, el cual llenaron de perfumes y diversas especias aromáticas, preparadas por expertos perfumistas; e hicieron un gran fuego en su honor» (2° Cr 16.14). Nicodemo había escuchado a Jesús hablar del reino (3.3, 5); sin duda, él, y probablemente José, vieron la sepultura de Jesús como una sepultura real. En lo que a ellos

respecta, Jesús era lo que el título sobre Su cabeza en la cruz decía que era: «el Rey de los judíos».

José y Nicodemo **tomaron, pues, el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos con especias aromáticas**. A lo mejor, no emprendieron personalmente esta tarea. Probablemente usaron sirvientes tanto para quitar el cuerpo de Jesús de la cruz como para atarlo con envolturas de tela y especias. Estas acciones fueron consistentes con la **costumbre [de] sepultar entre los judíos**. Una forma en polvo de las especias era esparcida a lo largo de los envoltorios de «lienzos» (ὀθόνια, *othonia*), que luego fueron enrollados alrededor del cuerpo de Jesús. Las especias eran puestas debajo del cuerpo, así como en el costado. Este procedimiento no era el mismo de las prácticas de embalsamamiento egipcias, ya que los judíos no extraían órganos internos con el fin de reemplazarlos con especias. Según los Evangelios Sinópticos, el cuerpo de Jesús estaba envuelto en una σινδών (*sindōn*), una sábana o sudario (Mt 27.59; Mr 15.46; Lc 23.53). Esta palabra griega describe la única pieza de ropa usada por el joven que seguía a Jesús en Marcos 14.51. Algunos han intentado sustentar que existe una contradicción entre los relatos sinópticos y Juan en sus respectivas descripciones de lo que se utilizó para cubrir el cuerpo de Jesús. La dificultad puede resolverse haciendo notar que la palabra utilizada en los otros relatos del Evangelio puede denotar una «tela hecha de lino»²⁰ y no solo una sola pieza de ropa. Juan simplemente dice que el cuerpo de Jesús fue envuelto con varias tiras de tela.

Versículos 41, 42. Solo el registro de Juan dice que **había un huerto** cerca de donde Jesús **había sido crucificado**. Tuvo que haber estado cerca, porque el versículo dice que estaba **en el lugar**. Consecuente con Mateo 27.60 y Lucas 23.53, Juan dice que **había un sepulcro nuevo, en el cual aún no había sido puesto ninguno**. Si bien al dueño no se le menciona en Juan, Marcos o Lucas, el versículo en Mateo dice que el sepulcro pertenecía a José. Marcos 15.46 agrega que era «un sepulcro que estaba cavado en una peña». Sepulcros como este eran muy caros. Jesús no fue sepultado en la tumba de un criminal común, sino en una digna de un rey. Además, cuando este «sepulcro nuevo» fue hallado vacío al tercer día, solo un cuerpo podría haber desaparecido. Por lo tanto, el primer día

²⁰ Bauer, 924.

de la semana, el sepulcro vacío fue un testimonio obvio de la resurrección victoriosa de Jesús.

Allí, pues, por causa de la preparación²¹ de la pascua de los judíos, y porque aquel sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús. El tiempo para la sepultura era limitado porque la puesta del sol traía el día de reposo, cuando todo trabajo tenía que cesar. Juan no contiene ningún registro de que José haya rodado una piedra grande contra la entrada del sepulcro (vea Mt 27.60; Mr 15.46), ni el texto informa que otros testigos de la sepultura incluyeran a María Magdalena y a María, la madre de José (vea Mt 27.61; Mr 15.47).

En este sepulcro del huerto, José, Nicodemo y probablemente otros «pusieron a Jesús». Éste sepulcro probablemente no era el del huerto que está al lado del «Calvario de Gordon», aunque comparte algunas características similares. Lo más probable es que el sepulcro fuera donde Constantino, en el siglo IV, construyó la Iglesia de la Resurrección. Con los años, esta estructura ha sido dañada y restaurada. En el siglo XII, los que pelearon en las Cruzadas reconstruyeron y ampliaron el edificio de la iglesia, y ha seguido siendo renovado a lo largo de los siglos. Hoy se le conoce como la Iglesia del Santo Sepulcro. El arqueólogo británico Martin Biddle, de la Universidad de Oxford, llegó a la conclusión de que este fue probablemente el lugar de la sepultura de Jesús.²²

En contraste con los discípulos, que habían huido (Mr 14.50), José y Nicodemo tomaron medidas para asegurarse de que Jesús recibiera una sepultura adecuada. Tal acto constituía un testimonio de la fe de ellos, que parecía estar desarrollándose lentamente. Estos dos discípulos secretos se presentaron en un momento crítico en el plan providencial de Dios, cuando muchos otros habían abandonado a Jesús. Nada se dice de los discípulos o cualquier miembro de la familia que ayudara con la sepultura de Jesús, sin embargo, el capítulo 20 de Juan y los relatos sinópticos dicen que algunas mujeres fueron a la tumba con especias para ungir el cuerpo de Jesús.

²¹ Para «la preparación», vea comentarios sobre 19.14, 31.

²² Thomas K. Grose, «Unearthing the secrets of a sacred place: Is the tomb of Jesus really the tomb of Jesus?» («Descubriendo los secretos de un lugar sagrado: ¿Es la tumba de Jesús realmente la tumba de Jesús?»), *U.S. News & World Report* 125 (Noviembre 9, 1998): 46.

La resurrección de Jesús

(20.1–18)

Juan 20 concluye la pasión de Jesús, que comenzó con el capítulo 18. El relato continúa refiriéndose a los eventos que siguieron a la muerte y sepultura de Jesús, comenzando con la resurrección. La resurrección de Jesucristo es un hecho indiscutible y es el núcleo mismo del cristianismo. No es un mero resultado de la muerte de Jesús. Es *el evento* sobre el cual los primeros cristianos pusieron su fe. Antes de la resurrección, independientemente de los momentos de fe de los discípulos, éstos estaban desanimados y confundidos con respecto al verdadero propósito por el cual Jesús había venido a la tierra. En el momento del arresto y muerte de Jesús, los discípulos le abandonaron y huyeron por temor a ser asociados con Él; sin embargo, poco después, su confusión se convirtió en confianza. En lugar de desanimarse, se animaron. Se elevaron a grandes alturas de coraje y declararon su fe sin temor, superando grandes obstáculos.

Solo una cosa puede explicar esta transformación radical: *la resurrección de Jesús*. Estos hombres habían visto a su Señor y Maestro resucitado con sus propios ojos. La resurrección demostró la afirmación de Jesús de que Él era el Mesías, el Hijo de Dios (vea Ro 1.4). Es un principio no negociable de la fe cristiana. Pablo dijo: «y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados» (1^a Co 15.17). ¡Cristo ha resucitado de entre los muertos, convirtiéndose en el vencedor de la muerte para todos los que creen en Él!

La resurrección es el clímax del Relato de la Pasión en los cuatro relatos del Evangelio. Si bien hay similitudes, el registro de Juan es independiente de los demás. Al igual que los relatos sinópticos, Juan informa sobre el sepulcro vacío; sin embargo, este libro carece de información dada en Mateo, Marcos y Lucas e incluye información que no se encuentra en otro lugar. No es el propósito del

presente estudio dar un análisis crítico detallado de la relación entre el relato de Juan y los Evangelios Sinópticos. Es cierto que la secuencia de eventos después de la resurrección, como un compuesto de los cuatro relatos, es difícil de organizar. Algunos de los desafíos son abordados en los siguientes comentarios para demostrar que los relatos no entran en conflicto.

Con la excepción de la declaración de propósito dada por Juan en 20.30, 31, el capítulo se enfoca en dos escenas: una en el sepulcro vacío (20.1–18) y la otra donde se reunieron los discípulos (20.19–29). Cada escena puede dividirse en dos partes: primero el descubrimiento de que el sepulcro estaba vacío (20.1–10) y la aparición de Jesús a María Magdalena (20.11–18); luego las apariciones de Jesús a los discípulos (20.19–23) y luego a Tomás (20.24–29).

EL DESCUBRIMIENTO DEL SEPULCRO VACÍO (20.1–10)

¹El primer día de la semana, María Magdalena fue de mañana, siendo aún oscuro, al sepulcro; y vio quitada la piedra del sepulcro. ²Entonces corrió, y fue a Simón Pedro y al otro discípulo, aquel al que amaba Jesús, y les dijo: Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto. ³Y salieron Pedro y el otro discípulo, y fueron al sepulcro. ⁴Corrían los dos juntos; pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro. ⁵Y bajándose a mirar, vio los lienzos puestos allí, pero no entró. ⁶Luego llegó Simón Pedro tras él, y entró en el sepulcro, y vio los lienzos puestos allí, ⁷y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, no puesto con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte. ⁸Entonces entró también el otro discípulo, que había venido primero al sepulcro; y vio, y creyó.

⁹Porque aún no habían entendido la Escritura, que era necesario que él resucitase de los muertos. ¹⁰Y volvieron los discípulos a los suyos.

Versículo 1. Todos los relatos del Evangelio registran que la resurrección tuvo lugar **el primer día de la semana** (vea Mt 28.1; Mr 16.2; Lc 24.1). La frase «al tercer día» en 1^a Corintios 15.4 se refiere a que Jesús estuvo en el sepulcro por partes de tres días y resucitó al tercer día. Jesús murió el viernes por la tarde (un día de preparación), cuando se acercaba el día de reposo. José y Nicodemo tuvieron que darse prisa para sepultar el cuerpo de Jesús. Algunas mujeres observaban mientras colocaban el cuerpo en el sepulcro, pero no se pudo hacer nada más debido al día de reposo. Las mujeres descansaron el día de reposo y regresaron temprano a la mañana siguiente («el primer día de la semana») con especias, con la intención de ungir el cuerpo de Jesús (Mr 16.1; Lc 23.56). Los Evangelios Sinópticos informan que varias mujeres fueron al sepulcro. Mateo nombra a María Magdalena y «la otra María» (Mt 28.1). Junto con María Magdalena, Marcos menciona a María, la madre de Jacobo (la mujer de Cleofas) y Salomé (la hermana de María, la madre de Jesús) (Mr 16.1). Además de María Magdalena, el relato de Lucas menciona a María, la madre de Jacobo, a Juana y a «las demás con ellas» (Lc 24.10). Juan dice que **María Magdalena fue de mañana, siendo aún oscuro, al sepulcro**; además de ella, Juan no nombra a ninguna mujer que haya ido al sepulcro.

No está claro cómo debe reconciliarse el relato de Juan con los Evangelios Sinópticos. J. H. Bernard sugirió que «es poco probable que una mujer se haya aventurado sola fuera de los muros de la ciudad antes del amanecer...».¹ Juan asume que María fue acompañada por otros cuando fue al sepulcro mediante el uso del plural en la frase «no sabemos» (vea 20.2). El texto se centra en ella porque era la mujer más prominente. Ella fue la primera a quien se le apareció Jesús; y, aunque los relatos sinópticos nombran a otras mujeres además de María Magdalena, siempre se le menciona primero. Antes de su presencia en la cruz (vea comentarios sobre 19.25), se le menciona solo como una que había sido liberada de siete demonios (Lc 8.2; vea Mr 16.9) y como una de las

¹ J. H. Bernard, *A Critical and Exegetical Commentary on the Gospel According to St. John (Comentario crítico y exegético del Evangelio según Juan)*, The International Critical Commentary (Edinburgh: T. & T. Clark, 1928), 2:656.

mujeres que ministraron a Jesús y a los discípulos (Lc 8.3; vea Mr 15.41).

El nombre «Magdalena» sugiere el área de residencia de María, Magdala, que se encontraba en la costa noroeste del Mar de Galilea, cerca del monte Arbel. El nombre Magdala (o Migdal) quiere decir «torre». Se le refirió en griego como Tariquea, que quiere decir «el lugar de los peces». A la ciudad costera se le conocía por su puerto, sus muchos barcos e industria pesquera. Magdala fue el centro urbano más destacado junto al mar de Galilea hasta que Tiberíades fue construida a pocos kilómetros al sur alrededor del año 20 d.C.² Jesús tuvo que haber visitado Magdala durante Su ministerio. Mateo 15.39 dice que viajó en barca a «la región de Magdala». Además, Mateo 4.23 dice que «recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo». Quizás había expulsado los siete demonios de María mientras visitaba Magdala, tal vez incluso la sinagoga (vea Mr 1.21–28). Una sinagoga del siglo primero ha sido excavada en Magdala. En el proceso, se descubrió un bloque de piedra caliza grabada que podría haber sido la base de una mesa de lectura de la Torá. Muestra una menorá de siete ramas y muchos otros objetos que aparentemente representan el templo de Jerusalén.³

El hecho de que María Magdalena fue al sepulcro «de mañana» (πρωί, *prōi*) podría llevar al lector a pensar en la cuarta vigilia de la noche, de 3:00 a.m. a 6:00 a.m. (vea Mr 13.35). Mateo indica que era el «amanecer» (Mt 28.1), Marcos y Lucas dicen «muy de mañana» (Mr 16.2; Lc 24.1). Juan dice «siendo aún oscuro». Puede que María haya sido la primera de las mujeres en llegar al sepulcro cuando aún estaba oscuro, mientras que las otras llegaron a la luz del día. Quizás el tiempo dado en Juan quiere decir que María Magdalena salió de su casa en la oscuridad, mientras que los otros tres relatos marcan el momento en que llegó al sepulcro.

Cuando llegó, María **vio quitada la piedra del sepulcro**. Los sepulcros en esos días podrían

² James F. Strange, «Magdala» («Magdala»), en *The Anchor Bible Dictionary (Diccionario Anchor de la Biblia)*, ed. David Noel Freedman (New York: Doubleday, 1992), 4:463–64.

³ Mordechai Aviam, «The Decorated Stone from the Synagogue at Migdal» («La piedra decorada de la sinagoga de Migdal»), *Novum Testamentum* 55, no. 3 (2013): 205–220.

ser horizontales o verticales (vea comentarios sobre 11.38). En vista de que había que agacharse para entrar al sepulcro (20.5), el sepulcro de Jesús aparentemente era horizontal. Juan no menciona ninguna piedra en relación con la sepultura de Jesús (19.41, 42), pero obviamente se colocó una a la entrada del sepulcro. Aunque los Evangelios Sinópticos dicen que la piedra fue «removida» (ἀποκυλίω, *apokuliō*; Mt 28.2; Lc 24.2; vea Mr 16.4), Juan usó el peculiar verbo αἶρω (*airō*), que quiere decir «levantar» o «quitar». Cuando la piedra fue colocada en su lugar, fue «rodada» (προσκυλίω, *proskuliō*; Mt 27.60; Mr 15.46) en un surco a la entrada. Juan dice que fue «quitada», lo que «puede suponer violencia, sobre todo porque la siguiente preposición es ἐκ [ek]». ⁴ Esta preposición es un «marcador que denota separación»; quiere decir «desde, fuera de, lejos de». ⁵ A las mujeres les había preocupado quién podría rodar la piedra a su llegada al sepulcro (Mr 16.3). Para su sorpresa, la piedra había sido quitada por un ángel (Mt 28.2).

Versículo 2. Al ver que la piedra había sido quitada de la entrada del sepulcro, María Magdalena concluyó que el cuerpo de Jesús había sido robado. El robo de tumbas era una práctica común. Por esta razón, a veces se publicaban inscripciones de tumbas que pronunciaban maldiciones severas contra cualquiera que perturbara los sitios de sepultura. Además, el informe de Mateo sobre la afirmación de las autoridades judías en cuanto a que el cuerpo de Jesús había sido robado en la noche por los discípulos (Mt 28.11–15) respalda la idea de que este tipo de robo fuera creíble.

María se sintió abrumada por lo que vio, y su reacción inmediata fue reportar su hallazgo. Primero **fue a Simón Pedro y al otro discípulo, aquel al que amaba Jesús**. Si bien Pedro había negado a Jesús, todavía se le reconocía como uno de los principales discípulos. Era natural, entonces, que las noticias de María las recibiera primero él. Pedro no ha sido mencionado en el texto desde su negación en 18.27. Como de costumbre, cuando Pedro reaparece, se le identifica con su nombre completo, «Simón Pedro». Dado que Pedro y Juan

⁴ Leon Morris, *The Gospel according to John (El Evangelio según Juan)*, rev. ed., The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1995), 734, n. 10.

⁵ Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva)*, 3ª ed., rev. y ed. Frederick William Danker (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 295.

probablemente no se hospedaban juntos, parece razonable concluir que Pedro y María llevaron las noticias «al otro discípulo, aquel al que amaba Jesús». Aquí Juan dice explícitamente que el «otro discípulo» (vea 18.15, 16) era «aquel al que amaba Jesús» (vea comentarios sobre 13.23; 19.26, 27). Esto tiene que querer decir que el discípulo que se sentó al lado de Jesús en el aposento alto, el discípulo que obtuvo acceso al sumo sacerdote para Pedro, el discípulo al que se asociaba frecuentemente con Pedro y el discípulo a quien Jesús confió el cuidado de Su madre, eran todos la misma persona, el que escribió el presente Evangelio (vea 21.20, 24).

María declaró: **Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto**. El sujeto de «se han llevado» no se da, sin embargo, ella probablemente estaba pensando en los enemigos de Jesús, especialmente en los principales sacerdotes. Como se señaló en relación con 20.1, el sujeto de «no sabemos» indica que María hablaba no solo por ella, sino también por las mujeres que la acompañaban. (Para la designación «al Señor», vea comentarios sobre 4.1–3.)

En el presente capítulo, Juan usó muchos verbos griegos en tiempo presente para narrar eventos pasados con efecto dramático. Cuando estos tiempos presentes históricos son traducidos en tiempo pasado por algunas versiones, la NASB los marca con una estrella. En 20.1, 2, «se emplea una cadena de cinco tiempos presentes históricos [“va”, “ve”, “corre”, “va”, “dice”] para representar vívidamente las respuestas iniciales de María al descubrir que el sepulcro está vacío». En 20.5, 6, el uso de tiempos presentes históricos destaca «la llegada de Pedro y el discípulo amado al sepulcro vacío». Muchos de estos verbos también aparecen en 20.12–18, señalando «el clímax de la trama, es decir, la aparición del Jesús resucitado». ⁶

Versículos 3–5. Al escuchar el informe de María Magdalena, **Pedro, junto con el otro discípulo, corrió lo más rápido posible al sepulcro (20.3). Corrían los dos juntos; pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro (20.4)**. No está claro por qué el discípulo amado fue «más aprisa que Pedro». Quizás era más joven, o puede que haya sido su gran amor y

⁶ Mavis M. Leung, «The Narrative Function and Verbal Aspect of the Historical Present in the Fourth Gospel» («La función narrativa y el aspecto verbal del tiempo presente histórico en el cuarto evangelio»), *Journal of the Evangelical Theological Society (Publicación de la Sociedad Teológica Evangélica)* 51 (December 2008): 713–14.

devoción a Jesús lo que le hizo más rápido.

Si bien Juan, quien se cree es el discípulo amado, llegó primero al sepulcro, dudó en entrar y esperó a que Pedro entrara. Este detalle, por lo demás insignificante, sugiere fuertemente un relato de un testigo ocular. El texto no explica qué provocó la vacilación del discípulo; tal vez fue miedo u otra emoción abrumadora que sintió. Mientras esperaba a Pedro, el otro discípulo estaba afuera del sepulcro **bajándose** [para] **mirar** (παρακύψας βλέπει, *parakypsas blepei*; 20.5). La expresión transmite la idea de inclinarse y mirar para satisfacer la curiosidad.⁷ En este momento, tuvo que haber habido suficiente luz de día para ver dentro de la apertura del sepulcro.

Desde su posición, el discípulo **vio los lienzos puestos allí**. Los ladrones no habrían gastado tiempo en desenvolver el cuerpo, ni tampoco habrían dejado atrás las costosas envolturas y especias (vea comentarios sobre 19.39, 40). Aquí hay evidencia de que el cuerpo no había sido simplemente removido. Hace muchos siglos, Juan Crisóstomo llamó la atención a esta verdad cuando escribió: «Porque nadie, si es que alguien había removido el cuerpo, lo habría despojado de sus ropas antes de llevarselo; y si alguien lo hubiera robado, no se habría tomado la molestia de quitar la sábana, enrollarla y colocarla sola por aparte».⁸

Versículos 6, 7. El papel de Pedro en la narrativa se reanuda nuevamente en 20.6; por lo tanto, se usa el nombre completo **Simón Pedro** (vea comentarios sobre 18.15, 16; 20.2). A diferencia del discípulo amado, Pedro entró directamente al llegar al **sepulcro**. Tal acción parece coincidir con la naturaleza de Pedro. Además de ver **los lienzos puestos allí** (vea Lc 24.12), también vio **el sudario** (σουδάριον, *soudarion*; vea comentarios sobre 11.43, 44), solo mencionado en Juan, que había estado envolviendo la **cabeza** de Jesús. Aparentemente, éste último no podía verse desde la apertura del sepulcro, por lo que Juan no vio la tela hasta que entró en el sepulcro. El sudario **no estaba puesto con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte**. El hecho de que estaba «en un lugar aparte» podría sugerir que simplemente estaba separado por el espacio entre el sudario y «los lienzos». Frank Pack sugirió que el cuerpo de Jesús atravesó «las ropas sepulcrales y la envoltura de la cabeza sin

⁷ Bauer, 767.

⁸ Juan Crisóstomo *Homilías sobre el Evangelio de Juan* 85.4.

perturbarlos, ya que posteriormente se aparecería a Sus discípulos habiendo atravesado las puertas cerradas de una habitación [20.19, 26]».⁹

Lázaro había salido de su tumba atado con envolturas y con un sudario todavía alrededor de la cabeza. Para que Lázaro pudiera liberarse de su ropa funeraria, era necesario que otros lo desataran (11.44). En contraste, como dijo Pack, Jesús no recibió ayuda de otras personas, sino que simplemente atravesó Sus envolturas. Después de atravesar las telas, Jesús se tomó el tiempo para enrollar el sudario y ponerlo a un lado porque ya no lo necesitaba. No se indica la razón por la cual Jesús «enrolló» el sudario, aunque el resultado de Su acción tiene un valor apologético. Proporciona evidencia de que el cuerpo de Jesús no fue robado. William Temple comentó: «Es extraordinariamente vívido, y como ningún ingenio concebiría, ni fenómeno de la imaginación evocaría».¹⁰ Este relato no fue «inventado». Si bien el testimonio de las mujeres podría haber sido cuestionado,¹¹ el testimonio de dos hombres habría sido suficiente para el sistema legal judío (Dt 19.15).

Versículos 8, 9. Inicialmente vacilante, **entró también el discípulo amado, el [...] que había venido primero al sepulcro; y vio, y creyó**. Vio la escena que había presenciado Pedro. La escena de las vestimentas sepulcrales abandonadas era evidencia suficiente para que él concluyera que Jesús se había levantado de entre los muertos. Aunque la afirmación de la fe del discípulo no pretende ser un contraste con la de Pedro, parece que Pedro solo creyó después de que Jesús se le apareció (vea Lc 24.34; 1ª Co 15.5). Lucas 24.12 dice que Pedro dejó el sepulcro vacío y regresó a su casa, «maravillándose» por lo que había visto. Mientras Pedro se preguntaba qué había sucedido, el discípulo amado, como en un repentino destello de descubrimiento, entendió el significado de las telas que habían quedado atrás. Incluso antes de ver a Jesús vivo nuevamente, el discípulo amado llegó a creer en Su resurrección. La creencia de este discípulo en la resurrección de Jesús sin verle está en marcado contraste con la de Tomás, a quien

⁹ Frank Pack, *The Gospel According to John, Part II (El Evangelio según Juan, 2ª parte)*, The Living Word Commentary (Austin, Tex.: Sweet Publishing Co., 1977), 149.

¹⁰ William Temple, *Readings in St John's Gospel (First and Second Series) (Lecturas en el Evangelio de San Juan [primera y segunda serie])* (London: Macmillan & Co., 1963), 360.

¹¹ Según la Mishná, a las mujeres judías no se les permitía dar testimonio. (Mishná *Rosh ha-Shanah* 1.8.)

Jesús dijo: «Bienaventurados los que no vieron, y creyeron» (20.29).

En más de una ocasión registrada en este Evangelio (2.19–22; 16.16) y en los registros sinópticos (vea Mr 8.31; 9.31; 10.34), Jesús les había asegurado a Sus discípulos que Él se levantaría del sepulcro y le volverían a ver. No habían entendido Sus palabras o lo que las Escrituras habían anunciado. Esto lo confirma el registro que hace Lucas de la incredulidad de los discípulos y la guía que Jesús les dio para comprender el significado de las Escrituras (Lc 24.25–27, 44–47). En este momento, ni Pedro ni el discípulo amado entendieron la **Escritura, que era necesario que él resucitase de los muertos**. La fe del discípulo amado se basaba en lo que había presenciado en el sepulcro vacío, no en la «Escritura».

La palabra en singular «Escritura» (γραφῆ, *graphē*) podría referirse a un pasaje particular en el Antiguo Testamento o al cuerpo entero de escritos bíblicos. Juan no especificó cierta Escritura, ni Pablo cuando dijo que Jesús «resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras» (1ª Co 15.4). Tradicionalmente, se ha prestado atención a pasajes como Oseas 6.2; Jonás 1.17 y Salmos 16.10. Los primeros discípulos creían en la resurrección y solo más adelante llegaron a entenderla como un cumplimiento de las Escrituras. La frase «era necesario» (δεῖ, *dei*) subraya la necesidad divina de la resurrección de Jesús como la culminación de Su misión. No fue casualidad que Jesús se levantara del sepulcro. El hecho de que «era necesario» que la Escritura se cumpliera fue decretado divinamente.

Versículo 10. Juan concluyó esta primera parte de su narración declarando que Pedro y el discípulo amado **volvieron [...] a los suyos**. Suponiendo que la expresión «a los suyos» (πρὸς αὐτοῦς, *pros autous*) tiene el mismo significado que «en su casa» (εἰς τὰ ἴδια, *eis ta idia*) en 19.27, Bernard abogó por que el discípulo amado, sin demora, le llevara la noticia del sepulcro vacío a María, la madre de Jesús.¹² No se sabe si el discípulo amado compartió las buenas nuevas de la resurrección de Jesús con sus compañeros discípulos.

JESÚS SE APARECE A MARIA MAGDALENA (20.11–18)

¹¹Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro; y mientras lloraba, se inclinó para

¹² Bernard, 2:662.

mirar dentro del sepulcro; ¹²y vio a dos ángeles con vestiduras blancas, que estaban sentados el uno a la cabecera, y el otro a los pies, donde el cuerpo de Jesús había sido puesto. ¹³Y le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Les dijo: Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto. ¹⁴Cuando había dicho esto, se volvió, y vio a Jesús que estaba allí; mas no sabía que era Jesús. ¹⁵Jesús le dijo: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré. ¹⁶Jesús le dijo: ¡María! Volviéndose ella, le dijo: ¡Raboni! (que quiere decir, Maestro). ¹⁷Jesús le dijo: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios. ¹⁸Fue entonces María Magdalena para dar a los discípulos las nuevas de que había visto al Señor, y que él le había dicho estas cosas.

Versículos 11–13. Pedro y el discípulo amado se fueron a sus casas, Pero [de δέ, *de*, indicando contraste] **María estaba fuera llorando junto al sepulcro** (20.11). Juan no dice nada sobre el regreso de María Magdalena al sepulcro después de dar la noticia de que la piedra había sido quitada. Simplemente se le describe llorando después de que los apóstoles se fueron. De María, Agustín dijo: «Mientras los hombres regresaron, [María] se aferró al lugar por un afecto más fuerte».¹³ Incluso después de que los apóstoles habían entrado en el sepulcro, ella no se atrevió a hacerlo sola; ella continuó «fuera llorando junto al sepulcro». El verbo para llorar es κλαίω (*klaiō*), que quiere decir un llanto fuerte y descontrolado característico de esos días (vea comentarios sobre 11.33–35). Los apóstoles habían abandonado el sepulcro, y María no sabía nada de la creencia de ellos en la resurrección. (Al menos, el discípulo amado tenía convicción; Pedro estaba «maravillándose» de lo que había visto [Lc 24.12].) Su abrumador sentimiento era de dolor y pérdida, no solo por la muerte de Jesús, sino ahora porque Su cuerpo había desaparecido. Mientras estaba llorando fuera del sepulcro, **se inclinó para mirar dentro del sepulcro**, tal como lo había hecho Juan en 20.5. (Se usa el mismo verbo, παρακύπτω [*parakuptō*].) Aunque había estado en el sepulcro antes, esta es la primera mención de que miró dentro de él.

¹³ Agustín *Homilías sobre el Evangelio de Juan* 121.1.

María **vio a dos ángeles con vestiduras blancas**, sentados a la cabecera y pies de donde el cuerpo de Jesús había sido puesto (20.12). Según Mateo 28.2, 3, un ángel cuyo «aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve» había descendido del cielo, rodó la piedra y se sentó sobre ella. Asustó a los guardias y habló con las mujeres. Marcos 16.5 habla de un «joven [...] cubierto de una larga ropa blanca» que se apareció a las mujeres. Lucas 24.4 dice que «dos varones» se les aparecieron a las mujeres con «vestiduras resplandecientes». En los cuatro relatos del Evangelio, se dice que los ángeles se les aparecieron solo a las mujeres y no a los apóstoles.

Las variaciones en los relatos indican que Juan no dependía de los registros sinópticos mientras escribía su narración. Si bien es interesante considerar cómo correlacionar estos diferentes relatos, es suficiente saber que la presencia de ángeles indica una labor de orden celestial. Puede que Jesús haya sido crucificado entre dos ladrones, pero fue resucitado entre dos ángeles del cielo. La única forma en que se puede explicar el sepulcro vacío es que «Dios, no los ladrones de tumbas, [había] tomado a Jesús, con un propósito aún por revelar».¹⁴

Los cuatro relatos del Evangelio mencionan que las mujeres estaban buscando a Jesús. Según Juan, los ángeles solo hicieron una pregunta: **Mujer,¹⁵ ¿por qué lloras?** (20.13). Aunque los otros registros señalan que las mujeres se asustaron cuando los ángeles les hablaron, María Magdalena aparentemente no mostró miedo, ni indicó de ninguna manera que había presenciado algo sorprendente. La pregunta de los ángeles fue un llamado para que María dejara de lado su dolor y tristeza y reconociera, como lo había hecho el discípulo amado, que Jesús había resucitado.

María respondió: **Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto.** Su respuesta fue muy parecida a la que les había dado a los discípulos en 20.2, pero con dos excepciones. Esta vez, ella dijo «mi Señor» (no «al Señor») y «no sé» (no «no sabemos»). Ninguna otra mujer está asociada con ella en este contexto. La pérdida de Jesús constituía una pérdida personal para ella. Tenía mucho por lo cual estar agradecida, y estaba dedicada a Jesús; porque la había librado de siete demonios (Lc 8.2). Ella exhibió su devoción siendo

la última en la cruz y la primera en el sepulcro. Por un momento, María seguía convencida de que el cuerpo de Jesús había sido robado; y la audacia de sus palabras demuestra cuán profundamente comprometida estaba con Jesús.

Versículos 14, 15. Después de su respuesta a los ángeles, María evidentemente se dio cuenta de que alguien más estaba detrás de ella. Puede que haya percibido el movimiento de los ángeles, o tal vez escuchó algún sonido. Por alguna razón, **se volvió** hacia el extraño, deseando lo mismo que deseaba de los ángeles, a saber: información sobre lo que le había sucedido al cuerpo de Jesús.

A lo largo de las narraciones, después de Su resurrección, **Jesús** no fue reconocido de inmediato. En el caso de los dos discípulos en el camino a Emaús, «sus ojos estaban velados» (Lc 24.16). Con respecto a este incidente, Marcos 16.12 dice que Él se «apareció en otra forma». Cuando Jesús estaba de pie en la orilla, los discípulos que estaban pescando «no sabían que era Jesús» (21.4). Del mismo modo, en este caso, María **no sabía que era Jesús**. Solo puede adivinarse por qué ella no le reconoció. Como estaba abrumada por el dolor, sus ojos probablemente estaban llenos de lágrimas; y podría haberle impedido ver a Jesús claramente. Además, no tenía la menor expectativa de ver a Jesús vivo después de haber presenciado Su crucifixión. Aparte de estas posibles explicaciones, parece haber algo diferente sobre el cuerpo resucitado de Jesús, por lo que no fue reconocido de inmediato. Después de la resurrección, pudo ser visto y tocado (20.27; Lc 24.39; vea 1ª Jn 1.1). Su cuerpo manifestaba Su muerte mediante crucifixión (20.20, 25, 27). Además, proporcionó pan y pescado a los discípulos (21.9, 13) y comió pescado (Lc 24.41–43). Al mismo tiempo, leemos que atravesó Sus ropas sepulcrales (20.6, 7) y apareció en una habitación cuyas puertas habían sido cerradas (20.19, 26). Quizás el análisis de Pablo sobre el cuerpo resucitado y su naturaleza es la mejor explicación de estos temas (vea 1ª Co 15.35–57).

Jesús se dirigió a María Magdalena como **Mujer** y repitió la pregunta del ángel sobre el llanto (20.13), con una pregunta adicional: **¿A quién buscas?** Naturalmente, Jesús sabía las respuestas a sus preguntas, sin embargo, le preguntó para llamar la atención sobre Sí. María, sin embargo, entendió las preguntas como preocupaciones expresadas por **el hortelano**. Quizás pensó que, finalmente, había alguien que podía decirle qué había sido del cuerpo de Jesús. Ella pensó que la

¹⁴ George R. Beasley-Murray, *John (Juan)*, Word Biblical Commentary, vol. 36 (Waco, Tex.: Word Books, 1987), 374.

¹⁵ «Mujer» era una forma común de trato (vea 2.4; 19.26; 20.15).

persona era «el hortelano», probablemente porque era muy temprano en la mañana. No se esperaba a nadie más en el huerto tan temprano, y ninguna otra persona le estaría preguntando qué estaba haciendo allí. Pensando que él sabría por qué estaba llorando y a quién buscaba, no repitió sus declaraciones de que Jesús había sido tomado y que la ubicación de Su cuerpo era desconocida (20.2, 13). Ella simplemente dijo: **Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré.** La palabra «Señor» (κύριε, *kurie*) se usa aquí simplemente como una forma respetuosa de trato, afirmándose así que el significado de una palabra generalmente está determinado por el contexto (vea comentarios sobre 4.1–3). Aunque no lo dijo explícitamente, María dio a entender en su declaración que quería saber dónde había sido puesto Jesús con el propósito de darle una sepultura apropiada. Habría sido difícil para María hacer tales arreglos para Jesús por sí sola. Puede que haya sido una persona de recursos (vea Lc 8.2, 3), con la capacidad de pagar todos los gastos necesarios para tal tarea. Quizás, en su dolor abrumador, no pensó en considerar que sería incapaz de mover el cuerpo de Jesús a un lugar adecuado ella sola.

Versículo 16. Aparentemente, **María** le dio la espalda a Jesús y se volvió en dirección al sepulcro; porque, cuando escuchó su nombre, se **[volvió]** nuevamente totalmente sorprendida. Aunque las preguntas del supuesto hortelano fueron inadecuadas para que ella reconociera que era Jesús, todo lo que necesitaba era que la llamara por su nombre. Escuchar su nombre pronunciado en la forma en que Jesús le había hablado habitualmente era suficiente para eliminar cualquier duda sobre la identidad del extraño. El buen pastor «llama a sus ovejas por nombre [...] y las ovejas le siguen, porque conocen su voz» (10.3, 4). María conocía esa voz; en lugar de encontrar el cadáver de su Señor, el cual estaba buscando, se encontró cara a cara con Aquel que la amaba y había muerto por ella, el Jesús vivo. Todo su dolor, tristeza y pérdida fueron reemplazados con gozo, felicidad y ganancia, que expresó en una palabra hebrea (aramea): **¡Raboni!** La palabra «Raboni» (ῥαββουνί, *rhabbouni*), que se encuentra en el Nuevo Testamento solo aquí y en Marcos 10.51 (NASB), es una forma elevada de «Rabino» que se utilizaba para dirigirse a Jesús. Así como Juan tradujo «Rabí» (que quiere decir «Maestro»; vea comentarios sobre 1.38), aquí interpretó el término (que también quiere decir

Maestro) para sus lectores griegos. Marta y María se referían a Jesús como «el Maestro» (11.28).

Versículo 17. El lenguaje de este versículo presenta al menos tres dificultades en la interpretación. Estas frases serán analizadas extensamente para determinar su significado.

Primero, **No me toques** es la forma en que la frase griega μή μου ἅπτου (*mē mou haptou*) se traduce en la Reina-Valera. La misma expresión se consigna en otras versiones como «Deja de aferrarte a mí» (NASB), «No te sostengas de mí» (NIV) y «No te aferres a mí» (ESV). La palabra «toques» (*haptou*) es un verbo imperativo presente, y está precedido por un negativo (*mē*). C. K. Barrett declaró: «El imperativo presente con μή [*mē*] en una prohibición quiere decir la ruptura de una acción que ya está en progreso, o algunas veces del intento de realizar una acción».¹⁶ María estaba siendo instruida por Jesús para que dejara de hacer lo que estaba haciendo. No hay razón aparente por la que María no haya tocado a Jesús. Su acción recuerda la de las mujeres que, cuando vieron por primera vez a Jesús, «abrazaron sus pies y le adoraron» (Mt 28.9). Una semana después de este encuentro, Tomás fue invitado a tocar a Jesús (20.27). ¿Por qué no María? Por lo tanto, la interpretación de la Reina-Valera, «No me toques», como si insinuara «No comiences a tocarme» es una traducción inadecuada. El lector puede suponer que María, como las mujeres mencionadas en Mateo, estaba abrumada de gozo al ver a Jesús vivo y simplemente deseó aferrarse a Él como una señal de afecto.

Este Jesús resucitado era de hecho el Jesús crucificado; sin embargo, las cosas no eran lo mismo y María estaba actuando como si lo eran aferrándose a Él. Jesús había resucitado, sin embargo, no quería decir que iba a reanudar las actividades y relaciones que había compartido con María y los discípulos durante Su ministerio personal. Antes de ascender al Padre, se les aparecería a Sus discípulos y les daría la seguridad de que vivía; pero ahora tendría una nueva relación con ellos, no física, sino espiritual. Esta nueva relación espiritual se realizaría plenamente cuando Jesús ascendiera a la diestra del Padre, completara el proceso de glorificación y enviara al Espíritu Santo a los discípulos. Jesús tenía que partir, pero enviaría al Espíritu para continuar Su obra (vea

¹⁶ C. K. Barrett, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)*, 2ª ed. (Philadelphia: Westminster Press, 1978), 565.

16.12–15). Jesús le estaba diciendo a María que ni ella ni los discípulos deberían anhelar el pasado porque había surgido una situación nueva y mejor.

Segundo, el aferrarse de María Magdalena a Jesús estaba prohibido porque Él **aún no [había] subido a [Su] Padre**, pero ¿qué quiere decir esto? La conexión entre el aferrarse de María y la ascensión de Jesús no está clara. Algunos estudiosos sostienen que este pasaje enseña que Jesús ascendió al cielo en el día de la resurrección. Si este fuera el caso, el lector debe preguntarse por qué Juan no llamó la atención a ello. El mensaje dado a María para compartir con los discípulos de Jesús en 20.17 es complementario al dado a las otras mujeres que vieron a Jesús, como se registra en Mateo 28.10: «id, dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán». En Juan 20.17, Jesús le dijo a María que les informara a Sus discípulos que ascendería al Padre. Este y otros acontecimientos en Juan 20 indican que Jesús estuvo activo en la tierra el día de Su resurrección. Estos eventos no habrían sido posibles si hubiera ascendido. Además, si Jesús ascendió al cielo el mismo día que resucitó de entre los muertos, entonces tuvo que haber regresado a la tierra poco después; porque se encontró con Sus discípulos. Si este punto de vista fuera exacto, se deduce entonces que Jesús ascendió dos veces, ya que Hechos 1.3, 9 registra que Jesús ascendió al cielo después de cuarenta días. Sin embargo, el Nuevo Testamento enseña que Jesús solo ascendió una vez.

Parafraseando, Jesús esencialmente dijo lo siguiente: «Deja de aferrarte a Mí, porque todavía no he ascendido al Padre; ve y dile a Mis discípulos que estoy en camino [*ἀναβαίνω*, *anabainō*, indicando que está llevándose a cabo un proceso] a Mí Padre y vuestro Padre». La ascensión de Jesús completaría la obra de redención que el Padre le había enviado a hacer. Jesús les había referido esta obra a Sus discípulos, especialmente en el discurso de despedida. Había prometido preparar un lugar

para Sus discípulos (14.2) y finalmente regresar y llevarlos a estar con Él (14.3). En Su ausencia, enviaría al Espíritu Santo para enseñarles y recordarles lo que había dicho (14.25, 26) y guiarlos a toda la verdad (16.13). Jesús le dijo a María que este no era el momento para la reflexión sentimental; era hora de que ella entregara un mensaje muy importante a Sus discípulos.

Tercero, ¿qué quiso decir Jesús cuando le dijo a María Magdalena **ve a mis hermanos**? Ella entendió la palabra «hermanos» como refiriéndose a Sus discípulos (20.18), no a los hermanos carnales de Jesús (vea 7.3–5). Las mujeres mencionadas en Mateo llevaron sus noticias a los once discípulos (vea Mt 28.16). En un momento en que el testimonio de la mujer no tenía un estatus legal legítimo, Jesús le confió un mensaje a María. Él deseaba que ella le dijera a Sus compañeros que estaba en el proceso de ascender **a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios**. Pese a que las palabras de Jesús indican una distinción entre Él y los discípulos en relación con sus respectivas relaciones con Dios, al mismo tiempo insinuó una conexión entre Él y los discípulos. Debido al sacrificio de Jesús, los discípulos podían ser partícipes de la condición de Hijo de Jesús con el Padre. Si bien había una diferencia en la condición de ellos como hijos, ya que Jesús es el Hijo único de Dios (vea 3.16), el énfasis aquí está en la similitud. Jesús y los discípulos eran «hermanos» (vea Sal 22.22; He 2.11).

Versículo 18. María Magdalena entregó el mensaje a **los discípulos** como Jesús le había instruido. Ella les anunció **que había visto al Señor** y luego les dijo **que él le había dicho estas cosas**. Juan no describe la respuesta de los discípulos al mensaje de ella. No debe haber sido favorable, porque Marcos 16.11 dice que «no lo creyeron». «Mas a ellos les parecían locura las palabras de ellas, y no las creían» (Lc 24.11), sin embargo, esa actitud sería derribada cuando Jesús se les apareciera a los discípulos ese mismo día (20.19).

(Viene de la página 2)

como a alguien «venido de Dios como maestro» en 3.2, Jesús le dijo que él tenía que «nacer de nuevo». La respuesta de Jesús suena extraña. Podría parecer que no tiene nada que ver con lo que Nicodemo quería saber. ¿Por qué Jesús dio tal respuesta en este momento?

Quizás Jesús, viendo el corazón de Nicodemo, estaba respondiendo a la pregunta que Nicodemo había venido a hacer pero que aún no había expresado.³ Juan había dicho que Jesús poseía la capacidad de saber lo que había en el corazón de un hombre (2.25). Su pregunta implícita era algo así como la del rico y joven principal en Mateo 19.16, que dice: «Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?». Estaba preguntándose: «¿Cómo puedo entrar en el reino de Dios?». Esta pregunta puede formularse de diferentes maneras. Algunos le preguntaron a Jesús: «¿Quién, pues, podrá ser salvo?» (Lc 18.26). Un carcelero les preguntó a Pablo y a Silas: «¿Qué debo hacer para ser salvo?» (Hch 16.30). La desesperada pregunta planteada en Hechos 2.37 después del primer sermón del evangelio de Pedro fue simplemente «¿Qué haremos?».

Miremos de cerca lo que Jesús le dijo a Nicodemo: «el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios» (3.3). «Ver» aquí quiere decir «experimentar». Hechos 2.31 usa una forma de la misma palabra griega para decir que la carne de Cristo no «vio corrupción», queriendo decir que Su carne no experimentó descomposición. La frase que se traduce como «de nuevo» quiere decir literalmente «de arriba» (vea NRSV). El significado de la declaración de Jesús no cambia, independientemente de cómo se entienda la palabra. Si quiere decir «otra vez», el nuevo nacimiento se describe con precisión como un segundo nacimiento; sin embargo, también es «de arriba», es decir, un nacimiento espiritual del cielo, en lugar de un nacimiento físico. Si bien pidió una aclaración, Nicodemo entendió que lo que Jesús estaba requiriendo implicaba un segundo nacimiento.

La respuesta de Jesús presenta dos énfasis. Uno es el cambio radical que se debe experimentar para ser salvo. El mandamiento de «nacer de nuevo» sugiere que una persona debe convertirse en un tipo diferente de persona para experimentar

³ El texto dice que Jesús «Respondió [...] y le dijo» (3.3), asumiendo que Nicodemo en realidad expresó la pregunta en lugar de meramente pensarla.

el reino de Dios, no solo en una relación completamente nueva con Dios, sino también con una forma de vida muy diferente. Además, Jesús estaba enfatizando la necesidad absoluta de tal cambio. ¡Es simplemente imposible ver o experimentar el reino a menos que se nazca de nuevo!

«¿Cómo puedo nacer de nuevo?». Encontramos dos de las preguntas de Nicodemo en 3.4: «¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?».

¿Por qué Nicodemo dijo lo anterior? ¿Entendía lo que quiso decir Jesús, pero quiso evitar la verdad que estaba presentando Jesús,⁴ o estaba realmente perplejo? Quizás estaba tratando de entender las enseñanzas de Jesús, sin embargo, hasta ahora no podía hacerlo. En ausencia de evidencia de lo contrario, debemos interpretar sus preguntas como sinceras. En ese caso, cuando Jesús le respondió a Nicodemo, estaba tratando de ayudarlo a un buscador sincero a comprender la verdad.

Jesús explicó que el nuevo nacimiento esencial es un nacimiento espiritual efectuado por medio del agua y el Espíritu. Él dijo: «De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios» (3.5). Si bien Su respuesta fue expresada en dos partes, «agua» y «el Espíritu», no es más que un solo nacimiento. No es un nacimiento de agua seguido de un nacimiento del Espíritu. Es un nacimiento realizado de dos maneras.

1. Un nacimiento de «agua». ¿A qué se refiere la palabra «agua»? Algunos, intentando evitar la referencia obvia al bautismo en agua, han dicho que el nacimiento del «agua» se refiere al primer nacimiento, un nacimiento natural. Por el contrario, Jesús obviamente estaba hablando del segundo nacimiento, el nuevo nacimiento. La mayoría de los comentaristas han pensado que la mención de «agua» aquí es una referencia al bautismo, especialmente porque el bautismo ocupa un lugar destacado en esta parte de Juan (vea 1.26; 3.22–26). Esta interpretación concuerda con lo que el Nuevo Testamento enseña en otras partes sobre el bautismo, a saber, que el bautismo en agua es necesario para el nuevo nacimiento, para ser salvos (Hch 22.16; Ga 3.26, 27; Ef 5.26; 1ª P 3.21).

2. Un nacimiento del «Espíritu». ¿Qué quiere decir ser «nacido» del «Espíritu»? Quiere decir

⁴ Este parece haber sido el caso con el interprete de la ley en Lucas 10.25–29.

que el Espíritu Santo está involucrado en nuestra salvación. Así como podemos decir que somos salvos por Dios y salvos por Cristo, también podemos decir que somos salvos por el Espíritu Santo (vea Tit 3.5). Cuando las aguas del bautismo sumergen el cuerpo, el Espíritu Santo actúa sobre el alma. ¡El resultado es que los pecados son quitados y la persona siendo bautizada nace de nuevo!

¿Se puede ser salvo por el Espíritu sin obedecer la Palabra de Dios? La respuesta a esa pregunta es «¡No!» (1ª P 1.22, 23). ¿Actúa el Espíritu para salvar a una persona sin que sea bautizada? «¡No!» de nuevo. Solo hay un nuevo nacimiento, y se logra cuando alguien sumergido en agua es salvo por el Espíritu Santo. Sin el bautismo, no hay salvación por el Espíritu Santo.

¿Qué quiso decir para Nicodemo la declaración de Jesús de que se tiene que ser «nacido del agua y del Espíritu»? Este líder judío sin duda estaba familiarizado con el bautismo. Juan bautizaba. Los discípulos de Jesús bautizaban (4.2). Cuando Jesús dijo que el nuevo nacimiento era de agua, Nicodemo seguramente conectó ese requisito con el bautismo. Cuando Jesús agregó «del Espíritu», esas palabras hicieron que Nicodemo se detuviera y se maravillara. Este no era el bautismo con el que estaba familiarizado. No era solo agua tocando la piel. Era un bautismo en el que el Espíritu Santo estaba involucrado en la limpieza del hombre interior, así como las aguas del bautismo sumergían al hombre exterior.

Jesús indicó que el nuevo nacimiento es un nacimiento espiritual, un nacimiento del Espíritu. Para Nicodemo era importante comprender este hecho porque había hablado de un segundo nacimiento físico. Jesús aclaró este punto diciendo: «Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es» (3.6).

En los siguientes dos versículos, Jesús comparó el viento con el nacido del Espíritu. La palabra que se traduce como «viento» es la misma que se traduce como «Espíritu» (πνεῦμα, *pneuma*). Jesús estaba señalando que el viento es inmaterial y no tiene sustancia física; en vista de que no podemos verlo, no podemos saber de dónde viene ni a dónde va. Lo mismo ocurre con el que nace de nuevo: dado que es la parte espiritual del hombre la que experimenta el nuevo nacimiento —esa parte interna de un hombre que no se puede observar— nadie puede decir al mirarle si ha nacido o no de nuevo.

«¿Cómo puede hacerse esto?». Después de que Jesús explicó que el nuevo nacimiento es

un nacimiento espiritual, Nicodemo preguntó: «¿Cómo puede hacerse esto?» (3.9). Nuevamente, no podemos estar seguros de la actitud con la que Nicodemo hizo la pregunta. Supongamos que lo preguntó con un desconcierto genuino: ¿Cómo tiene lugar un nuevo nacimiento espiritual?

Jesús respondió que el nuevo nacimiento esencial y espiritual de agua y del Espíritu tiene lugar por medio de Jesucristo. Su respuesta inicial a la pregunta parece haber sido sorprendente. «¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto?» (3.10) Jesús no estaba tratando de avergonzar ni ridiculizar a Nicodemo, sin embargo, aparentemente pensó que lo que Nicodemo había escuchado debía haber sido suficiente para ayudarlo a comprender cómo podía tener lugar el nuevo nacimiento.

En 3.11, Jesús pasó a hablar en segunda persona del plural. No solo estaba dirigiéndose a Nicodemo, sino que hablaba de la clase a la que pertenecía. Tal vez estaba explicando que Nicodemo no podía entender porque su mente había sido influenciada por la asociación con otros fariseos. Jesús continuó diciendo que les había dicho «cosas terrenales» que no habían creído (3.12). Su uso de la figura de un nuevo nacimiento fue una «cosa terrenal» que dependía de la comprensión que se tenga del nacimiento físico.

Entonces Jesús dio a entender en 3.12 que les diría cosas «celestiales». Estas cosas «celestiales» continúan en 3.13–21. Las ideas incluían el hecho de que Jesús venía del cielo. Le dijo a Nicodemo:

Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo. Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna (3.13–15).

Jesús⁵ habló de ser el Hijo de Dios y dijo que se tiene que creer en Él para ser salvo:

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él (3.16, 17).

Los anteriores son conceptos celestiales y, por lo tanto, son más difíciles de entender y aceptar que lo que Jesús había dicho anteriormente.

⁵ Otra opción es que las presentes son reflexiones de parte del apóstol Juan y no las palabras de Jesús (vea comentarios sobre 3.16).

Jesús no cambió el tema aquí. Había estado hablando sobre el nuevo nacimiento, sin embargo, cambió Su terminología para dejar claro que estaba hablando de la salvación en 3.16, 17. Se imaginó la misma idea de dos maneras: ser «nacido de nuevo» es el equivalente a ser «salvo». ¿Cómo se produce el nuevo nacimiento? Sucede por medio de Cristo.

¿Quién es este Cristo? 1) Él es quien descendió y ascendió al cielo (3.13). La declaración de Jesús de que «subió al cielo» y «descendió del cielo» podría estar entre las cosas «celestiales» que dijo que algunos no creerían. 2) Jesús es el que tiene que ser «levantado» (3.14), una referencia a Su muerte en la cruz, para que los seres humanos puedan ser salvos. 3) Él es Aquel en quien las personas tienen que creer para ser salvos (3.15, 16). Por supuesto, la creencia, si no se expresa en obediencia, no puede salvar. 4) Él es el Hijo de Dios (3.16). 5) Él es Aquel a quien Dios envió al mundo (3.17). 6) Él es Aquel cuya venida hizo posible que los perdidos sean salvos:

El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios. Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Mas el que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifestado que sus obras son hechas en Dios (3.18–21).

Jesús no parecía esperar que los fariseos aceptaran las verdades que estaba compartiendo con Nicodemo (3.11, 18–20). Tenían derecho a tomar esa decisión; sin embargo, ¡les hizo saber que la consecuencia de tal elección sería la condena!

Conclusión. Cada persona hoy tiene una opción. Usted puede creer, obedecer, ser salvo y nacer de nuevo, o puede negarse a creer y ser condenado. Si usted elige nacer de nuevo, tiene que ser «de agua y del Espíritu». No hay salvación, no hay nuevo nacimiento, sin el agua del bautismo.

La idea del nuevo nacimiento sugiere un cambio radical, una vida totalmente nueva. Si usted ya ha nacido de nuevo, ¿está viviendo esa nueva vida como debería? Coy Roper

(Viene de la página 8)

fue confrontado por un testigo que dijo, en efecto, «¿No te vi yo con mis propios ojos en el huerto con Él?». En el texto griego, el pronombre «yo» (ἐγώ, *egō*) es enfático. Tal vez al ver la cara de Pedro en la tenue luz del fuego de carbón, lo reconoció como si hubiera estado con Jesús cuando estaba siendo arrestado por la policía. No podía estar seguro de que era Pedro al que había visto en el huerto, sin embargo, formuló su pregunta esperando una respuesta afirmativa. Además, indicó más confianza que los interrogadores anteriores, presionando aún más a Pedro para que negara a Jesús. Ser un discípulo no constituía una ofensa legal, sin embargo, desenvainar una espada y agredir a uno de los miembros de la casa del sumo sacerdote era un asunto diferente.

Negó Pedro otra vez que tenía alguna relación con Jesús; **y en seguida** después de esta negación, **cantó el gallo** (vea 13.38). Lucas dice que, después de que cantó el gallo, «Entonces, vuelto el Señor, miró a Pedro; y Pedro se acordó de la palabra del Señor, que le había dicho: Antes que el gallo cante, me negarás tres veces» (Lc 22.61). El relato de Juan no dice nada acerca de que Jesús hizo contacto visual con Pedro, ni menciona nada acerca de la salida y el llanto amargo de Pedro (vea Mt 26.75; Mr 14.72; Lc 22.62). Al igual que Lucas, Juan omite los detalles de los juramentos de Pedro y de la invocación de maldiciones sobre él (Mt 26.72, 74; Mr 14.71). Este registro de las negaciones de Pedro enfatiza los hechos básicos sobre el incidente, que cumplió con lo que Jesús le había dicho a Pedro en el aposento alto (vea 13.38).

Pedro jamás olvidó la noche en que negó a su Señor. Durante el resto de su vida, probablemente despertó con el canto de un gallo solo para recordar ese fatídico día en que cayó en deshonra. La eventual proclamación del evangelio por parte de Pedro, su servicio como anciano en la iglesia y sus epístolas constituyen un testimonio de quién era realmente Pedro. Jesús conocía el potencial que tenía Pedro para hacer avanzar el reino. Si Jesús reconoció que alguien que cayó tan bajo como Pedro podría llegar a ser grande, entonces hay esperanza para todos nosotros.

«Os saludan todas las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16).

This is part eight of a Spanish translation of "John."
Truth for Today, 2209 Benton Street, Searcy, Arkansas 72143, USA
www.biblecourses.com